

Alaben al Señor



*Un libro
de
mensajes
bíblicos
con
oraciones*

Libro 2

ALABEN AL SEÑOR

Libro 2

**Un libro de mensajes
bíblicos con oraciones**



Multi-Language Publications

Bringing the Written Word to the World

Basado en los libros de MEDITATIONS producidos por Editorial Northwestern y usados con permiso.

Traducido por la señora Ruth Haeuser
Revisado por el pastor David Haeser

Publicaciones Multilingües
2500 George Dieter Dr.
El Paso, TX 79936-3203

www.mlpwels.com
1-800-876-1388

Todos los dibujos en blanco y negro fueron diseñados por Glenn Myers, con derechos reservados por Editorial Northwestern.

Los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Reina-Valera Revisión de 1995. © 1995 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

Derechos reservados © 2006

Impreso en Estados Unidos

ISBN 1-931891-84-2

PREFACIO

Este libro de mensajes de la palabra de Dios, es parecido al primer libro de mensajes. Los mensajes se tomaron de los libros de MEDITATIONS publicados por Editorial Northwestern durante los últimos años.

Estos mensajes con oraciones se han escrito en un español más sencillo, más ameno. Los mensajes no contienen ejemplos estadounidenses. Los mensajes hablan acerca de la salvación mediante la fe en Jesucristo. Él es el Hijo de Dios, el Salvador de todas las personas.

El mensaje en este libro sigue el orden del año eclesiástico cristiano. Antes de cada parte del año eclesiástico, se da una explicación de la estación. Por lo tanto, tendremos mensajes con oraciones para las estaciones de: Adviento, Navidad, Epifanía, Cuaresma, Pascua, y Pentecostés. Cada estación se explica antes de que se presenten los mensajes de esa estación.

Oremos para que todos esos mensajes y oraciones fortalezcan su fe en su Señor y Salvador, Jesucristo.

Harold A. Essmann

ÍNDICE

Estación de Adviento	Page 1
Estación de Navidad	Page 19
Estación de Epifanía	Page 28
Estación de Cuaresma	Page 49
Estación de Pascua	Page 77
Estación de Pentecostés	Page 99

EL AÑO ECLESIAÍSTICO CRISTIANO

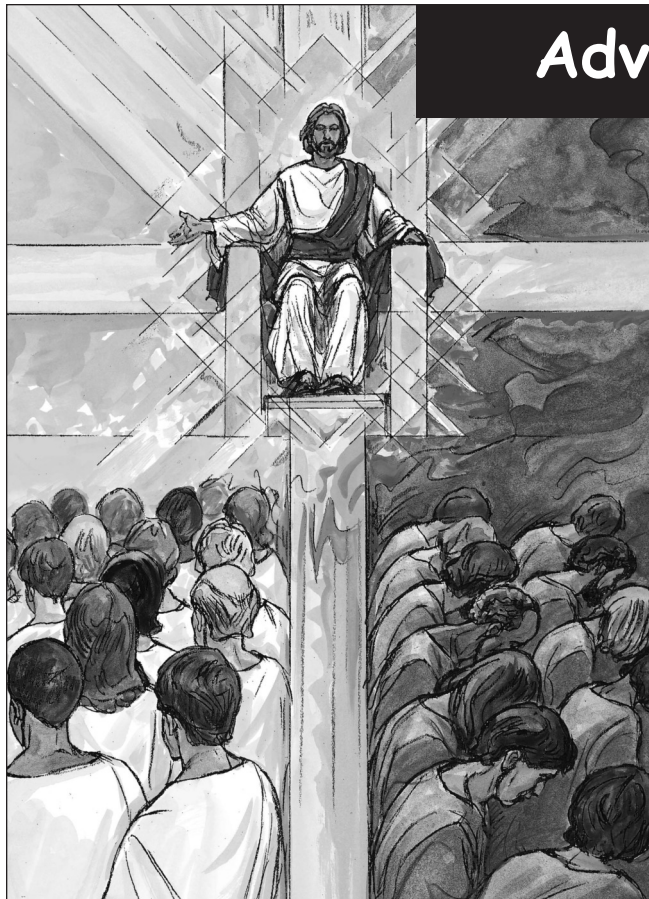
El año eclesiástico cristiano es diferente de lo que llamamos el año civil. El año civil comienza, el primer día del mes de enero cada año. Sin embargo, el año eclesiástico cristiano no empieza en esa fecha, sino cuatro domingos antes de que los cristianos celebren la Navidad.

El año eclesiástico cristiano tiene varias estaciones. El año civil tiene cuatro estaciones tales como: la primavera, el verano, el otoño, y el invierno. Algunos países tienen la estación de las lluvias y la estación seca. El año eclesiástico cristiano tiene estaciones llamadas: Adviento, Navidad, Epifanía, Cuaresma, Pascua, y Pentecostés.

Este libro de alabanzas con mensajes y oraciones seguirá las estaciones del año eclesiástico cristiano. Comenzaremos con la estación de Adviento y seguiremos las estaciones mencionadas anteriormente.

Esperamos que estos mensajes y oraciones le ayuden a seguir el año eclesiástico cristiano. Tienen el objetivo de fortalecer su fe en su Señor Jesucristo.

Adviento



*En el día del Juicio Final,
Jesús glorificado y victorioso
separará a los creyentes de los no creyentes.*

La palabra Adviento significa venida. El Adviento habla de varias venidas. La más importante de todas es la venida de Cristo Jesús y hablamos de ella en la Navidad. Por lo tanto, Adviento nos prepara para la Navidad. En la Navidad recordamos que Jesús vino a este mundo. Fue su primera venida. Nació en la ciudad de Belén en la tierra de Judea.

Jesús vendrá otra vez. Después de que Jesús murió y resucitó de los muertos, regresó al cielo. Allí vive con Dios Padre y Dios Espíritu Santo. Él gobierna, el mundo y su iglesia, desde el cielo. Vendrá otra vez a la tierra en el día final. A ese día también lo llamamos el día del Juicio Final. En Adviento también hablamos de la segunda venida de Jesús en el día final.

Jesús viene en una forma especial a cada creyente. Viene a nuestros corazones por la fe. El Espíritu Santo nos hace cristianos a través de la predicación del evangelio. Por tanto, el Adviento también puede hablar de la venida de Jesús a nuestros corazones por la fe.

“De cierto os digo que entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; y, sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él”. (Mateo 11:11)

USTED ES MÁS IMPORTANTE QUE JUAN EL BAUTISTA

¡Qué gran honor le hizo Jesús a Juan! ¿Qué fue lo que hizo a Juan tan importante? Aparte de la venida de Jesús, la de Juan fue la única que se profetizó. Otros profetas predijeron la venida del Salvador, pero Juan vio a Jesús con sus propios ojos. Él bautizó a Jesús.

Todavía más sorprendente es la siguiente declaración de Jesús: “Sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él [Juan]”. Eso quiere decir que usted es más importante. ¿Por qué? Porque podemos ver lo que Juan no pudo ver, que es la vida de Jesús desde su nacimiento hasta su muerte en la cruz. Lo conocemos como nuestro Salvador del pecado. Vemos su victoria sobre el sepulcro al resucitar de la muerte y regresar al cielo. Lo vemos cumpliendo la ley de Dios durante su vida y redimiéndonos: del pecado, de la muerte, y del infierno, con su muerte y su resurrección. Todo lo que Jesús realizó hace posible que estemos delante de Dios. Con los ojos de la fe vemos todas las bendiciones que Jesús ganó para nosotros. Eso nos hace mayores que Juan.

Ya no oculte su fe en Jesús. Lleve a cabo su ministerio de Adviento. Prepárese y ayude a otros a prepararse para celebrar la grandeza del nacimiento del Salvador en la Navidad.

Gracias, Jesús, por hacerme importante en tu reino. Guíame para servirte fielmente para tu honor y gloria. Amén.

“Y aunque venga a la segunda vigilia o a la tercera vigilia, si los halla velando, bienaventurados son aquellos siervos. Pero sabed esto, que si supiera el padre de familia a qué hora el ladrón había de llegar, velaría ciertamente y no lo dejaría entrar en su casa. Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis el Hijo del hombre vendrá”. (Lucas 12:38-40)

CRISTO VENDRÁ REPENTINAMENTE

¿Alguna vez alguien le ha dicho: “¡Qué tal, soy el ladrón del barrio y pienso robar su casa esta noche! Por favor no permita que nadie esté en la casa entre las once y las doce de la noche para poder tomarme el tiempo de robar las cosas mejores?”. Un ladrón que hiciera eso sería muy tonto.

Jesús dijo que vendría otra vez en el día del Juicio Final como un ladrón en la noche, es decir, cuando la gente no lo espere. Jesús dijo: “Como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre” (Mateo 24:37). La gente en los días de Noé seguía su vida cotidiana. El diluvio los cogió desprevenidos y los destruyó a todos. Así será cuando Cristo venga otra vez. La gente estará ocupada con las cosas de este mundo. Repentinamente, Cristo vendrá, y será muy tarde para creer en él.

Este mensaje nos dice hacer a un lado los deseos de nuestra carne pecaminosa. No queremos apegarnos a este mundo y no estar preparados para la venida de Cristo. Sin embargo, el mensaje de la venida de Cristo también llena nuestros corazones de alegría. Nos preparamos para la segunda venida de Cristo porque sabemos que nos va a llevar a casa. Esperamos un hogar, para siempre, junto con nuestro Señor en el cielo.

Jesús, envía tu Espíritu Santo a través de tu palabra para que me mantenga siempre preparado para tu segunda venida. Amén.

Pero a la cuarta vigilia de la noche, Jesús fue a ellos andando en el mar. Los discípulos, viéndolo andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: “¡Un fantasma!”. Y gritaron de miedo. (Mateo 14:25,26)

ESPERE SÓLO A JESÚS, QUE VIENE A USTED

Jesús nos ha invitado a ir a él. Nos promete que nos dará descanso. Lo más consolador es que Jesús viene a nosotros. En los problemas que tenemos en la vida, las tentaciones y los tiempos difíciles, Jesús viene a nosotros. Viene a nosotros igual como fue a los discípulos cuando estaban en dificultades. Estaban en una lancha en medio de un lago y una tormenta iba a hundir su lancha. Jesús vino caminando sobre el agua, pero los discípulos pensaron que era un fantasma y gritaron por el miedo que sintieron. Sólo después de que les habló supieron que era: el Señor, su Maestro, su Salvador, su Amigo.

No debería sorprendernos que Jesús nos acompañe en las: tormentas, luchas, y necesidades que tenemos. Muchas veces llevamos tantas cargas debido a que no vemos sólo a Jesús. La promesa que Jesús hizo a los discípulos también es para nosotros: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20).

Deténgase un momento en su lucha diaria por la comida. Deténgase un momento en su batalla contra Satanás. Deténgase un momento en la batalla contra las tentaciones que quieren destruirlo. Vea sólo a Jesús y no tenga miedo. El Hijo de Dios, que murió por sus pecados, está con usted. Vea a Jesús que viene a usted y usted se dará cuenta de que nunca está solo.

Señor Jesús, te agradezco que mi tiempo está en tus bondadosas y poderosas manos.

En aquellos días, levantándose María, fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Elisabet. Y aconteció que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura saltó en su vientre, y Elisabet, llena del Espíritu Santo, exclamó a gran voz: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre”. (Lucas 1:39-42)

ES TIEMPO DE APRESURARSE

Antes de la primera Navidad, María estaba apurada. El ángel Gabriel le había dado a María unas noticias maravillosas. Por el extraordinario poder de Dios, ella iba a convertirse en la madre del Hijo de Dios, Jesús. Como una señal de que esto pasaría, Gabriel le dijo a María algunas otras buenas noticias. Su prima mayor Elisabet también iba a tener un hijo.

Entonces María se apresuró a visitar a Elisabet y fue hasta la tierra montañosa de Judea. Allí María vio que Dios iba a cumplir su promesa: Elisabet iba a tener un bebé.

¿Estará usted apresurándose antes de que se llegue la Navidad? Pero durante esta estación del año eclesiástico, no se apresure tanto que pase de largo la parte más importante de la Navidad. Tómese el tiempo para escuchar y pensar en la gracia asombrosa de Dios y su amor por usted. El que reina en el cielo y en la tierra, nunca está demasiado apurado que no fortalezca su fe. Dios siempre está listo para traer gozo a su corazón a través de su palabra.

Debería llenarle de gozo el hecho de que el Hijo de Dios, Jesús, vendrá a mostrarle su amor por usted. Encuentre en su amor perdonador la verdadera paz y el descanso. Esté feliz y agradecido porque su Salvador vino al mundo para que usted pueda también, un día, vivir en el cielo.

Sí, apresúrese a leer y aprender esas verdades una y otra vez. Cada vez que piense en lo que Jesús hizo por usted, será bendecido abundantemente. Cada vez que recuerde el amor de Jesús por usted, una sonrisa llena de gozo aparecerá en su rostro.

Querido Señor, en estos días tan ajetreados, ayúdame a recordar lo más importante en mi vida. Amén.

Y aconteció que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura saltó en su vientre, y Elisabet, llena del Espíritu Santo, exclamó a gran voz: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. Bienaventurada la que creyó, porque se cumplirá lo que le fue dicho de parte del Señor”. (Lucas 1:41,42,45)

BENDECIDA CON EL NIÑO

Cuando María llegó a la casa de Elisabet, ésta la recibió con gran alegría. Elisabet estaba llena del Espíritu Santo. Sabía que María iba a ser la madre del Salvador que habían estado esperando. Por eso, Elisabet dijo: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre”. Esas palabras fortalecieron la fe de María.

¿Por qué María fue la escogida entre todas las mujeres del mundo para ser la madre del Salvador prometido? ¿Había algo especial en María? No. Las palabras que María dijo nos informan que ella sabía que no merecía esa bendición, sino era un regalo del amor inmerecido de Dios. Ella expresó su gozosa alabanza a Dios por el gran honor que Dios le había concedido a ella.

María sabía que su mayor bendición era la que Elisabet había dicho: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre”. La pequeña vida que crecía en su cuerpo la salvaría del pecado y de la muerte. ¡Su niño sería su Salvador! María estaba feliz porque Dios la usaría para bendecir al mundo con un Salvador.

El plan de Dios también nos bendice. El Dios fiel que escogió a María también nos ha escogido a nosotros. Como parte de su plan eterno de salvación, nos escogió en Jesús “para que fuéramos santos y sin mancha delante de él” (Efesios 1:4). En el bautismo nos hizo hijos de Dios. Todos los días, Dios perdona nuestros pecados y nos muestra su amor en su palabra que da vida. Quiere que lo honremos y lo alabemos. Su plan es para que nosotros compartamos su amor en los lugares donde vivimos y trabajamos en este mundo. Todo esto viene del niño bendecido de María. El niño Cristo ha cambiado nuestras vidas también. En Jesús, nuestro Salvador, nosotros, igual que María, somos verdaderamente bendecidos.

Padre celestial, ayúdanos a compartir las bendiciones de nuestro Salvador mientras nos alegramos por tu gran amor salvador. Amén.

Pero Jehová Dios llamó al hombre [Adán], y le preguntó: “¿Dónde estás?”. Él respondió: “Oí tu voz en el huerto y tuve miedo, porque estaba desnudo; por eso me escondí”. (Génesis 3:9,10)

SIN FE SÓLO HAY TEMOR

Qué lamentable historia nos cuenta la Biblia aquí. Dios viene a buscar a Adán porque Adán se estaba escondiendo de Dios. ¿Por qué? Adán y Eva se estaban escondiendo porque habían pecado. La razón de su pecado fue la incredulidad. Todo pecado viene de la falta de fe en la palabra de Dios y sus promesas. Adán y Eva no creyeron que Dios les había dado todas las cosas buenas; sin embargo, creyeron la mentira de Satanás de que Dios estaba ocultándoles algo. El resultado de su pecado fue la vergüenza y el temor. Adán y Eva estaban avergonzados de lo que habían hecho. Y tenían miedo. Se escondieron de Dios porque les dijo que si comían del árbol que estaba en medio del huerto, morirían. Sabían que hacerle frente a Dios sería enfrentar su propia muerte. En vez de buscar a Dios, su único pensamiento fue esconderse de Dios. Por eso, Dios tenía que ir a buscarlos.

Dios todavía nos busca cuando pecamos. Quiere que veamos nuestros pecados. Cada pecado nos condena eternamente. Pero Dios también quiere que sepamos que por medio de Jesucristo, tenemos el perdón de todos los pecados. Por medio del perdón tenemos la vida espiritual y la salvación eterna. Dios viene a nosotros con amor porque por nosotros mismos no podemos acudir a él. Nos da algo en que creer: la segura promesa basada en la muerte y la resurrección de Dios.

La estación de Adviento nos recuerda la venida de Dios a nosotros en el nacimiento de Jesús, el Hijo de Dios. Ahora comenzamos a seguir la vida de Jesús quien, mediante la fe, nos da el poder de llevar una nueva vida, sin sentir miedo de Dios.

Querido Señor, ven a nosotros en tu palabra para que no seamos declarados culpables de nuestros pecados y reconfortados con tu promesa en el evangelio del perdón en Jesús. Amén.

Pondré enemistad entre ti [Satanás] y la mujer [Eva], y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza [de Satanás], y tú [Satanás] la herirás en el talón [del Salvador]. (Génesis 3:15)

UNA PROMESA DE VICTORIA

Para quienes vivimos en los tiempos del Nuevo Testamento, la primera promesa es fácil de comprender. Pero para Adán y Eva y otros creyentes del Antiguo Testamento probablemente era difícil de comprender. ¿Cuándo pasaría todo esto? ¿Quién infligiría la herida? Nosotros podemos ver claramente cómo cumplió Dios esta promesa. Sabemos que Jesús la cumplió. Tomó nuestro lugar llevando la vida perfecta que nosotros no podemos llevar. Tomó nuestro lugar sufriendo el castigo en la cruz por nuestros pecados. Allí, en la cruz, Dios Padre descargó su ira sobre el pecado en Jesús. Tal vez haya parecido como si Satanás hubiera ganado cuando Jesús murió; sin embargo, la victoria real la ganó Jesús. Él hirió la cabeza de Satanás, destruyendo el poder de Satanás cuando Jesús resucitó de la muerte.

Adán y Eva no contaban con nada de esta historia que los ayudara a comprender la promesa de Dios. Por la fe Adán y Eva creyeron en la promesa y fueron salvos. Por la fe, ellos obtuvieron la victoria de Jesús. Y, no es diferente para nosotros. Conocemos la historia. También esperamos la promesa de Jesús de regresar en el día final cuando nos llevará a nuestro hogar eterno.

Con frecuencia tenemos problemas en nuestras vidas. Somos tentados y tenemos dudas. A veces, la lucha contra Satanás parece demasiado fuerte para vencerlo. Como Adán y Eva, necesitamos aferrarnos a las promesas de Dios. Debemos recordar que por nuestros propios esfuerzos no podemos vencer a Satanás. Jesús venció a Satanás. Por medio de la fe, la victoria de Jesús es nuestra.

Querido Jesús, llena nuestros corazones de fe para que creamos la promesa de que tú vienes para llevarnos a nuestro hogar eterno en el cielo. Amén.

Pondré enemistad entre ti [Satanás] y la mujer [Eva], y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza [de Satanás], y tú [Satanás] la herirás en el talón [del Salvador]. (Génesis 3:15)

AHORA TENEMOS PAZ CON DIOS

Dios no creó al hombre para destruir a la humanidad. Dios no se alegra castigando el pecado. La voluntad de Dios es que toda la gente venga a conocer a su Salvador y viva con él para siempre en el cielo. Pero el pecado nos separa de Dios, y debido al pecado hay odio entre nosotros y Dios. Ése fue el plan de Satanás. Sabía que al tentar a Adán y Eva a pecar, se convertirían en enemigos de Dios. Sin embargo, el odio real debería ser entre nosotros y Satanás, no entre nosotros y Dios.

En nuestra lectura de la Escritura de hoy, Dios pone el odio en su debido lugar. Dios no pasa por alto el pecado. Promete enviar al Salvador que vencería a Satanás y conquistaría el pecado. Cada vez que pecamos, mostramos odio a Dios y seguimos a Satanás. Cuando pecamos estamos diciendo que no tememos el castigo de Dios y que preferiríamos ser amigos de Satanás.

No obstante, no estamos desesperanzados. Nuevamente Dios se ha convertido en nuestro amigo. Por medio del perdón que Jesús ganó para nosotros, Dios está en paz con nosotros. Ésta es la paz que esperamos ansiosamente cuando escuchamos a los ángeles cantar en las montañas de Belén: “¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lucas 2:14). Por la gracia de Dios, por medio de la fe en Jesús, estamos en paz con Dios.

Dios todopoderoso, fortalece nuestra fe para que podamos vencer las tentaciones de Satanás. Ayúdanos a luchar contra Satanás y no contra ti. Te lo pedimos en el nombre de Jesús, quien nos trae la verdadera paz. Amén.

Por la fe habitó [Abraham] como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, habitando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa, porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. (Hebreos 11:9,10)

ESPERAMOS EL CIELO

Ya sea que seamos jóvenes o mayores, el pueblo de Dios quiere que terminen los problemas de la vida en nuestro mundo lleno de pecado. Esperamos con ilusión los gozos celestiales que Jesús nos ha prometido. Abraham vivió como nómada en una tierra que Dios le había prometido que sería propia. La promesa de Dios es lo que nos hace seguir adelante cuando sentimos que nuestra fortaleza espiritual se está desvaneciendo. Viajamos como un “forastero en un país extranjero”. Como forasteros constantemente somos conscientes de que no pertenecemos a este mundo. Por medio del evangelio, Jesús nos da una vida nueva y diferente. Al igual que Abraham, estamos esperando “la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”.

El diablo, la gente de este mundo, y nuestra propia naturaleza, trabajan para que nuestros ojos de fe no miren a Jesús ni a su palabra. Vemos las preocupaciones terrenales. ¡Qué difícil resulta seguir mirando hacia el cielo cuando enfermedades o deudas nos arrastran otra vez a la tierra! Sólo el evangelio mantiene nuestra fe mirando hacia nuestro destino final: el eterno gozo al lado de Jesús en el cielo.

De esto se trata el Adviento. Estamos atentos y esperamos, no sólo para celebrar el nacimiento de Jesús en Belén, sino además, estamos atentos y esperamos la segunda venida de Jesús el día del Juicio Final. Las promesas de Jesús nos mantienen así como la iglesia exclama: “¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!”.

Querido Señor Jesús, te agradecemos por venir a este mundo en la Navidad para ser nuestro Salvador. Guárdanos en la fe mientras esperamos tu venida para que nos laves al cielo.

“Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento, pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego”. (Mateo 3:11)

JESÚS ES EL MAYOR

El éxito resulta ser una gran tentación. Puede que usted diga: “Mire lo que he logrado”. O tal vez otros nos digan: “Has hecho algo muy bueno”. Juan el Bautista podría haber pensado lo mismo, pero no lo hizo. Miles de personas vinieron a escuchar su prédica. Juan podría haber pensado que era un gran líder religioso, pero no lo hizo. Podría haber pensado que su éxito se debía a que trabajaba muy duro, pero no fue así.

Juan el Bautista resistió la tentación. Sabía que había alguien que venía que era tan poderoso que ni él ni nadie más se podría comparar con él. Juan serviría humilde y gustosamente al gran Salvador. El que venía era el mismo Hijo de Dios. Los ángeles ya habían dicho que era “el Hijo del Altísimo”. El profeta Isaías había dicho que era “Emanuel, Dios con nosotros”. Más tarde, Juan cantaría sus alabanzas a Jesús y diría: “¡Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29). Sí, el Dios eterno había venido a redimir al mundo de su pecado. Jesús en verdad merece nuestras alabanzas.

Nuestras vidas tienen un propósito. En todo lo que decimos y hacemos Dios debe ser alabado. En los días buenos y en los malos debemos decir a los demás acerca de Jesús. Él es el mayor en el mundo; sin embargo, vino a salvarnos de nuestros pecados.

Querido Salvador, acepta mi alabanza y haz que mi vida sea un himno de alabanza a ti. Amén.

“Pero como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre”. (Mateo 24:37)

JESÚS VIENE A UN MUNDO PECAMINOSO

El mundo estaba lleno de pecado en los días de Noé. La Biblia describe esos días así: “Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón [el corazón del hombre] solo era de continuo el mal” (Génesis 6:5). El mundo no ha cambiado mucho. Miles de años después de los días de Noé, el mundo todavía está lleno de pecado y la gente no quiere escuchar la palabra de Dios. En los días de Noé él habló sobre el juicio de Dios por 120 años, pero la gente no quiso escuchar. De repente, todo había terminado. Las lluvias cayeron y el mundo estaba inundado. Sólo Noé y su familia se habían salvado.

La gente todavía no escucha la palabra de Dios. Hoy en día mucha gente no escuchará el mensaje del nacimiento de Jesús en un pesebre y de su muerte en una cruz. Jesús es el único camino para la salvación y para la vida eterna. La gente tampoco escucha el mensaje de que Jesús viene pronto a juzgar a todos los que han vivido y viven en el mundo.

En nuestro mundo abunda el pecado, pero “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Igual como Dios llamó a Noé y a su familia a la fe, así llama a los creyentes a la fe ahora. En Noé vemos claramente la gracia de Dios para el mundo lleno de pecado. Hoy en día el Espíritu Santo todavía llama a la gente a creer en Jesús. Usa el evangelio: en su palabra, en el bautismo, y en la Santa Cena. Ese evangelio alumbró como una luz resplandeciente en nuestro mundo lleno de tinieblas. Trae esperanza a los pecadores, a usted y a mí.

Querido Señor Jesús, envía tu Espíritu Santo para que me guarde de este mundo lleno de pecado. Guárdame seguro bajo tu protección. Amén.

“Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor”. (Mateo 24:42)

EL QUE VIENE ES SU SEÑOR

“Tu papá viene a casa”. Esas palabras hacen que algunos niños sonrían. Ellos con impaciencia esperan ver a su querido padre. Sin embargo, esas mismas palabras atemorizan a otros niños. Tienen miedo de que su padre llegue a casa borracho. “Su Señor viene”. ¿Cómo toma esas palabras? ¿Hacen que usted se llene de gozo? ¿O acaso lo atemorizan? Su reacción se determina por lo que ve en Jesús.

El que viene es “su Señor” y escuche lo que la Biblia dice acerca de él. Su Señor es el verdadero Dios desde toda la eternidad. “Este estaba en el principio con Dios” (Juan 1:2). Su Señor Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores de la muerte y del infierno. “Dios envió a su Hijo... para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos” (Gálatas 4:4,5). Su Señor llevó una vida perfecta por usted. Entonces, debido a que él lo ama, derramó su sangre por usted. Le dice que Jesús fue “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8). Su Señor resucitó de la muerte. Él le dice: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Juan 11:25,26).

El Señor viene. Ese mensaje llena de temor al no creyente; no obstante, ese mismo mensaje llena el corazón del creyente de alegría. Sabemos que el que viene es nuestro Salvador.

Querido Jesús, recuérdame que tú eres mi amado Señor y Salvador. Amén

Este [Jesús] será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su Reino no tendrá fin. (Lucas 1:32,33)

EL REINO DE JESÚS

¿Por qué los cristianos encontramos consuelo en que Jesús sea nuestro Rey? Tal vez se debe a que todos queremos la clase de rey que este mundo jamás haya conocido. El rey David en el tiempo del Antiguo Testamento era un buen rey, pero también había pecado mucho. Se decepcionó a sí mismo, decepcionó a su pueblo, y también a Dios.

¿Pero qué tal si hubiera un rey que no se corrompiera con el poder? ¿Qué tal si un rey usara su poder, no para él mismo, sino para el bien de su pueblo? ¿Qué tal si este rey finalmente ganara la victoria sobre todo lo que está mal e hiciera todo lo bueno? ¿Qué tal si este rey cumpliera todas sus promesas? Tenemos un rey así, el cual Dios prometió a su pueblo. Él es Jesús y “su Reino no tendrá fin”.

El pueblo de los días de Jesús esperaba que él le diera un reino en esta tierra. Pero Jesús dijo a Poncio Pilato: “Mi Reino no es de este mundo” (Juan 18:36). En vez de eso Jesús dijo: “El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: ‘Helo aquí’, o ‘Helo allí’, porque el reino de Dios está entre [dentro de] vosotros” (Lucas 17:20,21).

El reino de Cristo viene silenciosamente y no podemos verlo. El Espíritu Santo por medio del evangelio nos llama a creer en Jesús. El reino de Cristo se encuentra en nuestros corazones. El reino de Cristo es un reino eterno en la vida de todos los que creen en Jesús. Cuando en nuestros corazones tenemos fe humilde en Jesús como el Rey de reyes, entonces Cristo reina en nuestras vidas.

Querido Jesús, mora en mi corazón para que pueda siempre servirte y vivir en tu reino para siempre. Amén.

Jesús les contó una historia: “Mirad la higuera y todos los árboles. Cuando veís que ya brotan, sabéis por vosotros mismos que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios”. (Lucas 21:29-31)

LOS ÁRBOLES NOS RECUERDAN QUE JESÚS VIENE OTRA VEZ

Usted sabe que cuando aparecen las primeras hojas en los árboles significa que el verano se acerca. ¿Por qué piensa que Jesús señala el verano, cuando la higuera empieza a tener hojas, y no el otoño, cuando las hojas se secan y caen al suelo? Es fácil contestar esa pregunta. El verano es la estación de la vida y la alegría, los días oscuros y fríos del invierno se han ido, los árboles y las flores están llenos de vida durante el verano.

Nosotros los cristianos estamos vivos en Cristo. Los creyentes han muerto al pecado y están vivos en Cristo, como el apóstol Pablo escribe: “Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él, y sabemos que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. En cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; pero en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:8-11).

¡Qué poder tenemos cuando vivimos con Cristo! Nuestros pensamientos, palabras y obras se concentran en Jesús. Él pagó por nuestros pecados. El pecado ya no está. Nos consideramos “muertos al pecado” y “vivos” para Dios. Estamos vivos, llenos de vida. Estamos en el verano de nuestras vidas, y la vida eterna en el cielo nos espera.

En el libro de Eclesiastés, en nuestra Biblia, se nos dice que hay un tiempo para todo: “Todo tiene su tiempo...Tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado” (Eclesiastés 3:1,2).

Ahora es tiempo de vivir, porque sabemos que Jesús viene muy pronto.

Señor Jesús, esperamos tu regreso. Desde hoy hasta entonces, danos el poder de vivir para ti. Amén.

“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”. (Lucas 21:33)

LA PALABRA DE DIOS DURARÁ PARA SIEMPRE

Los cristianos creen que, con la muerte y la resurrección de Cristo, sus pecados son perdonados y el cielo es su hogar. Esto es lo que Dios prometió. “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). Dios no cambia su palabra. Él es perfecto. Lo que es cierto de Dios también es cierto de sus palabras y de sus promesas. Las palabras de Dios “no pasarán”.

Todo lo que la Biblia nos dice se hará realidad. Sin embargo, no será así con el mundo en que vivimos. “El cielo y la tierra pasarán”. Todas las cosas que ahora conocemos ya no estarán – los árboles, el aire que respiramos, las montañas, el suelo que pisamos – esto no estará. Esas cosas desaparecerán el gran día cuando Jesús venga otra vez a juzgar a la gente de este mundo.

Sí, el cielo y la tierra pasarán. Pero cuando nada más quede, Dios estará allí y su palabra permanecerá. Las palabras de Dios, sus promesas, se cumplirán.

Como cristianos entonces, no sólo esperamos la salvación. Sabemos que somos salvos por la gracia de Dios y por la sangre de Jesucristo. Los gozos celestiales, de los que habla la Biblia, son más que sueños divinos. Estar con Dios para siempre es la meta segura y cierta de cada hijo de Dios.

Por lo tanto, regocíjese, creyente bendecido, y cante alabanzas a Jesús; manténgase firme a su palabra. La palabra: lo guiará, lo llevará, y lo sostendrá, aun cuando el mundo en el cual ahora vivimos empiece a derrumbarse. La palabra de Jesús lo llevará a casa, a reunirse con su Señor en la gloria.

Señor Jesús, esperamos dejar este mundo atrás e ir al cielo que tú has preparado para nosotros. Amén.

“Velad, pues, orando en todo tiempo que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del hombre”. (Lucas 21:36)

ESTÉ LISTO PARA REUNIRSE CON JESÚS

Las palabras de Jesús son de advertencia. El apóstol Pedro también nos advierte: “Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar. Resistidlo firmes en la fe” (1 Pedro 5:8,9).

Tales advertencias se deben tomar en serio. Jesús nos advierte porque para él somos de gran estima. Pagó el precio de nuestras almas cuando nos redimió con su muerte en la cruz. Por eso vino Jesús a la tierra la primera vez, cuando nació en el pueblo de Belén. “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17). Jesús nació para morir, en nuestro lugar. No quiere que ni una sola alma se pierda.

Jesús sabe que Satanás no se dará por vencido. El diablo trabaja muy duro constantemente para tentarnos a pecar. Satanás sabe que somos débiles. Él trabaja muchísimo para hacer que los hijos de Dios pequen. Por eso, Jesús nos advierte: “velad... orando en todo tiempo”. Siempre ore a Dios para que pueda vencer las tentaciones. Manténgase cerca de Jesús y de su poderosa palabra.

¿Quién es más fuerte, el diablo o usted? Sabemos que no podemos competir con el diablo. Él es un ángel caído y tiene mucho más poder que nosotros. Ahora considere, ¿quién es más poderoso, el diablo o un cristiano que tiene a Dios de su lado? La respuesta está clara. Igual como el joven David pudo hacerle frente al gigante llamado Goliat, así nosotros como cristianos, creyentes en Jesús, podemos enfrentarnos al diablo. El diablo no puede hacerle frente a un cristiano que pone su confianza en el Señor. El apóstol Santiago escribe: “Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Santiago 4:7).

Con Jesús a nuestro lado ganaremos la victoria sobre las tentaciones del diablo. Entonces cuando el Juicio Final venga, estaremos ante Jesús y recibiremos la corona de la vida eterna.

Señor Jesús, como tus queridos seguidores, danos el poder para luchar contra Satanás. Amén.

Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse, porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. (Romanos 8:18,19)

LOS CRISTIANOS SON PACIENTES

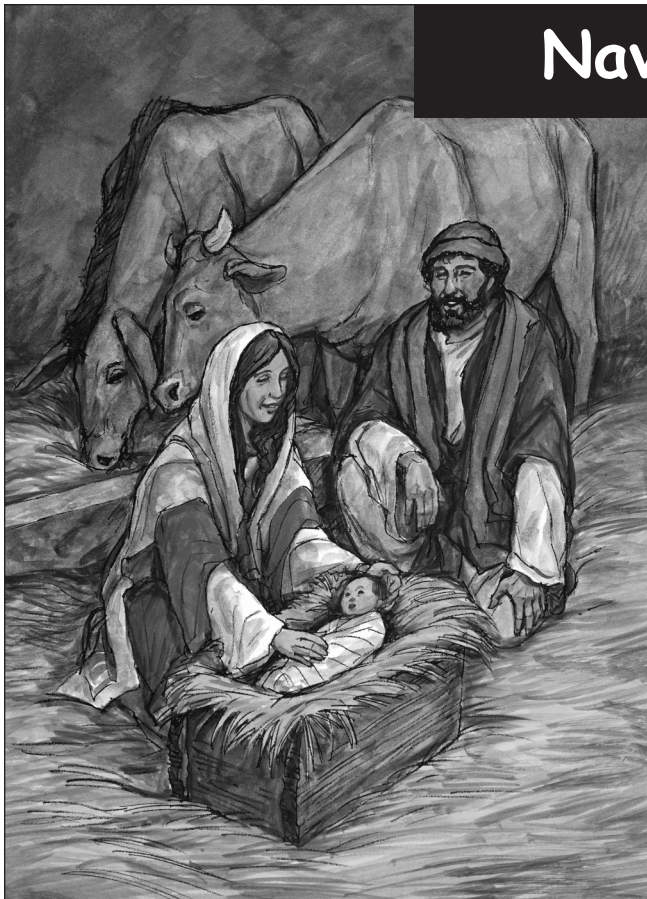
Algunas veces estamos tan involucrados en nuestros sufrimientos cotidianos que perdemos de vista la gloria del cielo. Uno de los grandes gozos es esperar con ansia vivir en el cielo.

Pablo sostiene una balanza en sus manos con una sartén en cada lado. En un lado pone los sufrimientos y las dificultades del presente. En la otra sartén pone la gloria que esperamos ansiosamente en el cielo. Pesa ambas y ve que no vale la pena la comparación. Nuestros sufrimientos presentes vienen a causa de nuestro pecado. Estos sufrimientos, para los hijos de Dios, duran sólo poco tiempo. Terminarán cuando muramos o cuando Jesús venga. Por otro lado, el cielo es un regalo del amor inmerecido de Dios y estaremos allí para siempre. Los cristianos esperan con impaciencia el cielo.

Esperar algo emocionante y maravilloso puede poner a prueba nuestra paciencia. Mientras esperamos, tenemos mucho que podemos hacer. Podemos servir a nuestro Señor hasta que gocemos las bendiciones finales del cielo.

Querido Dios, llena nuestras vidas con el conocimiento feliz de que un día estaremos en el cielo. Danos paciencia para esperar ese día. Te agradecemos que nuestro hogar eterno sea el cielo. Amén.

Navidad



Nacimiento de Jesús.

La Navidad es la estación del año eclesiástico cristiano cuando recordamos el nacimiento de nuestro Salvador, Jesucristo. Por lo general, se celebran servicios divinos especiales el día de la Navidad. Ese día alabamos a Dios por enviar a su Hijo unigénito para ser nuestro Salvador.

Toda la gente estuvo y está perdida en el pecado. Dios prometió a nuestros primeros padres, Adán y Eva, que enviaría al Salvador. Muchos años después Dios envió a su Hijo, Jesucristo, para que fuera ese Salvador.

Jesús nació en un lugar donde se guardaban el ganado y las ovejas. Ese lugar se encontraba en la ciudad de Belén en la tierra de Judea. Nació de su madre María.

La Navidad es un tiempo cuando mucha gente se da regalos mutuamente. Pero el regalo mayor fue el regalo que el Señor dio al mundo. Ese regalo fue su único Hijo. Alabamos a Dios en el tiempo de la Navidad por este maravilloso regalo. Jesús nos trae paz y gozo.

“Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán...Pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán”. (Hebreos 1:10-12)

ADORE A JESÚS

¿Cuándo creó Dios a los ángeles que cantaron en el cielo la noche que Jesús nació? Juan capítulo uno nos dice que los ángeles, junto con el resto de la creación, fueron creados por “el Verbo [quien] se hizo carne y habitó entre nosotros”. Ese Verbo es Jesús, el niño que nació en Belén. El escritor de Hebreos nos dice que Jesús es mayor que los ángeles. Jesús, el Hijo de Dios, estaba con el Padre y el Espíritu Santo poniendo las bases en la tierra. Piense en esto. El hijo del humilde carpintero, que tal vez sostuvo en sus manos madera y piedras para construir una casa, es quien creó este mundo con su poder divino. Preguntamos, ¿quién es este niño nacido en Belén? Los discípulos también una vez preguntaron: “¿Qué hombre es este, que aun los vientos y el mar lo obedecen?” (Mateo 8:27). Él es Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre.

Como Dios verdadero, Jesús no cambia. El mundo en el que vivimos se desmoronará y un día pasará. Pero nuestra lectura de la Escritura, una cita del Salmo 102, nos recuerda que Jesús no cambia. Él es siempre el Hijo de Dios, nuestro hermano y Salvador misericordioso. Nació en este mundo y llevó una vida perfecta; más tarde murió en la cruz por nuestros pecados. Ahora vive y reina en el cielo a la diestra de Dios Padre. Su promesa, segura e inalterable, es que vendrá en el día final. Resucitará nuestros cuerpos putrefactos de la tumba. Nuestros cuerpos y nuestras almas serán reunidos y glorificados; gozaremos la vida eterna en el cielo con nuestro Señor. Un ángel creado nunca podría hacer eso por nosotros.

Señor, en este mundo cambiante, guarda nuestra fe centrada en tus seguras promesas de la salvación eterna, que son verdaderas e inmutables. Amén.

Aconteció después de estas cosas, que Dios probó a Abraham. Le dijo: “Abraham”. Este respondió: “Aquí estoy”. Y Dios le dijo: “Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, vete a tierra de Moriah y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré”. Abraham se levantó muy de mañana... y fue al lugar que Dios le había dicho. (Génesis 22:1-3)

NOSOTROS DAMOS REGALOS EN LA NAVIDAD

Los creyentes siempre han llevado regalos a Jesús. En cierta forma, Abraham llevó regalos al Señor. Dios le pidió que sacrificara a su único hijo, el hijo a quien tanto amaba. ¿Qué padre quiere matar a su hijo? Abraham, por la fe, contuvo sus propios deseos. Dios dijo que Isaac, no otro hijo, iba a ser el antepasado del Salvador, y Abraham sabía esto. Sin embargo, estaba dispuesto a dar a su único hijo a Dios. Abraham estaba seguro de que Dios haría que todo saliera bien. Entonces cuando Abraham alzó la mano para matar a Isaac, Dios le dijo: “No extiendas tu mano sobre el muchacho... pues ya sé que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste a tu hijo, tu único hijo” (Génesis 22:12).

Por la fe los creyentes se entregan al Señor. Nuestra naturaleza pecaminosa quiere aferrarse a las cosas de este mundo, pero renunciamos a lo que queremos en nuestra vida y buscamos sólo lo que Dios quiere para nosotros. Sabemos que: la familia, los amigos, y la comida, pueden hacer una buena celebración de Navidad. Pero adorar a nuestro Salvador, Jesús, en la víspera de Navidad y el día de Navidad, con otros creyentes, hace la Navidad bendecida.

Nos ofrecemos nosotros mismos a Jesús. Ofrecemos corazones que están heridos con los pensamientos de nuestra propia pecaminosidad. Nos regocijamos en el perdón de nuestros pecados ganado para nosotros por Jesús. Escuchamos su palabra cuando se nos lee o explica. Cantamos himnos de alabanza a Dios por sus inmerecidos amor y misericordia. Damos ofrendas generosas para apoyar la predicación y enseñanza de la palabra de Dios. Damos todas estas cosas a Jesús como nuestros regalos de Navidad.

Señor, llena mi corazón con el gozo de la Navidad. Permíteme servirte todos los días. Amén.

Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac: el que había recibido las promesas, ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: “En Isaac te será llamada descendencia”, porque pensaba que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también lo volvió a recibir. (Hebreos 11:17-19)

CONFÍE EN DIOS

Parece muy extraño hablar de la muerte en la Navidad; sin embargo, la muerte es la razón por la cual Jesús vino al mundo. Vino a morir en la cruz, y a resucitar de la muerte, para vencer el poder de la muerte. Mediante Jesús, que nació en un establo y recostó su cabeza en un pesebre, la muerte fue vencida.

No obstante, la vida de Jesús estaba en peligro cuando Dios le dijo a Abraham que ofreciera a su único hijo, Isaac. Mire, Isaac iba a ser el antepasado del Salvador. Dios dijo: “En Isaac te será llamada descendencia”. Si Abraham hubiera matado a Isaac antes de que Isaac tuviera un hijo, entonces no hubiera habido un Salvador o salvación. Pero Abraham tenía fe, “pensaba que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos”. Abraham confió en que Dios le devolvería la vida al cuerpo de Isaac.

Sería mejor que no nos sintiéramos muy cómodos con la Navidad. Nos regocijamos en ese mensaje del nacimiento de Jesús. Pero el Viernes Santo, el día en que Jesús murió, viene pronto, y eso significa sufrimiento y muerte. Los primeros discípulos de Jesús enfrentaron la misma pregunta que Abraham enfrentó. Sabemos que Jesús resucitó de entre los muertos; venció la muerte. Por la fe buscamos vivir como aquellos que creen en el Salvador resucitado. Creemos en las promesas de Dios mediante Jesús, que nació en Belén.

Gracias, Jesús, por nacer en este mundo para ser mi Salvador. Amén.

¿Pero quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras está muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras y que la fe se perfeccionó por las obras? (Santiago 2:20-22)

HAGA BUENAS OBRAS

En un himno de Navidad cantamos: “Al mundo gozo proclamad, ya vino su Señor”. La promesa que Dios hizo a Abraham se ha cumplido. Porque cuando “vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer” (Gálatas 4:4). ¡Qué maravilloso regalo para los pecadores! Este regalo inmerecido de Dios nos motiva, junto con Abraham, a celebrar la Navidad. Alabamos a Dios y también presentamos nuestros frutos de fe.

Por la fe Abraham vio la venida de Jesús al mundo, cumpliendo la ley perfectamente y dando su vida por el perdón de nuestros pecados. Jesús dijo a la gente de esos días: “Abraham, vuestro padre, se gozó de que había de ver mi día; y lo vio y se gozó” (Juan 8:56). Abraham no sólo se regocijó en las promesas de Dios, sino que vivió de acuerdo con lo que creía. Cuando Dios le dijo que sacrificara a Isaac, su hijo, Abraham llevó a cabo este mandato. Su fe y sus obras actuaron al mismo tiempo.

La fe en acción es el tema de la Navidad. María creyó las palabras increíbles del ángel que decían que ella tendría un hijo que sería el Salvador del mundo. Los pastores vinieron al pesebre de Jesús, regocijándose en su Salvador. Luego dijeron a otros acerca de Jesús. Todos aquellos que creen en Jesús muestran su fe con lo que hacen en su vida. Que el nacimiento del Salvador nos inspire a servirle a él todos los días de nuestra vida.

Señor, quítame mi pecado y ayúdame a servirte toda mi vida. Amén.

Entonces María dijo: “Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador”. (Lucas 46,47)

HABLE A OTROS ACERCA DE LA GRANDEZA DE DIOS

La virgen María experimentó muchas bendiciones maravillosas de Dios. El Señor estaba haciendo que creciera una nueva vida en ella, su Salvador estaba por nacer. El Señor le dio la fe para creer que con él todas las cosas son posibles. No nos extraña que María cante con gozo: “Engrandece mi alma al Señor”.

Nosotros también deberíamos pasar algún tiempo considerando la grandeza de Dios. Piense en: su poder, su misericordia, su santidad, su amor. El perdón de Dios es grande. Cuando estamos preocupados acerca de algún pecado, Dios nos perdona ese pecado. Recuerde por qué Jesús nació. “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Jesús ama a todos los pecadores, y derramó su sangre y murió por toda la gente, eso lo incluye a usted. El perdón de Dios siempre es más grande que su pecado.

Tal vez esta Navidad lo encuentre a usted preocupado, por alguien a quien usted ama o por alguna enfermedad que usted tiene. Entonces recuerde que el niño que nació de María es Emanuel. Emanuel significa “Dios con nosotros”. Aun cuando no podemos ver a Jesús, siempre está cerca de nosotros. Él nos dio la promesa: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20). Sus brazos, poderosos y protectores, lo cuidan a usted y a aquellos a quienes usted ama.

Dios también nos puede consolar. Esta Navidad puede que usted extrañe a un ser querido que ya no esté con usted. A causa de Jesús, usted, y yo, y todas las demás personas, que muramos creyendo en Jesús como nuestro Salvador, podemos ver en el futuro el gozo interminable en el cielo y la paz perfecta.

El Señor ha mostrado y sigue mostrando su grandeza. Por eso: María, y los ángeles, y nosotros podemos cantar: “Engrandece mi alma al Señor”. ¡Hable a otros acerca de la grandeza de Dios!

Señor Jesús, nunca permitas que olvide la grandeza de tu amor y misericordia. Guíame para alabarte siempre. Amén.

Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo, y nos levantó un poderoso Salvador... como habló por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio. (Lucas 1:68,70)

ALABAR AL SEÑOR POR CUMPLIR SUS PROMESAS

Algunas veces, las personas lastiman a otras porque les prometen algo y no lo cumplen. Si siguen sin cumplir lo que prometen, la gente ya no les creerá. Esto no sucede con el Señor porque cuando él hace una promesa, la cumple. El hombre, Zacarías, que habló las palabras de las Escrituras que hemos leído, por la gracia de Dios aprendió que Dios cumple sus promesas. Mientras Zacarías sostenía en sus brazos a Juan, su hijo recién nacido, supo que Jesús nacería muy pronto. Con los ojos de fe Zacarías, el sacerdote, vio a Jesús como si ya estuviera allí.

Vio a Jesús como el Salvador prometido a Adán y Eva, nuestros primeros padres. Vio a Jesús como a un profeta mayor que Moisés a quien la gente escucharía. Vio a Jesús como a Emanuel, Dios con nosotros, como fue prometido por el profeta Isaías. Vio a Jesús como el buen Pastor, que David describió en el Salmo 23. Todas estas promesas se hicieron en el Antiguo Testamento.

Ahora el Salvador estaba allí y los siglos de espera habían terminado. No nos extraña que Zacarías alabara al Señor que siempre cumple sus promesas. Cuando Dios prometió el Salvador, lo envió. Cuando dice que perdonará nuestros pecados todos los días, podemos creerle. Dios, que nunca duerme ni dormita sin importar cuán largos sean nuestros días o cuán oscuras sean nuestras noches, nos cuida. Él que nos ama hará que todo sea para nuestro bien a pesar de lo afligidos que estemos en esos momentos.

Emocionadas, gozosas y confiadas, son las descripciones correctas para aquellas personas que conocen a Dios. ¡Alabe al Señor que siempre cumple sus promesas!

**Señor, enséñanos a confiar en tus promesas, para que siempre te alabemos.
Amén.**

Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo... Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado, porque irás delante de la presencia del Señor para preparar sus caminos. (Lucas 1:68,76)

ALABE A JESÚS POR VENIR A REDIMIR A SU PUEBLO

Qué maravilloso es que Jesús haya venido a nuestro pequeño mundo. Somos personas que nos rebelamos contra Dios; sin embargo, Jesús vino a nuestro mundo. Porque él vino, entonces los creyentes tienen una buena razón para alabarlo, igual como Zacarías lo hizo. Jesús todavía no había nacido, pero Zacarías, movido por el Espíritu Santo, vio el nacimiento del Salvador como un hecho. Vio a Jesús como al “Señor Dios de Israel”. Zacarías describió a su propio hijo, Juan, como “profeta del Altísimo”. La obra de Juan era ir “delante de la presencia del Señor para preparar sus caminos”.

Por la gracia de Dios, en la Navidad también vemos en el pesebre de Belén al que es “Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios”. Es tan maravilloso que el Dios todopoderoso se convirtiera en un pequeño bebé. Alabamos a Jesús por este hecho glorioso, especialmente alabamos al Señor cuando nos detenemos para aprender la razón que hay detrás de la venida de Jesús a nuestro pequeño mundo. ¿Por qué vendría a redimir, es decir a comprar de nuevo, a quienes se habían rebelado contra él? ¿Por qué cargaría con nuestros pecados, sufriría el castigo, y enfrentaría el infierno por nosotros? Su gran amor por nosotros lo hizo redimirnos, para que un día podamos estar con él en el cielo.

El Señor todavía viene a su pueblo. Por medio del evangelio en la Biblia y los sacramentos, viene a nuestros corazones y los llena con su amor salvador. El último día de nuestras vidas, o cuando se acabe el mundo, vendrá otra vez. Entonces dirá a aquellos que creen en él: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34). El cielo estará lleno de alabanzas de los redimidos por su amado Señor. ¿Pero por qué esperar hasta ir al cielo? Cada día es una oportunidad de alabar a Dios, con nuestros labios y nuestras vidas.

**Señor, recibe nuestra alabanza por tu venida a la tierra para salvarnos.
Amén.**

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó desde lo alto la aurora, para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte, para encaminar nuestros pies por camino de paz. (Lucas 1:78,79)

ALABE A DIOS POR LA PAZ

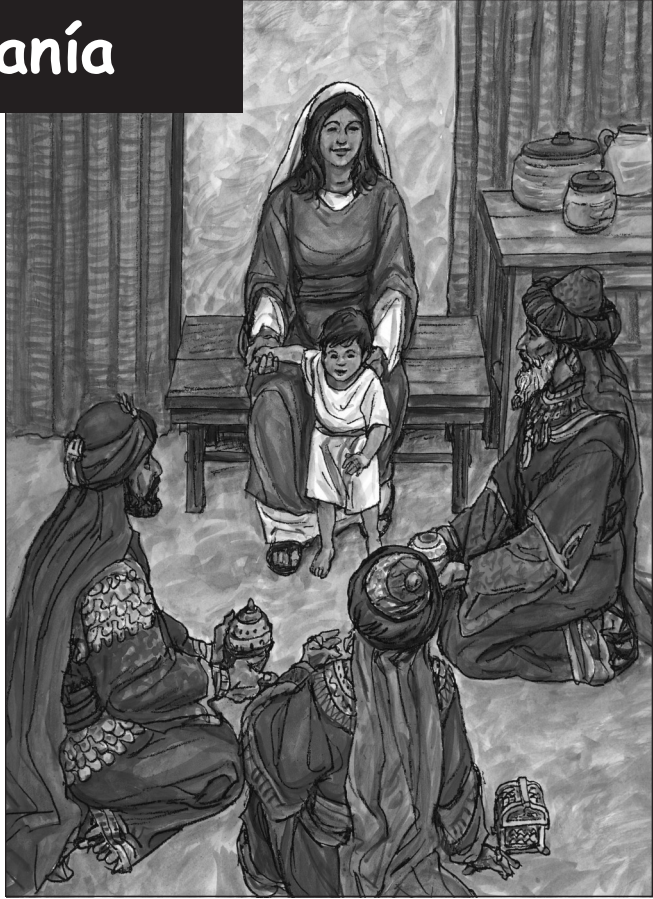
¿Ha estado alguna vez en un lugar donde no había luz? Esa oscuridad no se compara con lo que siente un corazón que no conoce el perdón por sus pecados. La Biblia llama a la incredulidad “tinieblas” y al infierno lo llama las “tinieblas de afuera”. No hay luz, ni esperanza, ni gozo, ni cielo sin “la aurora” que conocemos como Jesús.

¡Pero hay una gran paz para aquellos que han sido llevados a creer en Jesús! Esas personas que tropiezan en las tinieblas del pecado, no tienen idea de lo que es la paz maravillosa mediante Jesús. ¡Nosotros lo sabemos! El “camino de paz” es por el que pasa un creyente todos los días. Un hijo de Dios despierta cada mañana sabiendo que Dios lo ama. Un hijo de Dios pasa todos los días con la certeza de que los ángeles de Dios lo cuidan. Un hijo de Dios puede mirar hacia el fin de la vida sin temor porque sabe que hay un lugar para él en el cielo.

Sólo hay una razón por la cual los creyentes pueden pasar por ese camino de paz. “Desde lo alto la aurora”, nuestro Salvador Jesucristo, ha puesto fin a las tinieblas del pecado y al temor de la muerte. Entre más nos demos cuenta cuánto necesitamos la paz de Dios, más la apreciaremos. Entonces cada día lo usaremos para alabar a nuestro misericordioso Dios por esa paz de la mente y del corazón.

Señor, ayúdanos a vivir cada día con la certeza de que Jesús es nuestro Príncipe de paz. Ayúdanos cada día a alabarte por traernos la salvación. Amén.

Epifanía



Los sabios adoran a Jesús.

La Epifanía es la estación del año eclesiástico cristiano que nos muestra la gloria de Jesús. Jesús mostró su gloria como el Hijo de Dios de muchas maneras.

Se mostró a los sabios que habían venido a adorar a un rey. Esos sabios le trajeron regalos costosos. Estos hombres no eran judíos, sino eran lo que se llama gentiles. Hoy en día la mayoría de la gente en el mundo es gentil. Por lo tanto, Jesús se mostró a usted y a toda la gente como nuestro Señor y Salvador.

Por los milagros que realizó Jesús mostró que él es el Hijo de Dios. Los milagros son sucesos maravillosos que Jesús realizó y que los humanos no pueden realizar. Sanó a los enfermos; calmó una tormenta; resucitó de entre los muertos.

Jesús mostró que es el Salvador. Cuando fue bautizado, Juan el Bautista habló de él como “¡el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!”. Jesús entonces se muestra a usted como el Salvador del pecado.

Él [Simeón] lo tomó [a Jesús] en sus brazos y bendijo a Dios, diciendo: “Ahora, Señor, despidas a tu siervo en paz, conforme a tu palabra, porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel”. (Lucas 2:28-32)

AFÉRRESE A LAS PROMESAS DE DIOS

El Espíritu Santo es quien toma nuestros corazones muertos, sin vida y los trae a la vida por medio del evangelio que se encuentra en la Biblia. El Espíritu Santo hace que sea posible para nosotros ver el amor de Dios en todo su poder. Nos muestra al niño Cristo y cómo murió por nosotros en la cruz.

Piense, por sólo un momento, cómo fue para el hombre Simeón cargar al niño Jesús en sus brazos. Simeón no necesitaba ningún milagro o señal especial para creer en Dios. Sin embargo Dios, en su amor por su siervo, dio a Simeón la oportunidad de cargar en sus brazos al Salvador del mundo. Jesús fue el cumplimiento de la promesa de Dios de enviar el Salvador para toda la gente. Con sus propios ojos, Simeón vio la salvación de Dios en la carne. La salvación por medio de Jesús no sólo era para el pueblo de Israel, sino, como Simeón dice, era también para aquellos que no eran judíos. Simeón había esperado toda su vida ese día y Dios no decepcionó a su siervo.

Hoy en día, más que nunca, necesitamos aferrarnos a nuestro Salvador. Necesitamos depender de Jesús quien con: su vida perfecta, su muerte, y su resurrección, nos da: el perdón de nuestros pecados, la vida, y la salvación. En un mundo profundamente preocupado por la estabilidad y la seguridad, edificamos nuestra esperanza y nuestras vidas en Jesús, quien es nuestro Salvador.

Aférrese a la promesa de Dios en su corazón. Vea con los ojos seguros de la fe su salvación en Cristo Jesús. Y luego ayude a otros a ver y a aferrarse también a él.

Querido Señor, en un mundo lleno de confusión y dolores, ayúdanos a aferrarnos a nuestro Salvador con corazones llenos de fe. Danos la oportunidad de compartir con otros la esperanza segura y cierta de nuestro Salvador viviente. Amén.

Los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: “Este [Jesús] está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha (y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones”. (Lucas 2:34,35)

ESTÉ FIRME EN JESÚS

¿Qué posición toma? ¿En qué cree realmente? ¿Hasta dónde está dispuesto a confesar a Jesús el Señor? Algunas veces, en la vida de los cristianos, se nos pide confesar a Jesús. En la historia primitiva de la iglesia cristiana, muchos creyentes estaban dispuestos a dar su vida por confesar a Jesús como su Señor y Salvador. Durante nuestra vida tal vez no se nos pida dar nuestra vida debido a que creemos en Jesús. Tal vez alguien diga: “No hay Dios”. Quizás alguien más diga: “Crear en Jesús es absurdo”. ¿Cómo contestaríamos a esas personas? Al final, nadie puede estar al mismo tiempo a favor y en contra de Jesús. Eso es lo que Simeón le dice a María en nuestra lectura.

Simeón dijo: “Este [el niño Jesús] está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel”. Esas personas que reciben a Jesús como su Salvador reciben el perdón de sus pecados y se convierten en hijos de Dios. Aquellas personas que rechazan a Jesús tropiezan en el mensaje y se alejan de Dios.

En nuestra vida Jesús todavía sigue siendo la persona por quien la gente se levanta o cae. Mucha gente quiere que Jesús sólo sea un maestro o un ejemplo, pero nada más. No creen que Jesús sea su Salvador, su Dios, y caen en la incredulidad.

Pero los creyentes ven a Jesús como lo que realmente es, como el sacrificio de sus pecados. Los creyentes ven a Jesús como el que les da vida eterna en el cielo. A causa del amor inmerecido de Dios los creyentes son hijos de Dios y herederos de la vida eterna.

Querido Jesús, ayúdanos a estar firmes, y a confesarte como nuestro Salvador ante la gente de este mundo. Amén.

UNA FE VIVA

Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada. Había vivido con su marido siete años desde su virginidad, y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del Templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. Esta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén. (Lucas 2:36-38)

UNA FE VIVA RESPONDE

“Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo?” (Santiago 2:14). Unos versículos después, el apóstol Santiago contesta a esas preguntas. Escribe: “Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta” (Santiago 2:17). En palabras claras Santiago nos dice lo que es la fe y lo que no es. Ante todo, la fe es confiar o creer en Jesús como nuestro Salvador. No es sólo tener conocimientos de los hechos acerca de Jesús y de su vida. La fe muestra lo que somos como cristianos.

Vemos cómo la fe de Ana se mostró en su vida y cómo la gracia de Dios la había conmovido. La gran fe que tenía en su corazón la convirtió en una mujer de oración y la llevó a dedicar su vida entera al servicio del Señor. Todos los días adoraba al Señor. Dios usó a Ana para llevar su palabra a la gente. Cuando vio al niño Cristo, dio gracias a Dios. La fe de Ana la conmovió: a orar, a alabar, y agradecer a Dios. Su fe hizo que hablara a otros acerca de lo que el Salvador significaba para ella.

Mostramos que tenemos fe por la forma en que vivimos. Conocemos a Cristo y el poder de su amor y el milagro de su salvación. Tal fe en Cristo nos hace querer llevar nuestra vida al servicio de nuestro Señor. En la fe damos gracias a Dios por nuestra salvación y todas las otras innumerables bendiciones que hemos recibido de él. Al vivir nuestra fe respondemos a su amor por nosotros compartiendo su amor con otros.

Querido Padre celestial, respondiendo a tu amor, ayúdanos a llevar nuestra vida dándote las gracias. Amén.

Además, Juan testificó, diciendo: “Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y que permaneció sobre él. Y yo lo he visto y testifico que éste es el Hijo de Dios”. (Juan 1:32,34)

JUAN BAUTIZA A JESUCRISTO

El bautizo de Jesús fue el principio de su ministerio público. El apóstol Mateo escribe acerca de lo que Jesús dijo a Juan el Bautista antes de su bautismo: “Permítelo ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mateo 3:15). El bautismo de Jesús mostró que tenía la aprobación de Dios. Esto se muestra especialmente cuando desciende el Espíritu Santo sobre Jesús en forma de paloma y cuando el Dios Padre dice: “éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). En su bautismo Jesús estaba cumpliendo absolutamente la voluntad de su Padre. En el bautismo de Jesús Juan estaba anunciando públicamente la llegada del Cristo, el Mesías.

Jesús no necesitaba ser bautizado para que fuera limpiado de sus pecados. Sin embargo, como nuestro Redentor él tomó nuestro lugar. El apóstol Pablo nos dice: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). El bautizo de Jesús es un ejemplo para nosotros, sus seguidores. En el bautismo, Jesús perdona nuestros pecados y nos hace hijos de Dios. En tiempos de dificultades y de sufrimiento podemos recordar nuestro bautismo. Cuando las dudas surjan en nuestra mente, recuerde que Dios nos hizo suyos. Es maravilloso saber las buenas nuevas de que “nos salvó... por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5).

Oh Dios, gracias por enviar a Jesús para ser nuestro Salvador. Permite que siempre te demos las gracias porque en nuestro bautismo él nos da la vida espiritual y nos recuerda que somos tus hijos. Amén.

Al siguiente día estaba otra vez Juan, y con él dos de sus discípulos. Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: “¡Éste es el Cordero de Dios!”. Los dos discípulos lo oyeron hablar y siguieron a Jesús. Volviéndose Jesús y viendo que lo seguían, les dijo: “¿Qué buscáis?”. Ellos le dijeron: “Rabí—que significa Maestro—, ¿dónde vives?” Les dijo: “Venid y ved”. Fueron y vieron dónde vivía, y se quedaron aquel día con él, porque era como la hora décima. (Juan 1:35-39)

VENGA Y VEA AL CRISTO

Todos los días Juan el Bautista estaba ocupado señalando a la gente a Jesús como el Cordero de Dios. Un día dos de los discípulos de Juan siguieron a Jesús. Cuando Jesús vio que Andrés y Juan (el apóstol, no Juan el Bautista) lo seguían, les preguntó: “¿Qué buscáis?”. Su respuesta reveló lo que había en sus corazones. Al llamar a Jesús Rabí, un maestro, ellos le estaban diciendo que estaban ansiosos de ser sus estudiantes. Querían pasar tiempo con Jesús para adquirir sabiduría y conocimiento espiritual.

Luego le preguntaron a Jesús: “¿dónde vives?”. Ésta era la respuesta que estaban esperando. Era una invitación no sólo para “ver” o hablar brevemente con Jesús, sino para pasar tiempo con él y aprender de él.

¿Cuánto tiempo pasa usted con Jesús, el Cordero de Dios? Dedique un tiempo todos los días a leer la Biblia y estas devociones. Entonces estará refrescado espiritualmente y, como Andrés y Juan, verá a Jesús como el Cristo. Jesús es quien vino a este mundo a salvarlo a usted: del pecado, del temor a la muerte, y de la condenación eterna en el infierno.

Señor, fortaléceme y refréscame todos los días por medio de tu palabra, mientras paso un momento valiosísimo contigo. Amén.

Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. Aquel encontró primero a su hermano Simón, y le dijo: “Hemos encontrado al Mesías”, que significa “Cristo”. (Juan 1:40,41)

COMPARTA A JESÚS CON OTROS

La conversación que Andrés tuvo con Jesús debió haber sido acerca de quién era Jesús y su obra como el Mesías. Andrés quiso compartir estas buenas noticias. Lo primero que hizo fue encontrar a alguien con quién compartir este descubrimiento. Compartió las buenas noticias con su hermano, Simón. También para nosotros la mejor forma de compartir a Jesús es con un amigo o algún familiar.

Hace años un misionero en China llamado Hudson Taylor le dijo a un pastor que enseñara a la gente a hablar acerca de Jesús tan pronto fuera posible. El pastor encontró a un nuevo creyente y le preguntó: “¿Desde hace cuándo cree en Jesús?”. El joven le respondió: “Desde hace tres meses”. “¿Y a cuántas personas le ha hablado acerca del Salvador?”, le preguntó el pastor. “Ah, apenas soy un principiante”, contestó el creyente. El pastor movió la cabeza y le dijo: “El Señor no espera que usted sea un predicador hecho y derecho, pero espera que sea un fiel testigo. Dígame: ¿Cuándo empieza una vela a alumbrar, cuando se ha consumido a la mitad?”. El joven contestó: “No, tan pronto se enciende”. El pastor contestó: “Así es, deje que su luz brille inmediatamente”.

Podemos compartir lo que sabemos. Podemos llevar a nuestros amigos y familiares con aquellos que pueden enseñarles la palabra de Dios. Entonces es cuando el Espíritu Santo los cambia por el poder de su palabra. Simplemente tenemos que compartir el mensaje acerca de Jesucristo, nuestro Salvador.

Espíritu Santo, dame valor para compartir el mensaje de Cristo con otras personas. Amén.

Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él. (Juan 2:11)

LOS SEGUIDORES DE JESÚS CREYERON EN ÉL

El apóstol Juan tenía sus razones para hablar de los milagros de Jesús. Esos milagros nos muestran que la persona que los hizo es el Hijo de Dios. Después de vivir treinta años en la ciudad de Nazaret, Jesús empezó su ministerio público. El milagro realizado en Caná de Galilea señalaba que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios. Fue el primero de muchos milagros que eran prueba visible del poder y la gloria de Jesús. Él sólo permitió en ciertos momentos que brillara su naturaleza divina. Los milagros fueron señales resplandecientes de la gloria de Jesús. Los milagros requerían respuesta a las preguntas: ¿Qué piensan de Jesús? ¿Quién dicen ustedes que es él?

Debido a que los discípulos sabían lo que Jesús había hecho, depositaron su fe en él. Habían visto su gloria y por eso creían en Jesús. Ese milagro fortaleció su fe. Mientras seguían caminando con él, escuchándolo, y viendo sus milagros, su fe en Jesús siguió creciendo.

De la misma manera, cuando leemos acerca de lo que Jesús dijo y de los milagros que realizó, nuestra fe se fortalece. Vemos a Jesús como al Hijo de Dios, como nuestro Salvador.

Gracias, Señor, por permitirnos ver tu gloria. Amén.

Vino a Nazaret, donde se había criado; y el sábado entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer. (Lucas 4:16)

JESÚS OBEDECIÓ A SU PADRE

Jesús vino al mundo a hacer lo que su Padre quería que él hiciera. Cuando encontró a una mujer en el pozo, Jesús dijo: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió y que acabe su obra” (Juan 4:34). La vida de Jesús estaba llena de oración y adoración. Cuando era niño lo llevaron al templo en la ciudad de Jerusalén, como la ley lo requería. En Lucas capítulo dos aprendemos que, cuando Jesús tenía doce años, sus padres fueron al templo “conforme a la costumbre” a la fiesta de la Pascua. Los padres de Jesús lo encontraron en el templo cuando pensaron que se había perdido. Entonces él les dijo: “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Lucas 2:49).

No importaba lo ocupado que estuviera Jesús, nunca estaba demasiado ocupado para orar. A menudo, cuando su trabajo era difícil, pasó la noche orando. La noche antes de morir, aprendemos que Jesús oró en el huerto de Getsemaní. Como un ejemplo para nosotros, Jesús adoró y oró.

¿Somos siempre fieles en adorar y orar a Dios? ¿Asistimos a la iglesia regularmente? Recuerde lo que dijo Dios: “No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:25). ¿Dice sus oraciones todos los días? Las respuestas a esas preguntas deberían estar claras en la mente de cada creyente. Deberíamos adorar y orar regularmente como Jesús lo hizo. Igual como nuestros cuerpos necesitan comida todos los días, así también nuestra alma necesita el alimento de la palabra de Dios todos los días.

Señor Jesús, enséñanos a orar como tú oraste. Condúcenos a la palabra de Dios mediante el poder del Espíritu Santo. Amén.

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres”. (Lucas 4:18)

JESÚS PREDICÓ LAS BUENAS NUEVAS

Jesús predicó la ley como una advertencia contra el pecado y como guía para nuestra vida cristiana. Sobre todo, fue un predicador de las buenas nuevas. La noche que nació, el ángel dijo: “No temáis, porque yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” (Lucas 2:10,11).

Las buenas nuevas son que Jesús: vivió, murió, y resucitó de entre los muertos, por todos. Guardó la ley perfectamente por nosotros. Con su muerte en la cruz sufrió por todos los pecados de toda la gente. Dios declaró perdonados todos nuestros pecados. La palabra de Dios nos dice: “fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos” (Romanos 1:4).

El Espíritu Santo guió a Jesús en toda la obra que él hizo por nosotros. El Espíritu Santo ahora nos guía a creer y confiar en lo que Cristo ha hecho por nosotros, como nuestro Salvador.

Durante su vida en la tierra, Jesús mismo predicó las buenas nuevas. También capacitó a hombres para que siguieran predicando las buenas nuevas por todo el mundo. Jesús todavía predica las buenas nuevas por medio de: pastores, maestros, y por medio de cada uno de nosotros como creyentes. Estas buenas nuevas son para los pobres, pero no sólo para aquellos que no tienen dinero, sino también para los pobres de espíritu. Son para aquellos que no tienen nada que dar a Dios para pagar por el perdón de sus pecados. Todos somos espiritualmente pobres. Pero encontramos que Jesús pagó la deuda de nuestros pecados, lo hizo cuando derramó su santa y preciosa sangre en la cruz. Viviremos porque Jesús murió por nosotros. Ésas son las buenas nuevas para los pobres.

Jesús, te hiciste pobre para que nosotros pudiéramos ser ricos. Estamos felices por las buenas nuevas de que ahora somos ricos por medio de ti. Amén.

“El Espíritu del Señor está sobre mí... me ha enviado... a pregonar libertad a los cautivos”. (Lucas 4:18)

JESÚS NOS DA LA LIBERTAD

“El Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Corintios 3:17). “La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Romanos 8:2). Esas dos declaraciones de las Sagradas Escrituras resumen el regalo principal del Espíritu Santo. El pasaje de Romanos también nos dice que este regalo viene a nosotros a causa de lo que Jesús ha hecho por nosotros. El regalo es la libertad. El regalo viene a nosotros debido a lo que Jesús ha hecho por nosotros.

Hemos sido librados: del pecado, de la muerte eterna, y del poder del diablo. Hemos sido liberados por el precio que Jesús pagó por cada uno de nosotros. Hebreos 2:14 y 15, nos dicen: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir, por medio de la muerte, al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”.

Todos los que pecan son esclavos del pecado; sin embargo, cuando hemos sido librados del poder del pecado, estamos libres para servir a Dios. Vivir en pecado es esclavitud. Vivir según la palabra de Dios es la libertad perfecta. Cuando venga el día final, el día de la resurrección de nuestros cuerpos, seremos librados de las lágrimas de sufrimiento y de los dolores del cuerpo y la mente. Jesús prometió: “Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (Juan 8:31,32). Aférrase a la verdad de las enseñanzas de Jesús. El Espíritu Santo es el que le da el poder para seguir la palabra de Dios.

Tu palabra, Señor, es verdad. Guárdanos a salvo en la libertad del evangelio hasta que entremos en la plena libertad que se encuentra en el cielo. Amén.

Los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él [Jesús]. Entonces comenzó a decirles: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros”. (Lucas 4;20,21)

JESÚS LLEVÓ A CABO EL PLAN DE DIOS

En la cruz Jesús dijo: “¡Consumado es!”. En camino a la aldea de Emaús explicó a los discípulos cómo cumplió todo lo que estaba escrito acerca de él en la ley, en los profetas y en los salmos.

A Jesús se le llama el principio y el fin. Él cumplió, o llevó a cabo, todas las profecías escritas en el Antiguo Testamento. La primera profecía fue dada en el huerto de Edén: “Pondré enemistad entre ti [el diablo] y la mujer [Eva], y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón” (Génesis 3:15). La última profecía del Antiguo Testamento está escrita en Malaquías 4:5 y 6: “Yo os envío al profeta Elías [Juan el Bautista] antes que venga el día de Jehová [Jesús], grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y castigue la tierra con maldición”.

Lo que la gente en el tiempo del Antiguo Testamento anhelaba ver, nosotros lo hemos visto. Hemos aprendido acerca de la muerte y resurrección de Jesús, lo que Juan el Bautista sólo por la fe vio. Nuestra lectura nos dice que la gente en la sinagoga (el lugar donde los judíos adoraban) estaba mirando a Jesús. No podían esperar a lo que tenía que decir después. Nuestros ojos siempre deberían mirar a Jesús también. Mire cuidadosamente todo lo que él ha hecho. Vea este maravilloso nacimiento en el pueblo de Belén. Aprenda de su: vida, muerte, resurrección, y ascensión en el monte de los Olivos. Permita que sus ojos siempre miren a Jesús toda su vida. Acuda a él para el perdón y la paz. Acuda a él para recibir consuelo en tiempos de aflicciones y ayuda en tiempos de dificultades. Mantenga sus ojos en Jesús.

Jesús, por el poder del Espíritu Santo, condúcenos todos los días de nuestra vida. Amén.

“Que librados [por Dios] de nuestros enemigos, sin temor lo serviríamos en santidad y en justicia delante de él todos nuestros días”. (Lucas 1:74,75)

ALABE A DIOS TODA SU VIDA

Algunas veces no alabamos a Dios como deberíamos. Zacarías, en su cántico de alabanza, nos recuerda que todos los días de nuestra vida cristiana deberían ser de alabanza a Dios. Nuestro Salvador vino para que le “[sirviéramos] en santidad y en justicia... todos nuestros días”.

Es Dios, y sólo él, quien hace que le sirvamos. Como creyentes le servimos, no porque estamos obligados, sino porque queremos hacerlo por amor a lo que Jesús hizo por nosotros. Los hijos de Dios saben su voluntad y desean seguirla, queremos hacer lo que Dios quiere que hagamos.

¿Cómo podemos mostrar amor a Dios si no lo mostramos a aquellos que él ha puesto cerca de nosotros? Al servir a nuestro Dios Salvador queremos llevar una vida santa y piadosa, de esa manera mostramos nuestra alabanza a Dios. También alabamos a Dios diciéndole a otros acerca de él. Note que debemos servirlo “sin temor”. Notamos que cuando deseamos servir al Señor a diario en nuestra vida, con frecuencia encontramos que no es fácil hacerlo. Tenemos que trabajar para ser: esposos, esposas, padres e hijos, empleados y jefes, maestros y estudiantes cristianos. Necesitamos el poder de Dios para ser santos y piadosos.

Martín Lutero una vez dijo: “Tenemos que: creer, vivir, amar y trabajar, como si Jesucristo hubiera muerto ayer, hubiera resucitado hoy, y como si fuera a venir mañana”. Tal vez Lutero estaba pensando en las palabras de Zacarías con respecto a servir a nuestro Salvador sin temor, en santidad y piedad, mientras vivamos. Así es como alabamos a Dios.

Señor, llena nuestro corazón con la fe en Jesús para que mientras vivamos te respondamos con alabanza. Amén.

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”.

(Mateo 5:3)

LOS POBRES EN ESPÍRITU SON BIENAVENTURADOS

El apóstol Pablo sabía que en su “carne, no [habitaba] el bien” (Romanos 7:18). Bienvenidos los pobres en espíritu. Ser pobres en espíritu es vernos nosotros mismos como: perdidos, desesperanzados, e impotentes. Necesitamos pedir a gritos: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lucas 18:13). Ser pobre en espíritu es confesar que nuestra vida sin Dios no tiene ningún significado. Ser pobre en espíritu es tener “espíritu: quebrantado... contrito, y humillado” (Salmo 51:17).

Sabiendo quiénes somos realmente, ¿cómo podemos esperar jamás ser miembros del reino de Dios? Aunque necesitamos venir ante Dios confesando nuestros pecados, no tenemos que sentirnos quebrantados y tristes. Encontramos la riqueza del amor de Dios en nuestro Salvador Cristo Jesús. En este Salvador encontramos al que llevó una vida perfecta, y quien nos da su vida perfecta por medio de la fe. En este Salvador encontramos al que dio su vida por nosotros en la cruz, y quien nos da el perdón. Ese perdón se hizo seguro por el derramamiento de la preciosa sangre de Jesús.

¡Qué maravillosa verdad nos enseña Jesús! Con corazones que son pobres en espíritu, vemos nuestro pecado que nos separa de nuestro Dios. Con estos mismos corazones, con gozo, recibimos de nuestro Salvador el perdón de nuestros pecados. A causa de lo que Cristo hizo por nosotros, el reino de los cielos es nuestro.

Querido Salvador, vemos cómo hemos caído. Danos una fe viva que nos haga mirarte solamente a ti como a aquel que nos salvó y nos dio la vida eterna en el cielo. Amén.

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque verán a Dios”. (Mateo 5:8)

LOS QUE TIENEN UN CORAZÓN LIMPIO SON BIENAVENTURADOS

Dios siempre ha estado más interesado en lo que hay dentro de una persona que en la apariencia externa. Se interesa en nuestros corazones. El corazón es el ser más íntimo de una persona y es el origen de nuestras acciones. Si el corazón de una persona está limpio, su vida estará limpia. Jesús dice que un corazón limpio es una de las señales de ciudadanía en su reino.

¿Pero es posible que haya corazones limpios? Los corazones limpios son aquellos que han sido lavados en la sangre de Cristo. Los corazones limpios han conocido el poder del Espíritu Santo para hacerlos santos. Los limpios de corazón, como el salmista David, han aprendido a orar: “¡Crea en mí, Dios, un corazón limpio!” (Salmo 51:10). Los corazones y vidas limpios sirven a Dios. Son los corazones de las personas honestas, es un placer negociar con ellas porque tienen un corazón limpio.

Esos corazones, a causa de Jesús, verán a Dios. Lo verán en la belleza del mundo que nos rodea y al final de su vida verán a Dios cara a cara. Verán a Dios en toda su gracia y gloria cuando estén ante él. Comparten la confianza de Job, que dijo: “Y que después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios. Lo veré por mí mismo; mis ojos lo verán” (Job 19:26,27).

Querido Salvador, ayúdanos a poner nuestra mirada en nuestro hogar celestial donde te veremos cara a cara. Amén.

“Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios”.
(Mateo 5:9).

LOS QUE VIVEN EN PAZ SON BIENAVENTURADOS

Jesús es el mayor pacificador. Trae paz a una relación rota entre la humanidad pecaminosa y el Dios santo y perfecto. El pecado que nos separa de Dios es lavado y limpiado por la sangre de Jesús, el Cordero de Dios. La vida perfecta que Dios pide no se encuentra en nuestras vidas. Pero Jesús llevó una vida perfecta por nosotros. El apóstol Pablo escribe: “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación” (Efesios 2:13,14).

A causa de esta paz perfecta, de nuestro Salvador, nosotros somos llamados hijos de Dios. Muchos de nosotros estamos agradecidos por nuestros padres y el nombre de nuestra familia. Estamos agradecidos porque hemos sido criados por padres y abuelos cristianos. Pero nuestra herencia humana mayor no puede igualarse a lo que Cristo nos ha dado. Por medio de Cristo somos “hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:16,17).

Debido a que somos hijos e hijas de Dios somos pacificadores. A diferencia de otros que son pendencieros, llevamos nuestra vida al servicio amoroso de nuestro Señor. Y como sus hijos, trabajamos para compartir con todos la verdadera paz que viene sólo del Príncipe de paz, Jesús. Ésta es la paz que el mundo no puede dar y no puede quitar.

Querido Padre celestial, por medio de tu Hijo, Jesús, danos la paz que el mundo no puede darnos. Ayúdanos a llevar la verdadera paz a las vidas con problemas. Amén.

“En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que lo teme y hace justicia”. (Hechos 10:34,35).

JESÚS SALVÓ A TODA LA GENTE

Imagínese que usted se encuentra en una nueva ciudad y quiere adorar en una iglesia pero le dicen: “Sólo los miembros de esta congregación pueden asistir a la iglesia para adorar”. Sin embargo, Cornelio, un soldado gentil no podía adorar al Señor en el templo. En el Antiguo Testamento Dios mantuvo separados a los judíos y a los no judíos a fin de preservar la familia del Salvador. No obstante, una vez que vino Jesús, esa relación cambió. Entonces Dios quiso que toda la gente, tanto judíos como gentiles, es decir, no judíos, lo adoraran.

Es así como Dios quiso que las cosas fueran en el Nuevo Testamento. Por medio de la visita de Pedro a la casa de Cornelio, Dios enseñó a Pedro que él no tiene gente ni nación favoritas. Dios apartó a Jesús para ser el Salvador de toda la gente. Las bendiciones que Jesús ganó en su vida, su muerte y su resurrección son para todos. Todas las personas que creen en Jesús son hijos de Dios sin tener en cuenta la raza o nacionalidad. Ya no hay una diferencia entre los judíos y los gentiles. Todos somos igualmente salvados por medio de la fe en Jesucristo.

Nosotros, que por lo general no descendemos físicamente de Abraham, somos sus descendientes espirituales. Confiamos en el mismo Salvador, somos salvos por medio de la misma fe. ¡Alabe a Dios!, él “no hace acepción de personas”.

Señor Jesús, tú eres el Salvador de toda la gente. Ayúdanos a llevar tu palabra a todos. Amén.

“Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo”. (Hechos 10:36)

JESÚS NOS TRAE PAZ CON DIOS

No es fácil hacer las paces. Por eso, es tan maravilloso lo que Pedro dijo a Cornelio en nuestra lectura de las Escrituras. ¡Dios ha hecho las paces entre Dios y nosotros! Pero ¿cuándo estábamos en guerra contra Dios? Nacimos haciendo la guerra contra Dios. Por naturaleza odiamos a Dios y lo atacamos al no hacer lo que quiere que hagamos; sin embargo, no podemos derrotar a Dios. Si hubiéramos permanecido en guerra con Dios, hubiéramos esperado una derrota eterna en el infierno.

Nuestra única esperanza fue buscar la paz con Dios, ¿pero quién ocasionaría esta paz? Desde luego, nosotros no podríamos producir esta paz por nosotros mismos. Afortunadamente, Dios hizo las paces con nosotros por medio de su Hijo Jesús. Dios decidió que Jesús sería ese pacificador. Jesús llevó sobre él mismo todo nuestro odio hacia Dios. Pagó por todos nuestros pecados cuando sufrió y murió en la cruz. Entonces, al resucitar de entre los muertos, declaró que todo estaba bien entre Dios y la humanidad. La guerra había terminado y la humanidad fue perdonada.

Ahora que Cristo ha obrado la paz entre Dios y nosotros, ya no somos enemigos de Dios. Somos amigos de Dios, e incluso somos miembros de su familia. Ésas sí son buenas noticias.

Señor Jesús, guíanos a estar siempre agradecidos por la paz que tú nos has dado. Amén.

El cual también os mantendrá firmes hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo. (1 Corintios 1:8)

EL AMOR DE DIOS ES PARA SIEMPRE

El apóstol Pablo pudo asegurar a la congregación de Corinto que el amor de Dios permanecería para siempre. ¿Qué les aseguraría a esos cristianos que el amor de Dios duraría para siempre? La respuesta se encuentra en lo que Jesús hizo por ellos y por nosotros.

Lo que Jesús hizo por nosotros se encuentra en su palabra y en los sacramentos. El evangelio es el medio que Dios usa para mostrarnos su amor. Cada vez que escuchamos el mensaje del amor de Dios, ya sea en la iglesia, o cuando leemos la Biblia, Dios hace que su amor brille en nuestros corazones. A diferencia del resto de la gente en este mundo que tropieza en las tinieblas de la incredulidad, nosotros podemos ver la poderosa mano de Dios que nos guarda seguros. Tenga la seguridad de que el amor de Dios nunca fallará. Recuerde la importancia de su palabra y los sacramentos. Esos son los medios que Dios usa para mostrarnos su amor en nuestras vidas.

Que no dejemos de usar los medios que Dios usa para traer la luz de su amor a nuestras vidas.

Querido Salvador, obra en mi corazón siempre por medio de tu palabra y los sacramentos, para que la luz de tu amor siempre brille en mi corazón. Amén.

Y vino una voz desde la nube, que decía: “Este es mi Hijo amado; a él oíd”...

**Ellos callaron, y por aquellos días no dijeron nada a nadie de lo que habían visto.
(Lucas 9:35,36)**

ES TIEMPO DE HABLAR

¿Puede guardar un secreto? ¿Debe guardar un secreto? Pedro, Jacobo y Juan no dijeron nada de lo que habían oído. Ellos fueron bendecidos al ver y oír las cosas maravillosas acerca de Jesús. Otras personas también serían bendecidas al escuchar acerca de lo que Dios Padre dijo de Jesús: “Éste es mi Hijo amado; a él oíd”. Jesús es el Cristo, el escogido para redimir, es decir comprar otra vez, a los pecadores del pecado, de la muerte y del infierno. El perdón de los pecados, la paz y la vida eterna en el cielo son los regalos maravillosos de Jesús. ¡Debemos permitir que los pecadores perdidos oigan esas buenas noticias!

Sin embargo, hay un tiempo “de callar y tiempo de hablar” (Eclesiastés 3:7). El mismo Jesús dijo a Pedro, a Jacobo y a Juan que éste no era todavía el tiempo para que hablaran acerca de lo que habían visto y oído. Pero ahora es el tiempo cuando debemos hablar acerca de que el Hijo de Dios fue a su muerte cargando la culpa de nuestros pecados. Pasó por la muerte a la vida eterna para que nosotros lo siguiéramos. Ésas son las verdades que conocemos y de las que debemos hablar. Las palabras de Jesús para nosotros son: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:15,16).

Sabemos que ahora no es el tiempo de callar sino de hablar. Con Pedro confesamos: “Y en ningún otro hay salvación [sino en Jesús], porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

Querido Jesús, danos la valentía para hablar a otras personas acerca de ti, para que ellas también vayan al cielo. Amén.

Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió y se oyó una voz desde la nube, que decía: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd”.
(Mateo 17:5)

ESCUCHE A JESÚS

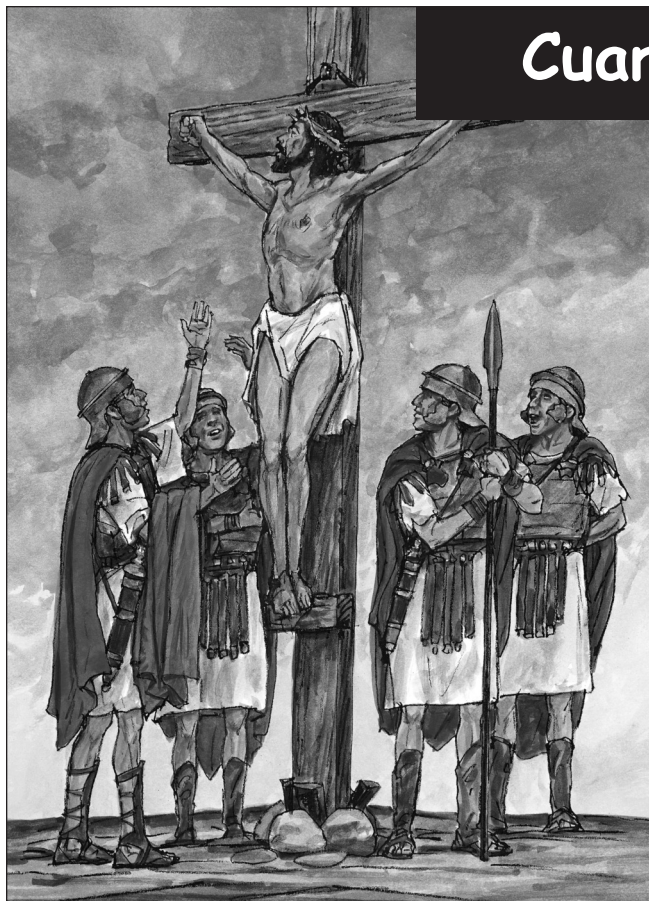
Pedro, junto con los apóstoles Jacobo y Juan, estaban en el monte de la transfiguración. Vieron a Jesús, a Moisés, y a Elías, en toda la gloria celestial. Jacobo murió después siendo joven mientras que Juan, su hermano, murió anciano. Ahora Dios trata a aquellos a quienes ama de formas diferentes. Algunos pasan por muchas dificultades, otros pasan pocos apuros. Algunos siempre están saludables, otros con frecuencia están enfermos. Pero todos nosotros esperamos con ansia el momento cuando veremos a Jesús en toda su gloria celestial. En el monte donde se transfiguró, el Padre dijo de Jesús: “a el oíd”. Juan escuchó a Jesús. Escuchó cuando Jesús le dio el trabajo: “id y haced discípulos a todas las naciones” (Mateo 28:19).

A nosotros el Padre nos dice que escuchemos cuando el amor de Jesús nos llama a arrepentirnos de nuestros pecados. Escuche cuando Jesús nos dice que nuestros pecados son perdonados. Escuche cuando Dios nos promete estar con nosotros ya sea que estemos sanos o enfermos. Escuche cuando Jesús nos dice que trabajemos en su reino. Mostramos amor a Jesús expresando nuestro amor a otras personas, y ayudando a difundir las buenas noticias respecto a Jesús a otra gente.

Casi al final de su vida, a Juan se le dio una oportunidad especial de escuchar a Jesús. En una isla, llamada Patmos, cuando el Espíritu Santo hizo que Juan escribiera el libro de Apocalipsis, Juan dijo: “Me volví para ver la voz que hablaba conmigo” (Apocalipsis 1:12). Era Jesús y Juan lo escuchó. Vio a Jesús en toda su gloria, ésa es la misma gloria que el Hijo de Dios nos ha prometido a nosotros.

**Señor, ayúdanos a permanecer fieles hasta el final de nuestras vidas.
Bendícenos con tu eterna gloria. Amén.**

Cuaresma



Jesús ora por sus enemigos cuando está en la cruz.

La Cuaresma es la estación del año eclesiástico cristiano que nos prepara para el sufrimiento y muerte de Jesús. Hay seis domingos antes de lo que llamamos Semana Santa.

La Cuaresma es un tiempo para el arrepentimiento, es decir, debemos: sentirnos arrepentidos de nuestros pecados, creer que Jesús perdonó nuestros pecados, y luego tratar de alejarnos de esos pecados. Durante la Cuaresma recordamos todo lo que Jesús hizo para cumplir la ley perfectamente por nosotros. Recordamos la muerte de Jesús. Con su muerte, Jesús cargó sobre él el castigo por los pecados de todo el mundo.

La Semana Santa empieza con lo que llamamos Domingo de Ramos, que es el día en que Jesús entró a la ciudad de Jerusalén. Más tarde esa semana, el Jueves Santo, Jesús nos dio lo que se llama la Santa Cena o la Santa Comunión. Esa noche fue llevado ante los gobernantes judíos y después al gobernador romano. El Viernes Santo Jesús murió en la cruz por todos nuestros pecados.

La Cuaresma es un tiempo de tristeza, pero también de agradecimiento por todo lo que Jesús hizo por nosotros los pecadores.

Sacrificio y ofrenda no te agradan; has abierto mis oídos; holocausto y expiación no has demandado. Entonces dije: “He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu Ley está en medio de mi corazón” (Salmo 40:6-8)

SOY ESCLAVO DEL SEÑOR

¿Le gustaría ser esclavo por un día? No creo que a ninguno de nosotros le gustaría mucho. Sin embargo, muchas veces tratamos a los que nos rodean como esclavos. Les decimos que hagan algo por nosotros que podríamos hacer nosotros mismos.

No obstante, en el caso de Dios es diferente porque tiene el derecho a pedirnos que le sirvamos. Si no servimos a Dios, nos convertimos en esclavos del pecado y de Satanás. Sin embargo, Jesucristo vino a ser un esclavo de la voluntad de Dios; se convirtió en esclavo por nosotros. Jesús por su propia voluntad se hizo esclavo de Dios.

Nos convertimos en esclavos cuando con gusto nos ponemos completamente al servicio de alguien más. Éste es el servicio que por naturaleza no ofrecemos a Dios. Éste es el servicio que Jesucristo vino a dar en nuestro lugar. Jesús dijo: “el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado”. Por medio de la fe, Dios atribuyó el servicio perfecto de Cristo a nosotros. A causa del sacrificio obediente de Cristo él perdona todo el servicio que no estamos dispuestos a hacer.

Ahora Dios nos llama a servirlo. Lo servimos adorándolo. Servimos a Dios diciendo a otros acerca de Jesucristo y de lo que Jesús ha hecho por nosotros. Servimos a Dios cuando mostramos amor unos a otros.

Señor Jesús, gracias por servirme tan fielmente. Tú serviste al Padre por mí. Guíame para que imite tu servicio amoroso en mi vida. Amén.

El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. (Romanos 8:16,17)

LOS CRISTIANOS SON BENDECIDOS POR MEDIO DE CRISTO

Un profesor de la escuela dominical preguntó a dos hermanos cuándo era el cumpleaños de ellos. Uno contestó: “Los dos tenemos siete años y mi cumpleaños es el 8 de abril de 1996 y el de mi hermano el 20 de abril de 1996”. El profesor contesto: “Eso es imposible”. “No, no lo es”, dijo el otro niño. “Uno de nosotros es adoptado, pero no sabemos quién de los dos es. Le preguntamos a nuestro padre, pero él sólo dijo que nos quiere a los dos y no importa cuál es el adoptado”.

La Biblia enseña que todos los que somos traídos a la fe en Jesús por el Espíritu Santo somos adoptados en la familia de Dios. Eso quiere decir que ante Dios, nosotros somos como Jesús, el Hijo de Dios; somos santos y sin pecado. ¿Pero, somos como Jesús en otras cosas? ¿Somos siempre humildes como Jesús? ¿Servimos siempre a otra gente? ¿Estamos siempre dispuestos a perdonar a los demás? Tratar de vivir, como hermanos y hermanas adoptados de Jesús, no es fácil.

Como hermanos y hermanas de Jesús heredamos la vida eterna. El salmista David escribe: “Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa; tú aseguras mi suerte. Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos y es hermosa la heredad que me ha tocado” (Salmo 16:5,6). Como hijos adoptados de Dios, él nos ha bendecido verdaderamente en muchas maneras.

Dios, soy tu hijo y tú verdaderamente me has bendecido. Te alabo por todo tu amor. Amén.

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús... haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. (Filipenses 2:5,8)

OBEDEZCA COMO JESÚS LO HIZO

¡OBEDEZCA! Cuando oye esa palabra, ¿en qué piensa? Si acaso piensa en su vida pasada, la palabra obedecer puede recordarle todas esas veces cuando Dios quiso que usted hiciera algo, pero no lo hizo. O puede pensar en las veces cuando Dios no quiso que usted hiciera algo, pero lo hizo de todos modos. Piense en lo que Jesús hizo. “Haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”. La Biblia dice: “Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguien tuviera el valor de morir por el bueno. Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:7,8). Piense en que Jesús, quien obedeció a Dios, murió por nosotros que no obedecemos.

¿Por qué murió Jesús por nosotros? Jesús lo hizo para obedecer a su Padre celestial y murió por nosotros porque nos ama. Éste fue el plan de Dios para salvar a su pueblo de sus pecados. Nuestros pecados son perdonados, por lo tanto, ahora somos santos ante Dios. El cielo es nuestro hogar.

Ahora Dios quiere que reflejemos esas bendiciones de la obediencia de Cristo en nuestra vida. Jesús nos dice: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:37,39). Como Jesús nos ama, nosotros debemos amar a Dios y a nuestro prójimo. Así es como Jesús quiere que nosotros pensemos.

Querido Dios, nuestro Padre celestial, que siempre recordemos lo que significa para nosotros la obediencia de tu Hijo. Que esa obediencia se refleje en nuestra vida cristiana. Amén.

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús... se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Mas aún, hallándose en la condición de hombre... haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. (Filipenses 2:5,7,8)

SEA HUMILDE COMO JESÚS

¿Qué diría usted si un hombre muy rico trabajara limpiando baños? ¿Qué pensaría si un rey o príncipe saliera a recoger la basura? Tal vez diría: “¡Qué humillante!”. Sin embargo, esos ejemplos no pueden compararse con la humildad que Jesús soportó por usted. Él, a quien los ángeles sirvieron, tomó una toalla y lavó los pies de su discípulo. Él, quien recibió todos los honores y alabanzas en el cielo, soportó el enojo y la maldición del pecado en la cruz. “Tomó la forma de siervo”.

¿Por qué Jesús dejó toda la comodidad del cielo por las dificultades de un mundo pecador? La palabra de Dios nos dice que Jesús tenía muy buena razón para “[despojarse] a sí mismo”. “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos” (Gálatas 4:4,5). Sea “como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos” (Mateo 20:28).

Cuando pensamos en lo que Jesús hizo, no podemos hacer otra cosa que ser humildes nosotros mismos. Debemos servir a Jesús, hacer lo que Dios quiere que hagamos, poner a Dios primero en nuestras vidas. Cuando vemos que Jesús se despojó a sí mismo, por nosotros y por nuestra salvación, consideramos que es una lección de mucha humildad y eso es bueno. Así es como Dios quiere que pensemos.

Querido Señor Jesús, en tu gran amor y misericordia, permíteme ser humilde. Amén.

Cuaresma NADA PUEDE DETENER EL PLAN DE SALVACIÓN DE DIOS

Esto no lo dijo [el sumo sacerdote] por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. (Juan 11:51,52)

JESÚS CUMPLIÓ LAS PROFECÍAS

Dios estaba controlando lo que el sumo sacerdote, Caifás, estaba diciendo. Dios usó su palabra para revelar el plan de Dios de salvar a los pecadores. La idea de un hombre que muere para salvar a mucha gente no fue el plan de Caifás, sino el plan de Dios. Caifás no se dio cuenta de que estaba diciendo una verdad que sería muy consoladora para todos los creyentes. Dios reveló su plan de salvación por medio de las profecías de mucha gente en el Antiguo Testamento. Ahora el sumo sacerdote “profetizó” que Jesús moriría en lugar de cada pecador, para que toda la gente pudiera tener la vida eterna.

Jesús cumplió todas las profecías. Era el hijo de la mujer (Génesis 3:15). Era la estrella de Jacob (Números 24:17). Era el profeta mayor que Moisés (Deuteronomio 18:15). Era el Redentor resucitado (Job 19:25). Era el Hijo de la virgen (Isaías 7:14). Era el varón de dolores (Isaías capítulo 53).

Nadie podía detener a Jesús de cumplir todas esas profecías. Satanás no podía detener a Jesús. El Señor cumplirá cualquier promesa que él haga. Promete contestar nuestras oraciones, nos promete que va a regresar para llevarnos al cielo, y además nos promete que nos resucitará de entre los muertos. Nada puede impedir que Jesús cumpla sus promesas.

Señor, te agradecemos por cumplir todas las profecías acerca de ti. Vence nuestras dudas y fortalece nuestra fe en tu poder salvador. Amén.

“Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque también el Padre tales adoradores busca que lo adoren. Dios es Espíritu, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren.” (Juan 4:23,24)

ADORE A DIOS EN ESPÍRITU Y EN VERDAD

Jesús le mostró a la mujer, que estaba en el pozo en Samaria, cuán grande era su pecado. Esto hizo que la mujer pensara acerca de las cosas espirituales. Comenzó a saber lo mucho que necesitaba el perdón. Jesús resolvió su problema mostrándole que era mucho más importante cómo adoraba a Dios que en dónde lo adoraba.

Dios quería que adorara en espíritu, no que fuera nada más por cumplir con las formalidades de la adoración. Él quería tocar su alma con su palabra para que ella lo adorara en su corazón, porque él quería que adorara en verdad. Eso quería decir que necesitaba escuchar la verdad de la palabra de Dios.

Dios ha tocado nuestros corazones con la verdad de su palabra. Esta verdad nos ha convencido de que Jesús vino para satisfacer todas nuestras necesidades espirituales con su perdón. Ahora, con corazones agradecidos adoramos al Señor como él quiere, en espíritu y en verdad. Tal adoración agrada a nuestro Dios, no importa dónde estemos.

Salvador, llena mi corazón con tu verdad, para que pueda adorarte en espíritu y en verdad. Amén.

Le dijo la mujer: “Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas”. Jesús le dijo: “Yo soy, el que habla contigo”. (Juan 4:25,26)

JESÚS ES EL MESÍAS

Durante todo el tiempo que la mujer estuvo en el pozo, ella se preguntaba a quién había encontrado allí. Jesús guió a la mujer hacia las respuestas a todas sus preguntas. A pesar de que la mujer sólo conocía los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, de todas formas sabía que Dios había prometido enviar un Salvador, el Mesías. ¿Pero quién sería? Entonces Jesús le dijo: “Yo soy, el que habla contigo”. Había encontrado al Mesías, lo tenía precisamente enfrente de ella. En Jesús encontró la respuesta a todas sus necesidades espirituales.

Por esa mujer, usted puede sentir el gozo en las palabras de Jesús: “Yo soy, el que habla contigo”. Jesús había abierto sus ojos y contestado sus preguntas también. ¿Quién es Jesús? Es el Mesías prometido de Dios, su Salvador. ¿Por qué se interesa en usted? Porque lo ama, igual como amó a la mujer en nuestra lectura de las Escrituras. ¿Qué ha hecho él por usted? Él ha: vivido por usted; muerto por usted; resucitado de entre los muertos por usted; dado el perdón de sus pecados; dado la promesa de la vida eterna en el cielo. Jesús le ha mostrado que es el Mesías prometido.

Salvador, te alabo por ser el Mesías. Oro para que nunca busque mi salvación en ningún otro sino en ti. Amén.

Como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. (Juan 11:51,52)

JESÚS HACE A LOS HIJOS DE DIOS UNO EN LA FE

Los hijos de Dios están dispersos. El pecado destruyó nuestra relación con Dios. El profeta Isaías escribió: “Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios y vuestros pecados han hecho que oculte de vosotros su rostro para no oíros” (Isaías 59:2). Algunas veces un hijo se rebela contra sus padres, dice o hace cosas malas que violan las reglas de la casa. Después de hacerlo muchas veces los padres le piden al hijo que se vaya de la casa. Esto es exactamente lo que pasó en nuestras vidas espirituales: violamos las leyes de Dios. Nuestro pecado nos separó del hogar de nuestro Padre.

Pero la muerte de Jesús quita el pecado y nos trae, perdonados, otra vez al Señor y sus bendiciones. No regresamos por nosotros mismos, sino que fue Jesús quien nos volvió a unir con Dios. Murió por nosotros para reunirnos y hacernos uno otra vez.

El sacrificio de Jesús nos une con nuestros compañeros creyentes. Los hijos de Dios pueden vivir en muchos lugares diferentes, hablar muchas lenguas diferentes y comer muchas comidas diferentes. Pero hay dos cosas que unen a los hijos de Dios: una es la necesidad de Jesús; la otra, es el amor de Jesús por nosotros. No importa si somos ricos o pobres, hombres o mujeres, jóvenes o mayores, todos estamos unidos por la fe en Jesús. El querido Hijo de Dios ha dado su vida por todos nosotros.

Jesús, sin ti y tu pago por nuestros pecados, no podríamos reunirnos con nuestro Padre celestial. Nos hiciste a todos los creyentes uno a causa de tu amor por nosotros. Amén.

Jehová es mi pastor, nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma. Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento. (Salmo 23:1-4)

PUEDE ESTAR SEGURO DEL CUIDADO DEL SEÑOR

Vea un cuadro de una oveja perdida que camina por la orilla de un precipicio y un lobo hambriento la sigue. Se escuchan sus balidos cuando la oveja tropieza y cae, mientras que muy lejos duerme un pastor perezoso. Ahora vea un cuadro del buen pastor que cuida a sus ovejas. El pastor lleva a las ovejas por delicados pastos y aguas cristalinas. Cuando cae la noche, el pastor guía a sus ovejas, por el valle oscuro y profundo, al redil para guardarlas de noche.

El rey David era pastor cuando era niño. Comprendía la importancia de ser un buen pastor y de cuidar a sus ovejas. El Espíritu Santo movió a David a representar a Jehová como a nuestro buen Pastor. Él es el misericordioso Padre celestial, el amoroso Jesús, nuestro Salvador, el consolador Espíritu Santo.

¿Cómo se convirtió en su buen Pastor? Cuando Jesús dio su vida en la cruz lo salvó a usted: del pecado, del temor a la muerte, y de la destrucción eterna en el infierno. Cuando: el diablo, la gente malvada en el mundo, y su naturaleza pecaminosa, tratan de destruirlo, Jesús lo defiende a usted de cualquier maldad. Por la fe en él, usted es perdonado de todo su pecado y descansa en su cuidado eterno. Jesús nos dice: “Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y me siguen; yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Juan 10:27,28). Cada día de su vida, considérese como una oveja del Señor. El buen Pastor la alimenta con las buenas nuevas de su perdón y su amor hace que usted siga llevando la vida que le agrada. Cuando usted está cansado él le trae descanso a su corazón y a su mente por medio de su palabra. Al final de su vida, cuando tenga que pasar por el valle de sombra de muerte, él lo consolará y lo llevará al hogar celestial eterno. El Señor en verdad es su buen Pastor.

Gracias, Jehová, por traerme a tu amoroso cuidado. Guárdame y guíame con tu palabra. Ayúdame a buscar a otras ovejas perdidas. Amén..

Aconteció que cuando David acabó de hablar con Saúl, el alma de Jonatán quedó ligada con la de David, y lo amó Jonatán como a sí mismo. Aquel día Saúl tomó consigo a David y no lo dejó volver a casa de su padre. Hizo Jonatán un pacto con David, porque lo amaba como a sí mismo. Se quitó Jonatán el manto que llevaba y se lo dio a David, así como: otras ropas suyas, su espada, su arco, y su cinturón. (1 Samuel 18:1-4)

UN FIEL SIERVO MUESTRA AMOR

Puede ir por la vida con muchos amigos, pero un buen amigo es difícil de encontrar. Un buen amigo será honesto y le mostrará amor. Además un buen amigo le mostrará sus faltas. La bendición más grande de todas es un amigo que también cree en Jesús como usted.

David encontró a ese amigo en Jonatán, el cual era hijo del rey Saúl. David y Jonatán se amaban uno al otro. Un amigo así daría su vida por otra persona. Ésa es la clase de amor que encontramos en nuestro amigo Jesús. Estuvo dispuesto a dar su vida por nosotros en la cruz. Al hacer eso, Jesús cargó el castigo que merecemos por nuestros pecados. ¡Qué amigo tenemos en Jesús que carga con todos nuestros pecados y problemas! Como nuestro Salvador resucitado, Jesús es un amigo que nos ayuda en todas las necesidades que tenemos. Es nuestro amigo aun cuando no tengamos a ningún otro amigo y estemos muy solos en la vida.

Cuando ofrecemos nuestro amor a otras personas estamos seguros de hacer amigos. Querremos que estos nuevos amigos crean que Jesús es su Salvador. Querremos que estén con nosotros en el cielo. Igual que David y Jonatán somos amigos de Jesús, y Jesús es un amigo nuestro. Muestre su amistad y su amor compartiendo la palabra de Dios con otras personas para que puedan ser nuestros amigos y además amigos de Jesús.

Querido Salvador, gracias por ser mi mejor amigo. Me mostraste tu amistad cuando moriste en la cruz y resucitaste de entre los muertos por mí. Ayúdame a amar a otros con el mismo amor con el que me amas. Amén.

Entonces dijo Natán a David: “Tú eres ese hombre”. (2 Samuel 12:7)

DIGA LA VERDAD EN AMOR

“¡No quiero escuchar!”. Es probable que usted haya dicho esas palabras. “Tengo buenas y malas noticias; ¿cuáles quiere escuchar primero?”. Si usted es como la mayoría de la gente querrá escuchar las malas noticias primero para poder pensar en las buenas noticias. Cuando se trata de asuntos espirituales, Dios no siempre nos da buenas noticias.

Hay dos grandes enseñanzas en la Biblia: las malas noticias del juicio de Dios sobre el pecado y las buenas noticias de la gracia de Dios y del perdón. La ley de Dios nos muestra nuestros pecados. Cuando estamos frente a un espejo vemos todas nuestras: imperfecciones, arrugas, y el pelo revuelto. Un espejo no miente. De la misma forma los Diez Mandamientos no mienten. Nos muestran cada detalle de nuestra fealdad espiritual. ¿Para qué? Para que entendamos cuánto necesitamos al Salvador, Jesús. El profeta Natán tenía buenas noticias para el rey David. David no estaba preocupado por: la codicia, el adulterio, y el asesinato que había cometido. Como en un espejo, el profeta Natán le hizo ver a David todos sus pecados. David comprendió las palabras de Natán. La ley de Dios hizo su efecto. David estaba arrepentido por lo que había hecho; se arrepintió de su pecado. Entonces Natán le dio a David las buenas noticias de que Dios había perdonado su pecado.

Como cristianos, se nos pide decir toda la palabra de Dios, tanto la ley como el evangelio. El evangelio es para aquellos que están verdaderamente arrepentidos de sus pecados. Pero la ley debe decirse a aquellos que todavía viven en sus pecados. Cuando usted, como Natán, le diga a las personas que han pecado, ellas querrán taparse los oídos y decir: “¡No quiero oírlo!”. Pero deben escuchar la ley. De otra forma oirán noticias peores: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno [el infierno]” (Mateo 25:41).

Querido Señor, lleva a los pecadores a ver su condición perdida para que se puedan arrepentir de sus pecados. Ve a ellos con la bendición de las buenas noticias de que tú has pagado por todos sus pecados muriendo en la cruz. Que tu amor inmerecido ha perdonado a todos los pecadores. Amén.

La ley de Jehová es perfecta: convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel: hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos: alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro: alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio: permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad: todos justos. Deseables son más que el oro, más que mucho oro refinado; y dulces más que la miel, la que destila del panal. Tu siervo es, además, amonestado con ellos; en guardarlos hay gran recompensa. (Salmo 19:7-11)

CONFÍE EN LA PALABRA DE DIOS

¡Recuerde quién es usted! Es un cristiano que cree en Jesús y todo el que crea en Jesús tiene la vida eterna. Por su muerte y resurrección podemos ir ante nuestro Dios. La palabra de Dios nos da poder y muchas bendiciones.

En la lectura anterior, el rey David nos habla de las bendiciones que la palabra de Dios nos trae. “La ley de Jehová” de la que se habla es todas las enseñanzas de Dios en la Biblia. En su palabra nos dice Dios “haz eso o morirás”. Ése es el mandato que Dios nos da, pero él nos da la vida por medio del evangelio. El evangelio es el mensaje de que Dios perdona nuestros pecados a causa de lo que Jesús hizo por nosotros.

La palabra de Dios: nos hace sabios; trae alegría a nuestras vidas; nos guía en nuestra vida; nos advierte cuando hacemos algo malo. La palabra de Dios nos trae muchas bendiciones. Buscar y encontrar dinero o placeres nos pueden traer alegría por poco tiempo. Pero la palabra de Dios tiene el poder para darnos riquezas y placeres eternos. La riqueza del amor inmerecido de Dios y el placer de conocer ese amor de Dios es más grande que cualquier cosa que esta vida pueda darnos. Por lo tanto, deposite su confianza en la palabra de Dios.

Querido Señor, mientras confiamos con gusto en tu palabra, danos fortaleza para llevar la vida cristiana y trae gozo a nuestras almas. Amén.

Mas yo por la abundancia de tu misericordia entraré en tu Casa; adoraré con reverencia hacia tu santo Templo. (Salmo 5:7)

ACUDA AL SEÑOR CUANDO SE SIENTA SOLO

Hay muchas veces cuando usted puede sentirse solo, por ejemplo: cuando sus hijos se van lejos de casa, cuando su esposo o esposa muere, cuando se cambia a una nueva ciudad, o no tiene amigos. Para los cristianos la soledad quizás se sienta más porque las personas ven que usted es diferente. Se siente que no lo incluyen, y se siente solo cuando: no chismea, ni cuenta chistes indecentes, ni miente, ni hace trampa, como otros.

El rey David con frecuencia se sintió solo. Sus enemigos dijeron mentiras de él y muchos de sus amigos creyeron esas mentiras. Pero ¿estaba David solo? No. Él dijo: “Mas yo por la abundancia de tu misericordia entraré en tu Casa”. David tenía al Señor Dios como su amigo, sabía dónde encontrarlo y hablar con él. Ese lugar era la casa de Dios, el templo. El Señor estaba esperando oír las oraciones de David, esperando derramar sus bendiciones sobre David.

Usted también puede ir a la casa de Dios donde la puerta siempre está abierta. El Señor lo está esperando, acuda a los brazos amorosos de Jesús. Él le dirá: “Yo también me he sentido solo. Las personas se burlaron de mí, hasta me escupieron. Esas personas no me conocían, por eso le pedí a mi Padre celestial que las perdonara. Sufrí solo en la cruz. Llevé la ira de Dios por el pecado y por los pecadores. Sufrí la soledad de mi Padre para que sus pecados pudieran ser perdonados. Los amo. Estoy con ustedes todos los días”.

Confíe en Jesús porque lo que él dice es cierto. Él está con usted en su palabra. Le dice: “ni ninguna otra cosa creada podrá separarnos del amor de Dios”. Puede ir abierta y frecuentemente al trono de la gracia de Dios con sus oraciones y hablar con él como un hijo querido habla con su querido padre. ¿Se siente solo? ¡Nunca, por la gran misericordia de Dios!

Querido Jesús, tú has prometido: “Y yo estoy con vosotros todos los días”. Perdóname por no confiar en ti. Ven a mí por medio de tu evangelio en tu palabra. Llena mi corazón con tu amor y que con gusto escuche y aprenda tu palabra.

El rey no se salva por la multitud del ejército ni escapa el valiente por la mucha fuerza. Vano para salvarse es el caballo; la grandeza de su fuerza a nadie podrá librar. El ojo de Jehová está sobre los que lo temen, sobre los que esperan en su misericordia, para librar sus almas de la muerte y para darles vida en tiempo de hambre. Nuestra alma espera a Jehová; nuestra ayuda y nuestro escudo es él. (Salmos 33:16-20)

NUESTRA ESPERANZA ES SER SALVADOS POR EL SEÑOR

Dios tiene el poder de crearnos y el poder de cuidarnos. Nos llamará al cielo cuando hayamos terminado nuestro trabajo en este mundo. Es verdad que nos da maneras de protegernos a nosotros mismos para no sufrir daño. Nos da fortaleza e incluso armas, para salvarnos de nuestros enemigos. Y no quiere que pongamos nuestra confianza en nuestra fuerza.

El rey David por supuesto entendió que necesitaba depositar su confianza en Dios y no en sí mismo. Cuando salió a pelear contra el poderoso gigante Goliat, dejó atrás su armadura y espada. Llevó consigo cinco piedras y su fe en su Dios Salvador. David por la ayuda de Dios pudo vencer a su enemigo Goliat. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, de la Biblia, aprendemos sobre personas que depositaron su confianza en Dios y no en ellas mismas para salvarse.

Piense en Jesús en la cruz. Dios nos protege solo por medio de Jesús de nuestros enemigos más poderosos: el pecado, la muerte, y el diablo. Nunca hubiéramos podido vencer a esos enemigos por nosotros mismos. Jesús venció cada tentación en su vida. Llevó sobre él nuestro castigo para protegernos de la muerte eterna.

Ahora, si estamos preocupados respecto a: qué comeremos, el trabajo que haremos, o si estaremos enfermos, lea las palabras anteriores del salmo del rey David. Lea esas palabras varias veces y confíe en Dios. Él es todo lo que usted necesita.

**Querido Jesús, confío que hoy tu me protegerás de todo daño y peligro.
Amén.**

Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros, y para que seamos librados de hombres perversos y malos, pues no es de todos la fe. Pero fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal. Y tenemos confianza respecto a vosotros en el Señor, en que hacéis y haréis lo que os hemos mandado. Y el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios y a la paciencia de Cristo. (2 Tesalonicenses 3:1-5)

MIRE A JESÚS

La vida del apóstol Pablo estuvo llena de gozo debido a que tenía fe en Jesús. Sin embargo, hubo muchas personas que estaban contra él. Él los llama “hombres perversos y malos” porque no creían en Jesús. Pablo sabía que la maldad estaba muy activa en Tesalónica. Satanás quería destruir la iglesia en esa ciudad.

¿Qué hizo Pablo? Animó a los cristianos tesalonicenses. Aunque era gente malvada, había entre ellos uno que era mucho más grande. Era Dios. El amor fiel de Dios se describe maravillosamente en toda la Escritura. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros” (1 Juan 3:16). “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

Además, recuerde que Jesús permaneció fuerte: cuando Judas lo traicionó, cuando Pedro lo negó, cuando los soldados se rieron de él, y cuando su Padre lo desamparó. Jesús permaneció fuerte hasta el final para ganar la salvación por nosotros. Recuerde entonces lo que es nuestro, el amor de Dios y la obra redentora de Cristo por nosotros. Ese amor y sufrimiento de Jesús es lo que nos da fuerzas para enfrentar a la gente que habla contra Dios.

Jesús, gracias por haber sido desamparado en mi lugar. Permíteme siempre verte a ti, Jesús, para ver tu gran amor por mí. Amén.

Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo. Él le dijo: “¿Qué quieres?”. Ella le dijo: “Ordena que en tu Reino estos dos hijos míos se sienten el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda”. Entonces Jesús, respondiendo, dijo: “No sabéis lo que pedís”. (Mateo 20:20-22)

JESÚS DICE NO

Algunas veces Jesús debe decir no a nuestras oraciones. Eso es lo que dijo a la madre de sus apóstoles, Jacobo y Juan, cuando pidieron sentarse uno a la derecha y otro a la izquierda, de su trono en su reino. Su pedido era otra señal de que no entendían que el reino de Jesús es espiritual y no un reino terrenal.

Jesús dijo no, a Jacobo y Juan, porque estaban pidiendo algo que no les iba a dar. Jesús estaba diciendo: “El sentaros a mi derecha y a mi izquierda no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre” (v. 23). Como en todas las cosas, como un siervo obediente, Jesús sigue la voluntad de su Padre celestial.

Algunas veces Jesús debe decir no a nuestras oraciones y eso no quiere decir que no nos ama. Más bien, sabe que lo que pedimos no es para nuestro bien eterno. Sigue siendo nuestro Señor en la vida y la muerte, y hace todo por nuestro bien. Sigamos su voluntad, así como él siguió la voluntad de su Padre en el cielo.

Padre celestial, enséñame a orar como tu Hijo oró a ti: “No sea como yo quiero, sino como tú” quieres. Amén.

Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos". (Mateo 20:26-28)

SERVIR A OTROS

Hechos son amores y no meras razones. Jesús enseñó a sus discípulos que el que quisiera hacerse grande debía ser un siervo. Aunque Jesús es el Señor de todo, no esperó que la gente lo sirviera. En lugar de eso, él vino a servir. Para él ese servicio significó entregar su vida en la cruz como el precio para salvarnos a todos. El precio de nuestra salvación: del pecado, de la muerte, y del poder del diablo, no fue oro ni plata, sino que fue la preciosa sangre del Hijo unigénito de Dios. Somos libres a causa de que nuestro siervo, Jesús, pagó ese precio.

Jesús es el Siervo modelo y nosotros deberíamos hacer lo que él nos enseña. Eso es lo que el apóstol Pablo nos dice cuando escribió: "No busquéis vuestro propio provecho, sino el de los demás. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús" (Filipenses 2:4,5).

Todos nosotros encontraremos formas de servirnos unos a otros. Encontraremos esas oportunidades en: nuestro hogar, donde trabajamos, entre nuestros amigos, y en nuestra iglesia. Servimos porque Jesús nos sirvió primero.

Señor Jesús, ayúdame a ver las necesidades de otras personas. Siempre ayúdame a servir a otros con los regalos que me has dado a mí. Amén.

Al salir ellos de Jericó, lo seguía una gran multitud. Y dos ciegos que estaban sentados junto al camino, cuando oyeron que Jesús pasaba, clamaron, diciendo: “¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!”. La gente los reprendía para que callaran, pero ellos clamaban más, diciendo: “¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!”. (Mateo 20:29-31)

JESÚS ES MISERICORDIOSO

Cuando Jesús salía de la ciudad de Jericó para ir a Jerusalén, dos ciegos le pidieron ayuda. Al llamar a Jesús “¡Señor, Hijo de David!”, mostraron que ellos sabían que Jesús era alguien especial. “Hijo de David” fue el nombre dado al Mesías prometido. Anteriormente en el Evangelio de Mateo se nos dijo que la gente estaba asombrada cuando Jesús sanó a un hombre que estaba poseído por un demonio. La gente preguntó: “¿Será este aquel Hijo de David?” (Mateo 12:23).

Debido a su fe en Jesús los dos ciegos siguieron gritando aunque la gente, en la multitud, les dijo que se callaran. Nada los iba a detener para hacer que Jesús oyera su oración pidiendo misericordia. Tenían la seguridad de que Jesús los ayudaría.

Estos hombres le estaban pidiendo a Jesús que sanara sus cuerpos. El cobrador de impuestos en el templo sabía que tenía un serio problema cuando oró: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lucas 18:13). A través de los años esta súplica por misericordia ha venido de la boca de hombres culpables. Oramos con confianza, sabiendo que Jesús, que vino a servir y dar su vida como pago por nuestros pecados, oír nuestra súplica pidiéndole misericordia.

Señor Jesús, míranos con misericordia a nosotros los pecadores, y perdónanos. Fortalece nuestros cuerpos y nuestras almas para que podamos servirte a ti, y unos a otros. Amén.

Jesús, deteniéndose, los llamó [a dos ciegos] y les dijo: “¿Qué queréis que os haga?”. Ellos le dijeron: “Señor, que sean abiertos nuestros ojos”. Entonces Jesús, sintiendo compasión, les tocó los ojos, y en seguida recibieron la vista y lo siguieron. (Mateo 20:32-34)

JESÚS NOS MUESTRA MISERICORDIA

La multitud que seguía a Jesús hizo todo lo que pudo para callar a los dos ciegos que gritaban: “¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!”. Pero Jesús se detuvo y les preguntó: “¿Qué queréis que os haga?”. Lo que ellos querían era ver. Jesús les tocó los ojos e inmediatamente recibieron la vista. Los dos hombres, con los ojos abiertos, siguieron a Jesús cuando fue a la ciudad de Jerusalén. Experimentaron la compasión y misericordia, de su Salvador. Estos hombres pudieron haber estado entre aquellos que le dieron la bienvenida a Jesús a Jerusalén el Domingo de Ramos que cantaban: “¡Hosana al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” (Mateo 21:9).

Jesús está lleno de compasión por todo el que sufre. Su amor por los pecadores hizo que Jesús viniera a este mundo. Dio su vida como el pago por los pecados de toda la gente. Fue su compasión lo que hizo que siguiera el camino a Jerusalén. En Jerusalén sería: traicionado, condenado a muerte, burlado, golpeado, y finalmente crucificado. El tercer día resucitó a la vida para asegurarnos que somos libres: del pecado, de la muerte, y del poder del diablo. En la vida y en la muerte, somos del Señor quien es el Siervo de todos nosotros.

Gracias, Jesús, por todo lo que has hecho por nosotros. Haz que sintamos compasión por otras personas como tú nos muestras tu misericordia a nosotros. Amén.

Dijo Jesús: “Para juicio he venido yo a este mundo, para que los que no ven, y los que ven, sean cegados”. (Juan 9:39)

JESÚS JUZGA A TODOS

Jesús vino a este mundo para buscar y salvar a los pecadores. Sin embargo, el juicio de Jesús divide al mundo en dos grupos. Hay aquellos que creen en Jesús como su Salvador y los que no creen en él. Un ciego confesó su fe en Jesús y Jesús le dio la vista. Recibió la vista espiritual así como la vista física. Encontró vida en el reino de Dios. Pero los fariseos en su incredulidad rechazaron a Jesús.

¿Qué significa esto para nosotros? Si usted no ve a Jesús como su Salvador del pecado con los ojos de la fe, está ciego de verdad. Su salvación se centra en la muerte y la resurrección de Jesús. Si usted no cree que Jesús murió y resucitó, no verá las maravillas eternas de la gloria. Cuando se trata de nuestra salvación Jesús nos llama a ser ciegos a todo lo demás

Cuando Jesús regrese en toda su gloria, todos lo verán. Aquellos que lo vieron como su Salvador en esta vida se regocijarán en el juicio de su Salvador. Aquellos que estaban ciegos en esta vida lo verán claramente, pero será demasiado tarde para ser salvados.

Querido Señor, no permitas que la gente de este mundo, que no ve la verdad real, nos lleve por el mal camino. Danos confianza para hacer frente al juicio de Dios porque nuestra vida eterna es segura por medio tuyo como nuestro Salvador. Amén.

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros. (Juan 13:34-35)

AME A LOS DEMÁS IGUAL COMO CRISTO LO AMA A USTED

El Jueves Santo fue el primer día en que Jesús celebró la Santa Cena con sus discípulos. Jesús mostró su gran amor por sus discípulos, primero que nada, lavando sus pies sucios. Este humilde servicio muestra el amor de Jesús.

Después de lavar los pies de los discípulos, les dio su verdadero cuerpo y su verdadera sangre, en la Santa Cena, para el perdón de sus pecados. Entonces al día siguiente, llamado Viernes Santo, Jesús ofreció su vida en la cruz para redimirnos a todos: del pecado, la muerte eterna, y el poder del diablo. En medio de todo esto que le estaba pasando a Jesús, dijo: “Un mandamiento nuevo os doy... como yo os he amado, que también os améis unos a otros”.

Por lo general, no nos gusta recibir órdenes. Sin embargo el mandato de Jesús, no es una carga para nosotros. Su mandamiento de amar a los demás es un privilegio gozoso. Los cristianos quieren amarse unos a otros. Entre más aprendemos acerca de Jesús, más queremos llevar a cabo su mandato. Mostrar el amor de Jesús a otros tales como: al esposo o esposa, a un compañero de trabajo, compañero de clase, a un desconocido, o hasta a un enemigo, dice a otros que somos cristianos. Querremos hacer a un lado toda: la envidia, la venganza, y el egoísmo. Más bien, en cada momento de su vida, honre a su Salvador amando a los demás como Jesús lo ama a usted.

Jesús, gracias por el gran amor que me has mostrado. Ayúdame a amar a todos los que me rodean. Amén.

Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39)

ORE EN EL DÍA DE LA ANGUSTIA

Con frecuencia enfrentamos aflicciones en nuestra vida. Un hijo puede enfermarse mucho. El esposo o esposa puede ser infiel. El médico nos dice que vamos a morir. ¿Qué debemos hacer? ¿A dónde acudimos a pedir ayuda? Empecemos a enfrentar nuestra copa de sufrimiento orando.

Con su ejemplo, Jesús en el huerto de Getsemaní nos enseña a orar. Dijo a sus discípulos: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (Mateo 26:38). Jesús se postra ante su Padre celestial en oración y ora con tanto fervor que suda, como si fueran grandes gotas de sangre. Jesús enfrenta el sufrimiento que jamás ningún ser humano haya sufrido. Iba a ser castigado por los pecados de toda la humanidad. Fue necesario que Jesús hiciera esto para que todos fuéramos salvos. La oración fue el medio que Jesús usó para satisfacer su gran necesidad. Estaba dispuesto a seguir la voluntad del Padre. Puso su vida y el propósito de su vida, en manos de Dios. Su confianza en Dios, su Padre, era total.

Cualquiera que sea nuestra condición en la vida: si enfrentamos aflicciones y tentaciones, si estamos rodeados de dificultades por todos lados, si somos débiles y estamos apesadumbrados con muchas preocupaciones; debemos aprender a llevar todo en oración al Señor.

Señor misericordioso, ayúdanos a poner nuestra confianza en ti. Amén.

Jesús decía: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. (Lucas 23:34)

ORE POR EL PERDÓN

Jesús: sentía gran dolor, iba a ser clavado en una cruz, y los clavos iban a traspasar sus manos y pies. Con ese dolor, Jesús oró: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Jesús está orando por aquellos que injustamente lo estaban poniendo en la cruz. Y él ora para que Dios tenga misericordia de todos aquellos que querían que muriera.

Jesús nos da ejemplo, de amor y perdón, en esta oración. Debido a que con frecuencia nuestros corazones están dispuestos a vengarse, esto realmente es una lección difícil para que nosotros la aprendamos. Nuestra vieja naturaleza pecaminosa nos dice que deberíamos tratar a otros de la misma forma que ellos nos tratan, y peor de lo que ellos nos tratan a nosotros. Si la gente es buena con nosotros, podemos estar dispuestos a ser buenos con esas personas; sin embargo, ay de aquella persona que nos hiera con lo que dice o lo que hace.

Jesús perdonó a sus enemigos. Cristo también nos perdona de tantos, tantos pecados que hemos acumulado y que permanecen como un montón de basura que todo el mundo puede ver. Cristo murió para que podamos tener el perdón de todos nuestros muchos pecados. Cristo murió para que también nuestros compañeros puedan tener el perdón de todos sus pecados.

¿Entonces podemos nosotros, que hemos pecado más que los que han pecado contra nosotros, rehusar extender la mano del perdón a aquellos que han pecado contra nosotros?

Sí, Padre, perdónalos. Sí, Padre, perdónanos.

Señor, dame la fortaleza para perdonar a otros como tú me has perdonado a mí. Amén.

Uno de los malhechores que estaban colgados lo insultaba diciendo: “Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros”. Respondiendo el otro, lo reprendió, diciendo: “¿Ni siquiera estando en la misma condenación temes tú a Dios? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; pero este ningún mal hizo”. Y dijo a Jesús: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino”. Entonces Jesús le dijo: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”. (Lucas 23:39-43)

JESUCRISTO NOS DA LA VIDA ETERNA

La cruz puede ser un símbolo de vida o muerte. Eso está claro cuando vemos los últimos momentos de la vida de los dos criminales crucificados con Jesús. Esos criminales representan a todas las personas. Uno representa a aquellos que rechazan el mensaje del sufrimiento del Salvador, Jesús. El otro criminal representa a aquellas personas que creen en Jesús.

Mire lo que pasó. Un criminal estaba dispuesto a confesar sus pecados. Dijo: “Nosotros, a la verdad, justamente padecemos porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos”. Aceptó toda la responsabilidad por lo que había hecho mal. No culpa: a sus padres, a sus amigos, ni a nadie más. Dice: “recibimos lo que merecieron nuestros hechos”. Entonces este hombre mira a Cristo y sólo a Cristo. “Acuérdate [Jesús] de mí cuando vengas en tu Reino”. Con esas palabras declara que cree que Jesús es su Salvador. Escucha lo que este pecador arrepentido recibe del Señor: “Hoy estarás conmigo en el paraíso [el cielo]”. Jesús da la vida eterna a este pecador afligido y arrepentido.

Con las mismas palabras, Jesús diría a sus creyentes ahora: “El mismo día que mueras estarás conmigo. Entrarás por las puertas de las mansiones eternas que he preparado para ti en el cielo”. Podemos estar felices porque la muerte de Jesús es nuestra victoria. Cuando usted muera, la muerte será la entrada al paraíso.

Jesús, que el regalo de la vida eterna en el cielo, nos dé consuelo y fortaleza en nuestras vidas. Amén.

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”. (Mateo 27:46)

CÓMO ORAR CUANDO SE SIENTA SOLO

Desamparo o abandono por Dios es lo que nuestro Señor experimentó durante esas horas de oscuridad el Viernes Santo cuando moría en la cruz. Dios hizo que Jesús supiera y sintiera lo que es ser olvidado por Dios. Sólo hay un lugar donde la gente siente y sabe lo que es estar desamparado y olvidado por Dios, ese lugar es el infierno.

Sí, Dios puso la maldición sobre su Hijo, Jesucristo. Si esta parte del sufrimiento no hubiera ocurrido, no habiéramos sido salvados: del pecado, de la muerte, y del infierno. El valor eterno del sacrificio del Salvador es que él, en lugar de los pecadores, soportó la separación de Dios. Tal separación es el castigo justo que cada pecador debe sentir.

La cruz de Cristo entonces es una prédica terrible de la ira de Dios. Qué espantosos deben ser nuestros pecados para que pudieran hacer esas cosas malas al Hijo de Dios. Pero la cruz también es un mensaje del amor asombroso de Dios. El Señor nos dio a su propio Hijo. Dios desamparó a Jesús cuando moría en la cruz. Dios castigó a Jesús en lugar de castigarnos a nosotros.

No podemos imaginarnos lo que le costó a Dios Padre desamparar a su Hijo. Pero esto sabemos: tal amor nunca nos desampará a nosotros los creyentes en Jesús. Jesús prometió estar con nosotros todos los días de nuestra vida, aunque nos sintamos solos. Dijo: “No te desamparé ni te dejaré” (Hebreos 13:5). Dijo: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20).

Padre celestial, que siempre confiemos en tu promesa, de que tú estarás con nosotros todos los días de nuestra vida. Amén.

Cuando era como la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. El sol se oscureció y el velo del Templo se rasgó por la mitad. Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Habiendo dicho esto, expiró. (Lucas 23:44-46)

CÓMO ORAR AL MORIR

Las últimas palabras de Jesús nos dicen cómo debemos orar al morir. Dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Él pone su vida en manos de Dios. Encomienda su vida a su Padre sabiendo que volverá a recibir su vida otra vez.

En forma: tranquila, silenciosa, y calmada, pone su alma en manos de Dios para que la cuide. Él sabe que va a su hogar para estar con su Padre y que su cuerpo yacerá en un sepulcro. Pero también sabe que su alma o espíritu irá al cielo para estar con el Padre. Sabe que recibirá su cuerpo cuando resucite de entre los muertos la mañana del Domingo de Resurrección.

Las manos que recibieron el cuerpo del Salvador están abiertas para recibir nuestros cuerpos cuando nos llegue la hora de morir. Cristo ha ido delante para preparar un lugar para nosotros en el cielo. Cuando un creyente se encuentre ante la muerte, primero piensa en su alma y en Dios. Un cristiano se apropiará de la oración de Jesús. Un creyente querrá poner su alma en las manos protectoras del Padre para que esté bajo su custodia.

Podemos estar seguros de que nuestras almas descansarán segura y continuamente en presencia de nuestro Dios y Padre.

Querido Señor, enséñanos a vivir y respirar en la comunión del Padre. Permite que muramos como hemos vivido, todo puesto con seguridad en manos de Dios Padre. Amén.

¡Alzad, puertas, vuestras cabezas! ¡Alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria! ¿Quién es este Rey de gloria? ¡Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla! ¡Alzad, puertas, vuestras cabezas! ¡Alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria! ¿Quién es este Rey de gloria? ¡Es Jehová de los ejércitos! ¡Él es el Rey de gloria! (Salmo 24:7-10)

NUESTRO REY REGRESARÁ COMO EL VENCEDOR

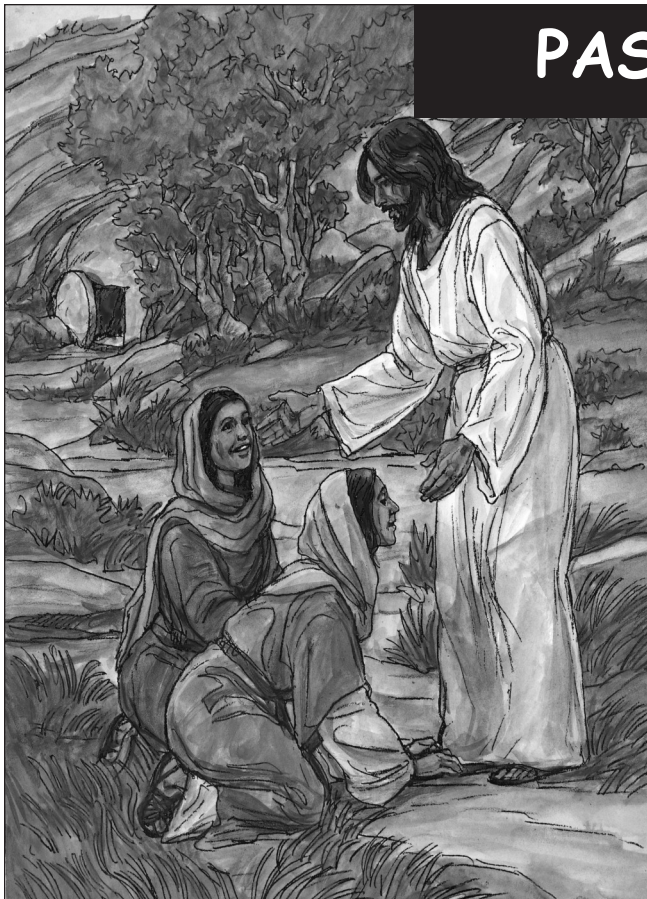
En los últimos versículos del Salmo 24, el rey David describe una celebración victoriosa. Es una descripción de nuestro Rey, Jesucristo, que regresa de una batalla. En la última semana antes de su muerte en la cruz Jesús fue traicionado por Judas, uno de sus discípulos. Otro discípulo, Pedro, dijo que no conocía a Jesús. Él era inocente de cualquier crimen, pero lo mataron. Vemos que todos nuestros pecados hicieron que Jesús sufriera el infierno en la cruz. Como el escritor a los Hebreos nos dice: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Hebreos 12:2).

¿Por qué deberíamos alzar nuestra cabeza y alabar a Jesús? ¿Por qué deberíamos abrir las puertas a una persona que está en el sepulcro? ¿Por qué deberíamos honrar al Rey tan fuerte y valiente cuando está en una cruz? ¿Por qué? Porque lo que parece ser una derrota es realmente una victoria. La muerte de Jesucristo satisfizo la ira del Padre por nuestros pecados. Debido a que Jesús llevó todos nuestros pecados a la cruz, ahora estamos libres del castigo de nuestros pecados.

Sabemos cómo termina la historia. Cada año viene la Resurrección después del Viernes Santo. El mensaje es siempre el mismo. ¡Jesús vive! ¡Jesús resucitó del sepulcro! Jesús nos dice que nuestros pecados son perdonados. Jesús nos llama para dar a otros las buenas nuevas. Por lo tanto, alce su cabeza. ¡Verá qué fuerte y valiente es el Rey de gloria!

¡Redentor, Jesucristo, ven! Abro de par en par mi corazón para ti. Entra en mi corazón con tu mensaje de salvación. Muéstrame tu amor y misericordia. Espíritu Santo, guíame en mi vida hasta que esté en el cielo. Alabamos tu nombre, querido Señor y Dios. Amén.

PASCUA



Jesús saluda a las dos Marías que regresaban del sepulcro.

La Pascua es una de las estaciones felices del año eclesiástico cristiano. Fue el Domingo de Resurrección cuando Jesús resucitó de entre los muertos. Lo hizo como lo había prometido. Estuvo en el sepulcro y al tercer día resucitó de entre los muertos.

Después de resucitar de entre los muertos, Jesús se mostró vivo muchas veces. Se mostró a las mujeres que lo seguían y a sus discípulos o estudiantes. La Biblia nos dice que en una ocasión mostró que estaba vivo a 500 personas.

Entonces 40 días después de que resucitó de la muerte, Jesús regresó al cielo. Desde allí gobierna el mundo y en especial su iglesia.

Por lo general, adoramos en la iglesia el domingo porque Jesús resucitó de la muerte el domingo.

El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro, y vio quitada la piedra del sepulcro. Entonces corrió y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel a quien amaba Jesús, y les dijo: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto”. (Juan 20:1,2)

¿POR QUÉ TENEMOS MIEDO DE LA MUERTE?

María tenía miedo porque su Jesús estaba muerto. No sólo había perdido ella a un querido amigo, sino también cualquier esperanza de salvación. Esa primera Pascua salió temprano hacia el sepulcro de Jesús. Desde lejos vio que la piedra había sido quitada del sepulcro. Temerosa, corrió a la ciudad de Jerusalén a dar a Pedro y a Juan las terribles noticias: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto”. María no había visto el mensaje del sepulcro vacío. En lugar de ver al Señor resucitado por el amor de Dios y regocijarse en la vida eterna, María, temerosa, vio sólo la muerte.

Como seres humanos pecadores, ¿estamos también temerosos de la muerte? No queremos repetir el error de María. Corrió del sepulcro vacío. Nosotros queremos correr a ese sepulcro. A diario necesitamos oír las palabras: “ha resucitado, como dijo” (Mateo 28:6). La muerte está derrotada. Cuando el día de la muerte venga a nosotros o a alguno de nuestros seres queridos, ese sepulcro vacío de Jesús en la Pascua nos habla de la promesa del Salvador: “porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19).

De todas las preguntas que enfrentamos, ninguna es más importante que la de la vida y la muerte. De la resurrección viene la respuesta que necesitamos por el temor que sentimos de la muerte. Debido a que Jesús resucitó, nosotros también resucitaremos, para vivir con él para siempre en el cielo.

Salvador resucitado, muéstranos la vida que nunca termina. Amén.

Luego llegó Simón Pedro tras él, entró en el sepulcro y vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte... pues aún no habían entendido la Escritura: que era necesario que él resucitara de los muertos. (Juan 20:6,7,9)

¿POR QUÉ NOS ASOMBRAMOS?

Pedro y Juan corrieron al sepulcro de Jesús. Juan llegó allí primero y miró dentro, pero Pedro se apresuró a entrar. Vieron solo los lienzos, pero Pedro no entendía lo que había pasado. Vio todo, y entonces “se fue a casa maravillándose de lo que había sucedido” (Lucas 24:12). ¿A veces al pensar en el sepulcro vacío de Jesús no nos preguntamos qué significa eso?

Nos cansamos de los problemas y las lágrimas de nuestra vida. Por lo tanto, es tiempo para que una vez más visitemos el sepulcro vacío de Jesús. Nuestro Jesús está vivo. Tenemos un Señor que quiere ayudarnos y lo hace. ¿Nos dan temor nuestros pecados? Nuestro Salvador resucitado los quitó. ¿Necesitamos respuestas a todos nuestros problemas? Nuestro Señor resucitado tiene soluciones para todas ellas. ¿Nos sentimos solos en nuestra vida? Nuestro Jesús es nuestro compañero vivo que promete: “No te desampararé ni te dejaré” (Hebreos 13:5). Cualquiera que sea nuestra situación en la vida, es tiempo de mirar otra vez al sepulcro vacío de la resurrección de Jesús y a ver a aquel que nos ayuda cada vez que lo necesitamos.

Salvador resucitado, mantennos cerca de ti mediante tu palabra. Danos las seguridad de que siempre tú estás a nuestro lado. Amén.

“Entonces entró también el otro discípulo que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó”. (Juan 20:8)

¿POR QUÉ CREEMOS?

María todavía tenía miedo y Pedro todavía estaba perplejo. Pero cuando Juan entró al sepulcro, comprendió lo que había pasado. Vio el sepulcro vacío y que los lienzos estaban a un lado, y creyó. ¿Por qué creyó? Por la gracia de Dios. El corazón de Juan, más que sus ojos, le dijeron que Jesús estaba vivo. Lo creyó porque el Espíritu Santo había llenado su corazón de fe en el Salvador resucitado.

La gracia de Dios hace que nosotros podamos ver el sepulcro vacío de Jesús y creer. La fe es un don inmerecido del Espíritu Santo. La Pascua es el tiempo de decir una y otra vez: “Gracias, Señor, por abrir la ceguera de mis ojos incrédulos por medio del bautismo. En el bautismo tú me diste un corazón de fe para ver y creer en Jesús, quien fue crucificado por mis pecados y quien resucitó para mostrar que mis pecados están todos pagados. Gracias, Señor, por mantener abiertos mis ojos de fe para que pueda caminar con Jesús a mi lado aquí en la tierra hasta que esté a su lado en el cielo”.

Junto con Job podemos decir: “Yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará sobre el polvo, y que después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios. Lo veré por mí mismo; mis ojos lo verán, no los de otro. Pero ahora mi corazón se consume dentro de mí” (Job 19:25-27).

Señor te agradezco por el don de la fe. Amén.

Y le dijeron [los ángeles]: “Mujer, ¿por qué lloras?”. Les dijo: “Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”. Dicho esto, se volvió y vio a Jesús que estaba allí; pero no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?”. (Juan 20:13-15)

¿POR QUÉ ESTAMOS LLORANDO?

Piense cómo se ha de haber sentido María cuando los ángeles y luego Jesús le preguntaron por qué lloraba. ¿Acaso no sabían ellos que ella pensaba que su Salvador estaba muerto? Muchas veces, como María, estamos ante la sepultura de algún ser querido y también nosotros lloramos. Lloramos porque sentimos tristeza en nuestro corazón. María, algunos de nosotros sí sabemos cómo te has de haber sentido esa mañana cuando los ángeles te dijeron: “¿por qué lloras?”.

Pero María ya no llora más. Esa mañana de la primera Pascua Jesús vivo y resucitado estaba parado al lado de ella y vio todas sus lágrimas. En amor le preguntó: “¿por qué lloras?”.

¿Por qué razón tenemos que llorar? Vea el sepulcro vacío de Jesús. ¡Escuche al Salvador resucitado! ¡Es el Salvador de todo el pecado! Él es quien nos ayuda en los problemas de la vida. Ha conquistado la muerte. Vive para limpiar todas nuestras lágrimas, para calmar nuestro corazón atormentado.

Salvador resucitado, limpia nuestras lágrimas hoy y siempre. Amén.

Jesús le dijo: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?”. (Juan 20:15)

¿A QUIÉN BUSCAMOS?

Temprano el Domingo de Resurrección María fue a la sepultura de Jesús a buscar al Salvador muerto. Pero su sepulcro estaba vacío y su cuerpo no estaba. María olvidó que Jesús había dicho que “[resucitaría] al tercer día”. María pensó que Jesús era el jardinero y preguntó: “Señor... dime dónde lo has puesto y yo lo llevaré”. María estaba triste. Muchas veces nosotros también estamos tristes por la muerte de un ser querido. No tendremos que vivir muchos años para darnos cuenta de que ya sea que seamos mayores o jóvenes, fuertes o débiles, la muerte nos llama.

El Salvador, vivo y resucitado, estaba al lado de María. El sepulcro estaba vacío. Un ángel dijo a los visitantes en el sepulcro de Jesús que él había resucitado de entre los muertos. Gracias a Dios que María no encontró lo que estaba buscando. Jesús muerto es un Salvador sin valor que no ofrece consuelo. Pero Jesús vivo y el sepulcro vacío, nos dicen algo maravilloso. Nos dicen: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Juan 11:25).

Esto es lo que estamos esperando. Esperamos la vida eterna en el cielo porque Jesús, nuestro Salvador, resucitó de la muerte.

Salvador resucitado, muéstranos tu sepulcro vacío y lo que significa para nosotros. Consuélanos con la esperanza bendita de la vida eterna en el cielo contigo. Amén.

Jesús le dijo: “¡María!”. Volviéndose ella, le dijo: “¡Raboni!” que significa: “Maestro”. (Juan 20:16)

¿CUÁL ES SU NOMBRE?

Hay mucha gente con el nombre de María. Pero cuando Jesús le dijo su nombre la mañana de la primera Pascua, el corazón de María se conmovió. Al instante lo conoció. Había escuchado a Jesús predicar y enseñar. María aprendería exactamente lo que significaban todas esas palabras. Las palabras de Jesús le mostraron que todo estaba bien entre ella y su Dios. Esa palabra: encendió su fe, le aseguró el perdón, y le prometió el compañerismo eterno con Dios.

¿Podemos ponernos en el lugar de María? Hemos escuchado a nuestro Salvador decir: “Yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú” (Isaías 43:1). Hemos oído sus palabras amorosas en sermones y en las lecturas de las Escrituras. Mediante la palabra y los sacramentos, el Salvador nos llama a la fe y nos asegura el perdón. Nos ha hecho parte de la familia de Dios y está haciendo lugar para nosotros en la casa de su Padre en el cielo. Todo esto es la promesa de nuestro Salvador resucitado. Todo esto es completamente seguro por la resurrección de Jesús de entre los muertos.

¿Cuál es su nombre? Usted se llama cristiano. Con ese maravilloso nombre proclamamos nuestro gozo de la Pascua todos los días de nuestra vida.

Salvador resucitado, ayúdanos a mostrar sincero agradecimiento por lo que tú has hecho por nosotros en nuestra vida diaria. Amén.

¡Quién diera ahora que mis palabras fueran escritas! ¡Quién diera que se escribiesen en un libro, o que con cincel de hierro y con plomo fueran esculpidas en piedra para siempre! Pero yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará sobre el polvo” (Job 19:23-25)

PORQUE JESÚS VIVE, YO TAMBIÉN VIVIRÉ

Job vivió durante los tiempos del Antiguo Testamento y tuvo muchas aflicciones en su vida. Perdió: sus hijos, su ganado, y su salud. ¿Cómo podría permanecer fiel a Dios? La respuesta se encuentra en el fundamento espiritual de la fe de Job. La fe de Job se basaba en el Redentor, su Salvador, Jesucristo, que todavía estaba por venir.

Dijo: “Yo sé que mi Redentor vive”. Estas palabras pueden ser las más conocidas y las más queridas en el libro de Job. En ese tiempo de la vida de Job, la paga del pecado y la muerte amenazaban separarlo de Dios. Pero la fe de Job se basaba en su Redentor a quien Dios enviaría para quitar los pecados del mundo. El Redentor: moriría en la cruz, sería sepultado, y después resucitaría a la vida.

Las palabras de Job también nos dan un vistazo de la segunda venida de Jesús cuando Job dice: “al final se levantará sobre el polvo”. Jesús, el Redentor, regresará otra vez a la tierra el día final y llevará al cielo a todo el que cree en él como el Salvador. Job esperaba con ansia ese día. Quiso decir: “Puede que ahora tenga muchas aflicciones, pero algún día mi Redentor vendrá y me llevará delante de Dios”.

La resurrección de Jesús de entre los muertos es también la base de nuestra fe. La gran riqueza y honor no durarán por siempre, pero la resurrección de entre los muertos en el día final nos llevará a la gloria eterna. El sufrimiento en esta vida es sólo por un poco tiempo, pero nuestro tiempo con nuestro Redentor en el cielo es para siempre.

Qué glorioso día será cuando nosotros, junto con Job, nos reuniremos con todos los creyentes con el Redentor en el cielo. La resurrección de Jesús es el fundamento de nuestra fe.

Cuando los problemas de esta vida vengan a mí, ayúdame a recordar que mi Redentor vive. Amén.

“Y que después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios. Lo veré por mí mismo; mis ojos lo verán, no los de otro. Pero ahora mi corazón se consume dentro de mí. (Job 19:26-27)

ANHELO ESTAR CON JESÚS EN EL CIELO

En nuestra lectura para hoy, Job anhela estar en el hogar celestial. Quiere ver a Dios y estar a su lado. La vida de Job estuvo llena de dolor y de sufrimiento. Sus amigos no lo consolaron con sus consejos imprudentes. En medio de todas estas aflicciones, Job clama: “Pero ahora mi corazón se consume dentro de mí”. Job deseaba vivir en el cielo con Dios. Su fe declara: “Después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios... mis ojos lo verán”. Job sabía que moriría y que su piel se iba a deshacer en la sepultura. Sin embargo, no estaba desesperado. Habla de su esperanza: “He de ver a Dios. Lo veré por mí mismo; mis ojos lo verán”. Su resurrección de la muerte sería tan completa que vería a Dios con sus propios ojos.

Dios nos ha escrito una carta de amor, las Sagradas Escrituras. Allí aprendemos que “la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:23). Mediante la muerte y resurrección de Jesús tenemos esperanza y tenemos vida. Cuando llegue nuestra última hora en la tierra, podremos enfrentar la muerte mirando al futuro en el cielo. Junto con Job, anhelamos el día de nuestra resurrección a la vida eterna. Ese día, veremos a Dios con nuestros propios ojos y viviremos juntos con él para siempre.

Querido Padre, calma mis temores cuando enfrente la muerte. Mi corazón anhela el día cuando vengas otra vez y resucites a todos los creyentes a la vida eterna. Ven pronto, Señor Jesús, ven pronto. Amén.

En cuanto a ti, tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días. (Daniel 12:13)

LOS CREYENTES NO TIENEN TEMOR DE LA MUERTE

Cuando Jesús venga otra vez “al fin de los días”, nuestros cuerpos se “[levantarán] de la muerte”. Hasta ese día, las almas de los creyentes van inmediatamente al cielo y sus cuerpos “[reposarán]” en la sepultura. Con frecuencia, los creyentes se preocupan más acerca de lo que les pasará a sus cuerpos que lo que les pasará a sus almas. Tal vez esto se deba a que no podemos ver nuestra alma y solo podemos ver nuestro cuerpo.

Cuando los seres queridos cristianos mueren, encontramos gran consuelo sabiendo que el alma de ellos está con Jesús en el cielo. Pero nosotros todavía tenemos que enterrar el cuerpo. Nos preguntamos, ¿volveré a ver a esta persona otra vez? ¿Volveré a oír su risa? Nuestro Salvador, Jesús, dice: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). Pero Satanás nos dice: “Tonterías, la muerte es la muerte. Ves a tu ser querido por última vez”. ¿A quién vamos a creer? ¿Vamos a creer al padre de todas las mentiras, o a Jesús? Jesús nos amó tanto que dio su vida por nosotros y el Domingo de Resurrección la volvió a tomar cuando resucitó triunfante de la muerte. Ya que Jesús tiene el poder de resucitar de entre los muertos, por supuesto que tiene el poder de resucitar y glorificar el cuerpo de los creyentes.

Para nosotros que confiamos en Jesús, la sepultura no es el lugar de descanso final. Confiamos en que veremos y oiremos a nuestros amigos cristianos otra vez. A causa de Jesús, no necesitamos tener miedo de la muerte. Jesús ha quitado el temor para siempre.

Querido Padre celestial, te agradecemos que hayas quitado el temor de la muerte de todos los que confiamos en Jesús como nuestro Salvador. Amén.

Él [Abraham] creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas naciones, conforme a lo que se le había dicho: “Así será tu descendencia”... plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido. Por eso, también su fe le fue contada por justicia. Pero no solo con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes igualmente ha de ser contada, es decir, a los que creemos en aquel que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro. (Romanos 18,21-24)

CREA USTED LO IMPOSIBLE

Hay mucho en la vida de Abraham que nos enseña acerca de la fe. Repasemos la historia de Abraham. Él y su esposa Sara eran mayores y habían pasado la edad de poder tener hijos. Humanamente hablando, la promesa de Dios de que tendrían un niño parecía imposible. Pero Abraham creyó la promesa de Dios, creyó que Dios podía hacer lo imposible. Todas las naciones del mundo serían bendecidas debido a que Abraham y Sara tendrían un niño llamado Isaac. De los descendientes de Abraham vino el Salvador del mundo, Jesucristo.

Cada uno de nosotros es como Abraham. No. Dios no nos prometió que tendríamos hijos a una edad avanzada, tampoco nos prometió que el Salvador vendría de nuestra familia. Pero sí creemos que Dios puede hacer lo imposible. Cuando “creemos en aquel que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro”, sabemos que Dios puede hacer lo imposible. Vea el sepulcro vacío de Jesús. ¿Qué ve allí? Ve que está vacío. Usted cree que Dios levantó a Jesús de los muertos para vivir para siempre. Es así como usted comparte la fe de Abraham y es llamado justo delante de Dios.

Señor, ayúdame a vivir por la fe. Amén.

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. (Romanos 5:1,2)

TENEMOS PAZ CON DIOS

El apóstol Pablo nos dice que hemos sido salvados por la fe sola. También nos dice en qué creemos. Jesús resucitó de entre los muertos, demostrando así que el pecado había sido pagado. Las bendiciones de fe ahora forman parte de todo en nuestra vida. En nuestra lectura de arriba se mencionan tres bendiciones que tenemos porque nuestros pecados son perdonados.

Primero, estamos en paz con Dios. La paz es una bendición maravillosa. Los líderes de naciones quieren la paz mundial. Las familias tratan de mantener sus hogares como lugares de paz. Pero nuestra gran preocupación por la paz debe ser cómo nos llevamos con Dios. No es bueno que una persona goce de una vida tranquila en la tierra y luego caiga en las manos de un Dios airado. Gran gozo hay en la vida de una persona que sabe que cuando vaya al cielo estará delante del Señor.

La segunda gran bendición es que podemos ir en paz ante el trono de la gracia de Dios. Podemos gozar de la misericordia inmerecida de Dios. Podemos orar a Dios con la seguridad de que él espera que vayamos a él y quiere bendecirnos.

La tercera bendición es el hecho de que podemos gozarnos en la gloria de Dios. Por naturaleza, a causa de nuestros pecados, ninguno de nosotros podemos estar ante Dios en toda su gloria. Pero, debido a que hemos sido perdonados, podemos estar de pie ante Dios. Ésa es nuestra esperanza. Por la fe gozamos de todas estas bendiciones.

Señor, guárdanos en la paz del perdón hasta que vayamos a vivir contigo en el cielo. Amén.

Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Con mucha más razón, habiendo sido ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira, porque, si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. (Romanos 5:8-10)

DIOS MUESTRA SU AMOR POR NOSOTROS

El amor de Dios por nosotros es grande. Nos salvó y nos abrió las puertas del cielo, y nos invita ir allá. Pero algunas veces nos preguntamos si Dios realmente nos ama. ¿Cómo puedo estar seguro de que él está en paz conmigo? ¡No tenga miedo! En el primer versículo de nuestra lectura arriba el apóstol Pablo nos muestra que Dios murió por nosotros. Mostró su amor por el mundo enviando a su Hijo, Jesucristo, a morir por nuestros pecados. Lo hizo cuando éramos pecadores. Más que eso, éramos enemigos de Dios. Odiábamos a Dios. Pero Dios nos trajo a él mediante la muerte de su Hijo.

En Jesucristo, Dios nos dice que está en paz con el mundo lleno de enemigos. Ya que esto es verdad, ¿puede haber alguna duda en nuestra mente de que somos salvados de la ira de Dios? Puesto que Dios envió a su Hijo a quitar los pecados de sus enemigos, y ahora está en paz con nosotros, ¿puede haber alguna duda en nuestra mente que mediante la fe en esta paz iremos al cielo? No. Cualquier duda con respecto al amor de Dios por nosotros se ha borrado. Somos bendecidos a causa del amor de Dios por nosotros.

Querido Señor Jesús, ya que nos salvaste cuando éramos enemigos de Dios, no hay dudas en nuestra mente de que nuestra salvación es segura. Amén.

Listo está mi corazón, Dios... cantaré y entonaré salmos. ¡Despierta, alma mía! ¡Despertad, salterio y arpa! ¡Me levantaré de mañana! Te alabaré entre los pueblos, Señor; cantaré de ti entre las naciones, porque grande es hasta los cielos tu misericordia y hasta las nubes tu verdad. (Salmo 57:7-10)

CANTE ACERCA DEL AMOR DE DIOS

Algunas iglesias tienen servicios de adoración del Domingo de Resurrección. Esos servicios se llevan a cabo muy temprano por la mañana. El salmista David sería probablemente uno de los primeros en asistir a ese servicio. Nos dice en el Salmo 57: “cantaré y entonaré salmos... ¡Me levantaré de mañana!”. El motivo por el cual David quiere alabar a Dios es por la misericordia y la protección de Dios.

David se despierta temprano en la mañana y ve su arpa y dice: “¡Despertad, es tiempo de cantar!”. David cantó. Pero no sólo cantó acerca de la ayuda que el Señor le había dado. Cantó por el amor y la fidelidad de Dios que alcanzan hasta el cielo y conmueven a toda la gente.

David pensó en el amor y la fidelidad de Dios que mostraría a la gente del mundo enviándole su propio Hijo, Jesucristo. Hemos visto en esta estación de la Pascua el amor y la fidelidad de Dios. A pesar del hecho de que su pueblo, el pueblo de Israel, había sido infiel, Dios cumplió sus promesas. Envío a Jesús para ser su Salvador. Jesús sufrió y murió. Entonces Jesús resucitó triunfante de entre los muertos, temprano el Domingo de Resurrección. La muerte y resurrección de Jesús conseguiría el perdón de los pecados y la vida eterna para toda la gente.

Por lo tanto, ¡despierten arpas y tambores, coros y niños! ¡Despierte todo el pueblo de Dios! Somos las naciones de las que David estaba cantando en este salmo acerca de la fidelidad de Dios. Que nuestros corazones despierten y alaben al Señor.

Te alabamos, oh Dios, por tu fidelidad al enviar a Jesús para ser nuestro Salvador. Pedimos en oración que toda la gente del mundo pueda aprender de la salvación que es suya mediante la muerte y resurrección de Jesús. Amén.

Extraño he sido para mis hermanos y desconocido para los hijos de mi madre. Me consumió el celo de tu Casa y los insultos de los que te vituperaban cayeron sobre mí. (Salmo 69:8,9)

LOS SEGUIDORES DE JESÚS SON PERSEGUIDOS

Jesús, el Salvador, está hablando en las palabras escritas arriba. El Salmo 69 describe los dolores del Salvador prometido. Estas palabras nos recuerdan que Jesús sufrió por nosotros en su vida. Se burlaron de él. Algunos miembros de su familia lo rechazaron y trataron de detener su obra de salvar a toda la gente. Jesús sufrió persecución porque siguió la voluntad de Dios.

Jesús sufrió todos esos insultos de la misma gente por la que el moriría para salvarla de sufrir la muerte eterna en el infierno. Aquellos que rechazaron a Jesús estaban entre los perdidos que él vino a buscar y salvar. El dolor que le causaron fue parte de la carga que él llevó en lugar de ellos.

La fe en la obra redentora de nuestro Salvador nos aparta del mundo incrédulo. Jesús advirtió a sus seguidores: “Seréis odiados por todos por causa de mi nombre; pero el que perseverare hasta el fin, este será salvo” (Mateo 10:22). En los días que siguieron a la Pascua, los discípulos o seguidores de Jesús empezaron a ser perseguidos. Por temor se escondieron de otras personas. Pensaron que podrían ser llevados ante los tribunales y condenados a morir. Después de que entendieron lo que Jesús dijo, aceptaron el sufrimiento. Cuando el sufrimiento vino a sus vidas, se regocijaron por ser encontrados dignos de morir por la fe en su Salvador.

A nosotros los cristianos también nos pueden perseguir como a Jesús. Nuestra propia familia nos puede rechazar. Nuestros amigos pueden hablar contra nosotros por lo que creemos acerca de Jesús. Pero en todo este sufrimiento nos aferraremos a nuestra fe en Jesús. Recordaremos lo que Jesús nos prometió: “Pero el que perseverare hasta el fin, este será salvo” (Mateo 10:22).

Oh Señor, tú has hecho nuestra salvación segura. Confiando en ti te pedimos que nos protejas de aquellos que nos odian. Con acción de gracias en nuestros corazones te alabamos por todo lo que has hecho por nosotros. Amén.

Me enseñaste, Dios, desde mi juventud, y hasta ahora he manifestado tus maravillas. Aun en la vejez y las canas, Dios, no me desampares, hasta que anuncie tu poder a la posteridad, tu potencia a todos los que han de venir. (Salmo 71:17,18)

ALABE A DIOS SI USTED ES JOVEN O SI ES MAYOR

Cuando el rey David era un muchacho luchó contra el poderoso Goliat. Estuvo listo a confesar ante los hombres lo que Dios le había enseñando. No fue diferente cuando era mayor. Entonces quiso decir a todos, los que quisieran escucharlo, acerca de las maravillas de Dios. El Salmo 71 lo escribió David cuando era mayor. Este salmo es quizás el último que el rey David escribió. Estaba enfrentando el peligro de sus enemigos; sin embargo, puso su confianza en Dios. En este salmo aprendemos que David no estaba preocupado por él mismo. Ora por la protección de Dios “hasta que anuncie tu poder a la posteridad”. David quiso vivir para contar a otros acerca de las maravillas poderosas de Dios.

Que buen ejemplo nos da David. ¿Está usted preparado para morir? Si usted dice que sí, entonces está bien. Pero espere un momento, todavía puede haber algo más para usted. Aun cuando seamos “viejos y con canas” podemos orar a Dios y alabarlo por lo que ha hecho por nosotros. Podemos enseñar a nuestros hijos que Dios prometió un Salvador y cumplió esa promesa enviando a Jesús. Jesús vivió una vida perfecta y realizó muchos milagros para mostrar su poder. Jesús murió en nuestro lugar soportando el castigo de nuestros pecados. Entonces resucitó de entre los muertos y mostró que estaba vivo. Dios es en verdad todopoderoso. Debido a su extraordinario poder puede protegernos seamos jóvenes o mayores.

Pida a Dios que lo proteja, no sólo para que siga viviendo. Ore para que otras personas puedan escuchar las buenas nuevas acerca de Jesús y la vida eterna que esas personas tienen en el cielo con Dios.

En ti, oh Dios, encontramos ayuda, seamos jóvenes o mayores. Ayúdanos para que podamos hablar a otras personas acerca de tus poderosas maravillas. Amén.

Mis labios se alegrarán cuando cante para ti; y mi alma, la cual redimiste. Mi lengua hablará también de tu justicia todo el día; por cuanto han sido avergonzados, porque han sido confundidos los que mi mal procuraban. (Salmo 71:23,24)

TENEMOS MUCHAS RAZONES PARA ALABAR A DIOS

En las palabras de arriba el rey David agradece y alaba a Dios por ayudarlo. Si Dios no hubiera ayudado a David, sus enemigos se hubieran reído de él. Entonces el pueblo de Dios perdería su fe y ánimo. Por lo tanto, el rey David dice: “Mi lengua hablará también de tu justicia todo el día”.

Dios tenía razón en vencer a los enemigos de David. Dios tenía razón en mostrar todo su poder. Cuando las personas oyeron que David alababa al Señor, estaban felices. Estaban contentas no sólo porque Dios ayudó a David, sino porque Dios ha mostrado que será fiel a todo su pueblo.

El Domingo de Resurrección vemos y celebramos la resurrección de Cristo. Una vez más vemos que Jesús conquistó la muerte por nosotros. Aprendemos que la vida eterna pertenece a toda la gente que cree en él. Vemos que Dios hizo lo apropiado de acuerdo con la promesa que hizo a Adán y Eva. Jesús aplastó la cabeza de Satanás y quitó nuestros pecados. Vemos que Dios hizo lo apropiado al enviarnos a su Espíritu Santo. El Espíritu Santo ha traspasado nuestros corazones y ha hecho que creamos en Jesús como nuestro Salvador.

Algún día Dios hará algo más para todos nosotros. Vendrá otra vez. Enviará a todos los incrédulos al castigo del infierno y llevará a todos los que creen en él al cielo. Allí estaremos uno al lado del otro con el rey David. En el cielo cantaremos sus maravillas de justicia por toda la eternidad.

Oh Dios, mi boca hablará de tu salvación todo el día. Contaré sobre tus maravillas, Oh Señor. Amén.

Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, llegó Jesús y, puesto en medio, les dijo: “¡Paz a vosotros!”. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. (Juan 20:19,20)

LA PASCUA NOS DA ALEGRÍA

De repente el Señor estaba en medio de sus discípulos cuando ellos se escondían detrás de las puertas cerradas. Calmó sus preocupaciones y confusión con un saludo familiar: “¡Paz a vosotros!”. Entonces les mostró que no era un fantasma, les mostró las huellas de sus manos y de su costado. Los discípulos estaban felices. Su temor y dudas se habían esfumado.

Su Salvador viviente también oye y contesta su necesidad de tener seguridad. Cuando la culpa de los pecados pasados le sobrevengan, ¿cómo sabe usted que realmente ha sido perdonado? Escuche a su Salvador viviente que le dice: “Hombre, tus pecados te son perdonados” (Lucas 5:20). Cuando sus problemas parezcan demasiado grandes, ¿cómo puede estar seguro de que todas las cosas resultarán para su bien? Jesús, que murió por usted y resucitó, dice: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20).

Sí, para cualquier cosa que quiera saber con seguridad, vaya a la palabra de Dios, la Biblia. Escuche las palabras de Jesús. Él: calmará sus temores, vencerá sus dudas, y traerá gozo y paz a su corazón.

Padre celestial, ayúdame a estar feliz cada día porque Jesús vive. Amén.

“Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y me siguen”. (Juan 10:27)

¿ESTÁ ESCUCHANDO?

Hoy en día la mayoría de las ovejas están en tierras de pastoreo cercadas. En el tiempo de Jesús no había cercas. Era el pastor el que cuidaba las ovejas para que no se extraviaran. Se quedaba cerca de las ovejas día tras día. Aprendían a reconocer la voz de su pastor y a confiar en él. La voz del pastor hacía que las ovejas se quedaran cerca de él.

Cuando Jesús habló acerca de un pastor que cuidaba a sus ovejas, podemos entender la relación de Jesús con nosotros. Él dejó su hogar para hacerse un ser humano como nosotros. Cargó con todos nuestros pecados sobre él y los llevó a la cruz. Allí enfrentó todo el castigo de Dios por nuestros pecados. Cuando Jesús resucitó de entre los muertos al tercer día, el Señor nos dio la victoria de Jesús sobre la muerte. Vamos al cielo porque nuestro pastor entregó su vida por nosotros y la volvió a tomar.

Por lo tanto, escuchemos lo que Jesús dice. Escuchemos sus palabras como están escritas en los cuatro Evangelios en la Biblia, y también escuchemos todo lo que está escrito en el resto de la Biblia. Vamos a la iglesia y adoremos y escuchemos leer esas palabras. Las leemos por nuestra cuenta en nuestra Biblia en la casa. ¿Y por qué? Escuchamos porque Jesús es nuestro Pastor y nosotros somos sus ovejas.

Gracias, Señor, por hablarnos. Ayúdanos a escuchar lo que tienes que decirnos. Amén.

“Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y me siguen”. (Juan 10:27)

¿QUÉ SIGNIFICA SEGUIR A JESÚS?

Las ovejas escuchan al pastor porque confían en él. Confían en que el pastor las llevará a donde necesiten ir. Las ovejas de Jesús hacen lo mismo. Los creyentes son las ovejas de Jesús, que no sólo obedecen a su Pastor, sino que lo siguen.

Los seguidores de Jesús por sí mismos no quieren seguir a su Pastor. Tienen sus propios deseos, y esos deseos con frecuencia los alejan de Jesús. El Pastor amoroso no abandona a sus ovejas. Dejará a las 99 ovejas para ir por la que se ha perdido hasta que la encuentre. Entonces las ovejas de Jesús quieren seguirlo. Aun cuando se alejan de Jesús, tienen su amor y perdón para hacerlas regresar.

Los discípulos de Jesús lo siguieron. La mayor parte del tiempo, Jesús los guió por buenos pastos. Entonces llegó la noche cuando fue traicionado, cuando todos lo abandonaron y se alejaron. No podían ir a donde Jesús iba. Tenía que terminar su obra solo. Nadie podía ayudarlo a pagar por los pecados del mundo. Después de que Jesús regresó al cielo, sus discípulos lo siguieron difundiendo las buenas nuevas acerca de Jesús, a dondequiera que iban.

Para nosotros seguir a Jesús significa hacer lo que él quiere que hagamos, su voluntad. Nuestra meta es ir adonde Jesús nos guíe hasta que estemos con él en el cielo. Algunas veces nos lleva por delicados pastos y aguas de reposo. Otras veces nos lleva por el valle de sombra de muerte. Pero a dondequiera que nos lleve, queremos ir porque es nuestro Pastor y nosotros somos sus ovejas.

Danos la voluntad de seguirte, oh Señor. Amén.

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba. (Colosenses 3:1)

USTED HA RESUCITADO CON CRISTO

El Domingo de Resurrección es un día glorioso porque nuestro Señor resucitó triunfantemente de entre los muertos. En la Pascua cantamos himnos de victoria. La Pascua se debe celebrar todos los días de nuestras vidas. La victoria de Jesús es nuestra victoria.

Ahora estamos unidos a Jesús en nuestro bautismo. En el bautismo nuestra naturaleza pecaminosa quedó clavada en la cruz con Jesús. En nuestro bautismo todas las cosas que Jesús ganó para nosotros se convirtieron en nuestras. Jesús nos compró: del pecado, la muerte, y del poder de Satanás. Todas esas bendiciones son nuestras por medio del bautismo. Nuestro bautismo nos ha conectado a la resurrección de Jesús. Su resurrección es nuestra prueba de que Jesús pagó completamente por nuestros pecados. La resurrección de Jesús prueba que Jesús es el Hijo de Dios, el Salvador de los pecadores.

El Dios eterno nos ha alcanzado desde el cielo y nos hizo suyos. Puso su mismo nombre sobre nosotros y nos trajo a su familia. Nos asegura que todo lo que Jesús hizo, lo hizo por nosotros. Participamos en su victoria.

Señor, gracias por nuestro bautismo. El bautismo nos une a ti y tu resurrección. Ayúdanos a valorar la preciosa vida que nos has dado cuando nos hiciste tuyos. Amén.

Oísteis que fue dicho... Pero yo os digo... a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. (Mateo 5:38,39,41)

VAYA UN POCO MÁS ALLÁ

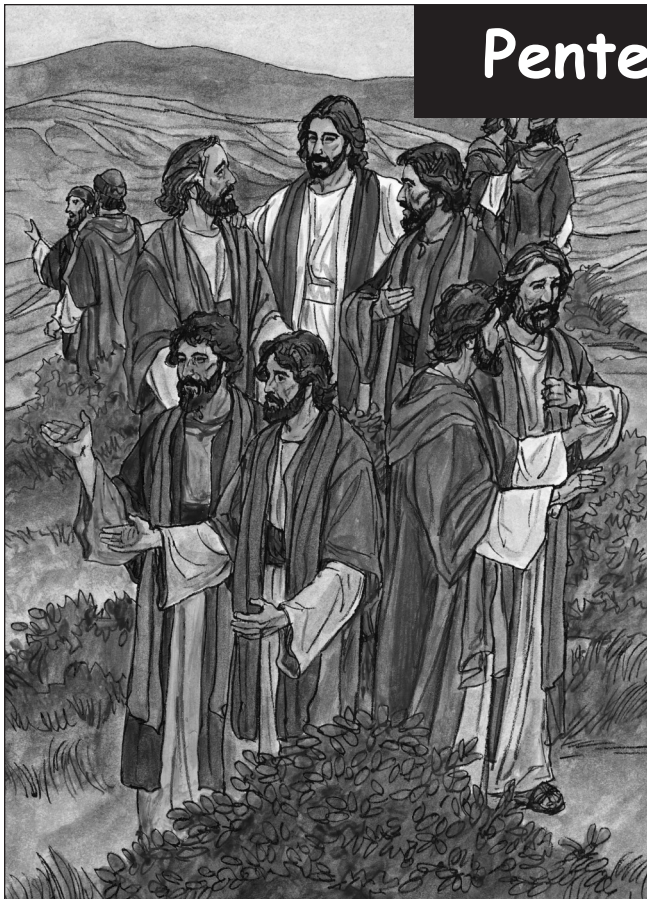
Dos seguidores de Jesús iban por la mañana a la aldea de Emaús en la primera Pascua (Lucas capítulo 24). No estaban contentos porque Jesús, el que pensaron que salvaría a Israel, había sido crucificado. Pero repentinamente Jesús vino y caminó con ellos. Les explicó las Escrituras. Les dijo: “¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y que entrara en su gloria?” (Lucas 24:26). Poco a poco empezaron a comprender la obra de su Salvador. Para cuando llegaron a Emaús, y cuando Jesús finalmente les mostró quién era, estaban felices. Llenos de alegría por su Señor resucitado, comprendieron que “él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados...y por sus llagas fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5).

Jesús fue un poco más allá con sus seguidores a Emaús no porque tenía que hacerlo, sino porque amaba a sus amigos. Ése es el mismo amor que Jesús tiene por nosotros. Es ese amor que lo hizo venir a nuestro mundo y, en lugar de nosotros, morir en la cruz. Es ese amor que nos da la seguridad de que somos salvados. El cielo es nuestro hogar.

Los discípulos de Emaús estaban tan llenos del amor del Salvador que se apresuraron a regresar a la ciudad de Jerusalén esa misma noche. Tenían que decirles a sus amigos que Jesús vivía. Y por eso nosotros por Jesús vamos un poco más allá. Amamos, nos interesa y compartimos su palabra, no porque tenemos que hacerlo, sino porque queremos hacerlo. Jesús ha llenado nuestros corazones con su mensaje de amor y salvación. Entonces nosotros queremos compartir ese amor y salvación con otras personas.

Querido Jesús, conmuéveme con tu amor para ir un poco más allá a decirles a mis amigos acerca de lo que tú has hecho para salvarlos. Amén.

Pentecostés



Jesús envía a sus discípulos.

La estación de Pentecostés del año eclesiástico cristiano es la estación más larga, ya que cubre casi la mitad de los domingos del año eclesiástico. Empieza 50 días después de la Pascua. En este domingo Dios envió su Espíritu Santo a sus discípulos. Esto fue lo que Jesús dijo a sus seguidores que pasaría.

El Domingo de Pentecostés, Pedro y otros discípulos de Jesús estaban reunidos en un lugar. Repentinamente hubo un sonido como de una ráfaga de viento. Lenguas de fuego que se posaron sobre la cabeza de los discípulos. Los discípulos pudieron predicar en muchas lenguas extranjeras. Ésta fue la señal externa de que habían recibido el Espíritu Santo.

Durante la estación de Pentecostés el mensaje se centra en la vida del cristiano. Habla de la forma en que el cristiano debe vivir. Nos recuerda que somos seguidores de Jesús. Y como seguidores de Jesús, queremos vivir la clase de vida que Jesús quiere que llevemos.

“¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, barre la casa y busca con diligencia hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, y les dice: ‘Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido’. Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente”. (Lucas 15:8-10)

HAY GOZO CUANDO UN PECADOR SE ARREPIENTE

Algunas veces, trabajamos duro en nuestra vida y en la vida de nuestra congregación para alcanzar a los pecadores perdidos y podemos desanimarnos. Invitamos a las personas a venir al estudio bíblico y al culto de adoración, y no vienen. Hablamos a un amigo acerca del amor de Dios y el amigo no escucha. Empezamos a preguntarnos si vale la pena el esfuerzo. ¡Claro que sí vale! El Señor “no [quiere] que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9).

Aunque alcancemos a sólo un incrédulo con el mensaje de salvación que haga que esa persona se arrepienta y crea en Jesús, los ángeles en el cielo se regocijarán. El gozo viene a nuestros corazones cuando comprendemos que nosotros también alegramos a Dios y a los ángeles cuando llegamos a formar parte de la familia de Dios. Mediante la fe en Cristo, el Cordero de Dios, nuestros pecados son perdonados y cubiertos por la sangre de Jesús.

Tal vez usted conozca a alguien que necesita arrepentirse. Comparta las buenas nuevas de Jesús con esa persona. Entonces por la gracia de Dios, cuando esa persona se arrepienta, los ángeles en el cielo, junto con usted, se alegrarán.

Querido Señor, gracias por darme motivo para regocijarme con los ángeles de Dios. Tú eres mi Salvador del pecado. Amén.

Vivirá, y se le dará del oro [del país] de Sabá, y se orará por él continuamente; todo el día se le bendecirá. Será echado un puñado de grano en la tierra, en las cumbres de los montes; su fruto hará ruido como el Líbano; los de la ciudad florecerán como la hierba de la tierra... Benditas serán en él todas las naciones; lo llamarán bienaventurado. (Salmo 72:15-17)

ADORE A SU REY

Jesús, nuestro Rey, debe ser alabado. Él vino a nuestro mundo y vivió sin pecado; murió por los pecados de toda la gente. Jesús resucitó del sepulcro para confirmarnos que tenemos la vida eterna en el cielo con él. Verdaderamente Jesús, nuestro Rey, debe ser alabado.

Por causa de Jesús tenemos muchas bendiciones. La bendición más grande que tenemos es la vida eterna en el cielo porque nuestros pecados son perdonados. Pero Jesús también nos da el alimento que necesitamos todos los días. Derrama su Espíritu Santo sobre nosotros y nos guarda en la verdadera fe. Nos da sabiduría para llevar una buena vida en nuestra familia, donde trabajamos, y especialmente en nuestra vida junto con los compañeros cristianos. Nos da muchos dones espirituales para que la iglesia de Dios crezca. Y esas bendiciones no sólo son para nosotros. El autor de este salmo podía decir: “Benditas serán en él todas las naciones”.

El Rey merece nuestra adoración por su gran regalo de la salvación. Debemos adorarlo y acudir a él en oración cuando tenemos problemas. Debemos agradecerle por los tiempos felices. En agradecimiento a Jesús por vivir su vida por nosotros, damos al Rey nuestras riquezas, “el oro de Sabá”, como ofrenda de acción de gracias. Jesús debe tener lo mejor de nuestro tiempo, nuestros talentos y posesiones.

Participe en alabar al Señor con sus labios y su vida.

¡Amén! La alabanza, la gloria, la sabiduría, el agradecimiento, el honor, el poder y la fortaleza sean dadas a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Al obedecer a la verdad, mediante el Espíritu, habéis purificado vuestras almas para el amor fraternal no fingido. Amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro, pues habéis renacido, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. Desechad, pues: toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y toda maledicencia. (1 Pedro 1:22,23; 2:1)

USTED NACIÓ PARA SERVIR A JESÚS

La semilla cae a la tierra, luego la lluvia la ablanda y ésta crece. Más tarde tiene una flor y por último produce más semillas. Usted ha visto esas cosas muchas veces en un jardín , en una chacra o en un rancho. La semilla produjo nueva vida. Dios usa esa imagen de una semilla para explicar lo que ha pasado en nuestra vida cristiana. Su palabra en la Biblia es la semilla. Él planta en nuestro corazón el mensaje de que Dios nos ama y envió a Jesús para salvarnos. La palabra de Dios nos trae o la muerte espiritual o la vida espiritual. El apóstol Pablo escribe: “habéis renacido, no de simiente [semilla] corruptible, sino de incorruptible”.

Estábamos muertos para Dios debido a nuestros pecados. Pero su palabra ahora nos dice que somos perdonados y vivimos a causa de lo que Jesús ha hecho. La palabra de Dios trae nueva vida en nosotros y esta nueva vida a su vez trae buenas cosas. El amor de Dios nos conmueve a amar a las personas que nos rodean en la misma forma en que Dios nos ama. La bondad de Dios hace que hagamos buenas cosas por otras personas. La palabra de Dios nos enseña a amarnos unos a otros, en lugar de destruir el buen nombre de los demás hablando cosas malas acerca de ellos.

La palabra de Dios es como una pequeña semilla, que crece en nuestro corazón y en nuestra vida, y hace que sirvamos a nuestro Salvador. ¡Crea esa palabra de Dios y sirva a Dios y a sus compañeros!

Querido Dios, gracias por darme la nueva vida. Usa tu palabra para ayudarme a hacer buenas cosas que te honren a ti y ayuden a la gente que me rodea. En el nombre de Jesús. Amén.

Amados, no os sorprendáis del fuego de la prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciera. Al contrario, gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois ultrajados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, por lo que hace a ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, ladrón o malhechor, o por entrometerse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello. (1 Pedro 4:12-16)

SUFRIR POR HACER BUENAS COSAS

No podemos escapar del sufrimiento, ya que es parte de nuestra vida en este mundo pecaminoso. Sufrimos de muchas formas diferentes. Nuestro cuerpo sufre cuando: la enfermedad, los accidentes, y la edad lo derriban. Nuestro corazón sufre también con: la decepción, los sufrimientos, y la ira. Motivos diferentes causan el sufrimiento, y el apóstol Pedro escribe sobre dos de ellos. Dice que algunas veces sufrimos porque hacemos cosas equivocadas. Si robamos, podemos ir a prisión. Si decimos palabras hirientes, tal vez perdamos a un buen amigo. Cuando hacemos algo malo, sufrimos por lo que hicimos.

Otras veces, sufrimos porque hacemos lo que es debido. Quizás nos alejemos de un amigo o amiga porque hace cosas. Un cristiano no debe engañar ni mentir. Hacemos lo que es apropiado, y sufrimos debido a ello. ¿Qué quiere Dios, que suframos haciendo el mal o el bien? Por supuesto que suframos por hacer el bien.

Por eso sufrió Jesús. Debido a que nos ama, Jesús siguió el plan de Dios para nuestra salvación. Jesús vivió fielmente de acuerdo con lo que Dios quiere que nosotros hagamos en su palabra. Jesús sufrió y murió para pagar por los pecados de toda la gente en el mundo. Después de que Jesús sufrió, resucitó de la muerte y fue a la gloria celestial. Ahora Dios quiere que sigamos a Jesús. Significa sufrir por hacer lo que es apropiado. Más que todo, significa seguir a Jesús al cielo, donde no habrá ningún sufrimiento.

Querido Jesús, gracias por sufrir para salvarme. Permite que yo esté dispuesto a seguirte y a sufrir por hacer lo que tú quieres que haga. Amén.

No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros, pues el que ama al prójimo ha cumplido la Ley, porque: “No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás”, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la Ley es el amor. (Romanos 13:8-10)

EL AMOR RESUME TODA LA LEY

En nuestra lectura de las Escrituras, el apóstol Pablo nos dice cómo se guarda la ley. Pablo escribió: “el cumplimiento de la Ley es el amor”. Si piensa detenidamente en los Diez Mandamientos, verá que mostrar amor a Dios o a nuestro prójimo es el centro o la parte más importante de guardar cada mandamiento. Mostramos amor por Dios poniéndolo a él primero en nuestra mente. También le mostramos amor usando su nombre debidamente y oyendo y siguiendo de buena gana su palabra. Además, mostramos que lo amamos honrando a sus representantes, como lo son nuestros padres y los funcionarios del gobierno. Asimismo, mostramos amor por nuestro prójimo: protegiendo su vida, honrando el matrimonio, ayudando a nuestro prójimo a conservar sus posesiones, defendiendo su buen nombre, y ayudándolo a él o a ella.

Como Pablo escribió, hay una deuda que tenemos uno con el otro. Esta deuda no se trata de dinero sino es una deuda que sale de nuestro corazón y nuestra vida. No podemos vernos con odio, ya que Jesús nos ama y él ama a todas las otras personas que nos rodean también.

Confiese sus pecados todos los días. Apodérese del perdón que Jesús ganó por usted en la cruz. Entonces pida a Jesús que llene su corazón con amor, para que pueda amar a los demás.

Jesús, perdona mi falta de amor. Lléname con tu amor, para que pueda mostrarlo a los demás. Amén.

El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, cesarán las lenguas, y el conocimiento se acabará. Ahora permanecen: la fe, la esperanza, y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor. (1 Corintios 13:8,13)

EL AMOR ES EL MAYOR DE LOS DONES

¿Por qué dice Pablo que el amor es el mayor de los dones? Se necesitan muchos dones de Dios en esta vida, pero en el cielo ya no se necesitarán. Por ejemplo: las profecías se cumplirán y el don de hablar en lenguas extranjeras no se necesitará. Conoceremos a Dios perfectamente en el cielo.

Aun la fe y la esperanza no serán importantes. Ahora mismo tenemos fe, creemos y confiamos que mediante la sangre y la justicia de Jesús, él nos llevará al cielo cuando se nos llegue la hora de morir. Nuestra esperanza ahora mismo es real, pero todavía no la hemos recibido. Por eso la esperamos. Pero cuando llegemos al cielo, nuestra esperanza de vivir con Jesús para siempre se hará realidad. No necesitaremos fe en las promesas de Dios de las buenas cosas que vienen. Estaremos experimentando esas buenas cosas para siempre en el cielo.

Pero el amor no cambiará. El amor de Dios por nosotros y nuestro amor por él seguirán en el cielo. Fue el amor de Dios lo que hizo que él obrara nuestra salvación. Su amor envió a su Hijo, Jesús, para ser nuestro Salvador. El amor de Dios es lo que experimentaremos siempre en el cielo. Cada uno de nosotros ya ha visto el amor de Dios en nuestra vida. Pero todo, por ahora, es un anticipo o el principio del amor que él nos mostrará en el cielo. ¡Por eso el amor es el mayor don de todos!

Señor, gracias por tu gran amor. Guárdame en la fe hasta que me llesves a experimentar todo el gozo del cielo. Amén.

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios así nos ha amado, también debemos amarnos unos a otros. Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor se ha perfeccionado en nosotros. En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu. (1 Juan 4:10,12)

LOS CRISTIANOS MUESTRAN EL AMOR DE DIOS

“Nadie ha visto jamás a Dios”. Eso es porque Dios es espíritu. Sin embargo, Dios se da a conocer a nosotros. Él muestra su sabiduría y su poder en: tormentas, y árboles, y todo lo que encontramos a nuestro alrededor. Dios también se muestra en la Biblia. En su Escritura nos dice cómo es él. Nos habla de todo lo que ha hecho para salvarnos y bendecirnos. La mejor forma en que Dios nos muestra su amor es mediante Jesucristo. Cuando aprendemos acerca de Jesús, vemos que con su vida perfecta y su muerte inocente en la cruz nos mostró su amor y nos salvó. Aquí es donde empieza nuestro amor.

Algunas personas nunca han leído la Biblia o no saben nada acerca de Jesús. Esas personas pueden aprender acerca del amor de Dios: por la vida que lleva usted, por lo que dice y hace. ¿Pueden las personas ver a Jesús en usted o por medio de usted? Nuestras buenas vidas no pueden salvar a nadie. Pero podemos llevar a las personas a conocer más acerca: del Dios que adoramos, del Salvador que seguimos, y a saber por qué amamos a otras personas en la forma que lo hacemos.

En nuestra lectura de hoy el apóstol Juan nos pide que vivamos en amor de la misma manera como Dios nos ama. Dios nos ha bendecido a nosotros, no sólo mostrándonos su amor, sino también dándonos talentos para mostrar su amor a otros. Cuando hacemos esto, Juan dice que “permanecemos en él y él en nosotros” y que “nos ha dado su Espíritu”. ¿Cómo puede usted hoy mismo mostrar el amor de Cristo a otros? Busque las maneras para dejar que su luz alumbre a otras personas, para que vean en usted sus buenas obras y alaben a su Padre en el cielo.

Señor, lléname con tu amor por medio de las buenas noticias acerca de mi Salvador. Ayúdame a mostrar tu amor a otros en mi vida. Amén.

Extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: “He puesto mis palabras en tu boca. Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y destruir, para arruinar y derribar, para edificar y plantar”. (Jeremías 1:9-10)

HABLE A OTROS LA PALABRA DE DIOS

Jeremías, un profeta de los tiempos del Antiguo Testamento, fue llamado por Dios para predicar la palabra de Dios. El Señor tocó la boca de Jeremías y le dijo que hablara sólo la palabra de Dios. “La palabra de Dios es viva, eficaz y más cortante que toda espada de dos filos: penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12).

Dios nos ha dado a nosotros, su pueblo, el instrumento perfecto para ser sus mensajeros. Ha colocado en nuestras manos su palabra revelada, la Biblia. Al usar este poderoso instrumento, tenemos todo lo que necesitamos para hablar un mensaje que traerá honor y gloria a Dios.

Como la tierra de Jeremías, Judá, se había apartado de Dios, entonces él le advirtió de su ruina y destrucción. También prometió el perdón de Dios cuando el pueblo de Judá regresara a Dios y se arrepintiera.

Al pueblo de Dios de todos los tiempos se le ha dado el mismo mensaje. Con la palabra de Dios los creyentes dicen a aquellos que se burlan de Dios y rehúsan creer en él que serán juzgados. Serán destruidos a causa de que no creen el mensaje del amor y la misericordia de Jesús. Antes de que el pecador pueda apreciar el amor de Dios, debe comprender su pecaminosidad y conocer la ira de Dios sobre el pecado. Pero eso no es todo lo que tenemos que decir a los no creyentes, tenemos además el mensaje de consuelo para compartirlo. Es el mensaje de esperanza y salvación. El evangelio del mensaje de Jesús, el Salvador de toda la gente, tiene el poder de conducir a la gente a la vida eterna. Por eso arrancamos y destruimos para que podamos edificar y plantar.

Este mensaje de la ley y el evangelio, de tan gran valor para los creyentes, estará en nuestra boca para proclamarlo a otros en: nuestros hogares, iglesias, comunidades, y por todo el mundo.

Querido Dios, hazme un fiel testigo de tu palabra. Dame el deseo de compartir claramente tu mensaje sobre el pecado y tu gracia con toda la gente. Amén.

Y el que da semilla al que siembra y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera y aumentará los frutos de vuestra justicia, para que seáis ricos en todo para toda generosidad, la cual produce, por medio de nosotros, acción de gracias a Dios. (2 Corintios 9:10,11)

LOS CRISTIANOS SON GENEROSOS

¿Por qué nos ha bendecido Dios con tanta generosidad? La respuesta: “Dios nos ha bendecido con tanta generosidad, para que podamos ser generosos con otros”. Piense en todo lo generoso que Dios ha sido con nosotros. Nos creó y siempre nos cuida. Cuando caímos en el pecado, envió a su Hijo, Jesús, para salvarnos: del pecado, del temor de la muerte, y del poder del diablo. Por medio de la obra del Espíritu Santo, Dios nos ha llamado a la fe en Jesús. Nos ha traído a su iglesia, donde nos perdona diariamente todos nuestros pecados. Dios hace esto no porque hemos merecido sus bendiciones, sino porque Dios es amoroso y misericordioso.

Dios nos ha provisto de una bendición tras otra. ¿Y por qué nos bendice con tanta generosidad? Quiere que seamos generosos con otros. El apóstol Pablo nos anima a ser generosos con otras personas. Entonces el Señor también empezará a ser generoso con nosotros también. “Y el que da semilla al que siembra y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera y aumentará los frutos de vuestra justicia, para que seáis ricos en todo para toda generosidad”.

Deberíamos ser generosos con otros, no para que las personas nos lo agradezcan, sino para agradecerse a Dios. El apóstol Pablo escribe que la generosidad “produce, por medio de nosotros, acción de gracias a Dios”. Jesús nos dice en su Sermón del monte: “Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16). Por eso hacemos buenas obras. Las hacemos, no para que las personas nos den las gracias, sino para que ellas se lo agradezcan a Dios.

Jesús, ayúdame a ser generoso con otras personas igual como tú has sido generoso conmigo. Amén.

Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo. (Gálatas 6:14)

GRACIAS A DIOS QUE ES CRISTIANO

El mundo parece como un lugar maravilloso y realmente lo es en muchas formas. El Señor lo creó y dijo que era muy bueno. Los lagos y las montañas y los colores en el mundo hablan acerca de la gloria de Dios. Sin embargo, este mundo tiene su lado oscuro. Satanás echó a perder las buenas cosas en este mundo cuando llevó a Adán y Eva a pecar. La confianza en el Señor fue reemplazada por los deseos egoístas de la naturaleza humana. La adoración a Dios fue reemplazada por la adoración a uno mismo y las cosas que se encuentran en el mundo. Lo que es peor, la paz de conocer que la vida es un camino a la vida eterna fue reemplazada por una vida que se está deslizando al infierno.

La gente de este mundo se jacta o se gloria de lo que ha logrado. Muchas personas creen que pueden hacerse cargo de las necesidades de su propia alma. Pero el apóstol Pablo, en nuestra lectura, confiesa lo opuesto. Se jacta o gloria en la cruz de Jesús y lo que Jesús hizo al morir en esa cruz. Dice: “En la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo”. ¿Cuando crucificaron al Señor estaba usted allá? Sí, estaba allá. Jesús estaba llevando los pecados de usted cuando murió en la cruz. Cuando Jesús murió, sus pecados murieron con él y también el poder que la gente y las cosas de este mundo ejercían sobre su vida. Ahora usted tiene: paz, perdón, armonía con el Señor, y la esperanza de la vida eterna en el cielo con Jesús.

La gente y las cosas de este mundo tratarán de apartarlo de Jesús. La gente lo puede perseguir por ser cristiano. Pero usted sabe que mediante la cruz de Jesús está ahora y para siempre junto con su Señor y Dios.

Querido Señor, ayúdame a ver que maravillosamente morí al mundo. Ayúdame a estar agradecido por todas las bendiciones que tengo mediante lo que Jesús hizo por mí en la cruz. Amén.

Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados: con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor. (Efesios 4:1,2)

UN CRISTIANO ES HUMILDE Y AMABLE

El apóstol Pablo, en nuestra lectura, nos pide ser amables y gentiles. Además nos dice ser pacientes y que nos amemos unos a los otros. Jesús habló a sus discípulos, muchas veces, de lo diferente que son los cristianos de las otras personas en este mundo. Una vez dijo Jesús: “Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos” (Mateo 20:25-28).

Mucha gente que vive en este mundo piensa que necesita: poder, honor, y gloria. Un cristiano sabe que debe ser: humilde, bondadoso, paciente, y debe amar a los demás. Habrá veces cuando otras personas harán cosas que nos harán enojar. Y algunas veces les diremos que no queremos tener nada que ver con ellas. Entonces debemos recordar que Jesús es bondadoso y paciente con nosotros. ¿Acaso nosotros no hacemos enojar a otras personas? ¡Por supuesto que sí! Pero Jesús es bondadoso y paciente con nosotros. Él nos corrige con delicadeza, nos anima con cariño, y con amor nos perdona. Los cristianos deberían seguir a Jesús y ser creyentes humildes.

Jesús, ayúdame a vivir humilde y pacientemente con las demás personas igual como tú eres humilde y paciente conmigo. Amén.

En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está corrompido por los deseos engañosos, renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. (Efesios 4:22-24)

UN CRISTIANO ES SANTO

Jesús quiere que seamos perfectos como Dios. Nos dice: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48). ¿Cómo espera Jesús que seamos perfectos? ¿Acaso no pecamos todos los días? Necesitamos recordar la razón principal por la que Jesús nos manda ser perfectos. Quiere que nos demos cuenta de que no podemos llevar una vida santa y perfecta. El apóstol Pablo nos dice que mediante la ley sabemos que somos pecadores. Es imposible, por nosotros mismos, que seamos perfectos. No podemos cumplir la ley de Dios perfectamente. La Biblia nos dice: “Por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Romanos 3:20).

¿Entonces, cómo llegamos a ser santos ante Dios? No podemos trabajar para ello. La santidad es un don de Dios. El apóstol Pablo explica: “La justicia de Dios [es] por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él, porque no hay diferencia” (Romanos 3:22). Por eso, Pablo quiere que nos vistamos “del nuevo hombre”, que confiemos en Jesús para nuestra salvación. Quiere que veamos el amor que Jesús tiene por nosotros. Ese amor fue el que hizo a Jesús morir en la cruz para pagar por los pecados de toda la gente. La Biblia nos dice: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). En otras palabras, damos a Jesús nuestro pecado y él nos da su santidad. Así es como nos hacemos santos. Jesús nos da santidad.

Ahora, como cristianos, no queremos vivir en nuestros pecados siguiendo la pasada manera de vivir. En lugar de eso, queremos vivir una nueva vida creada “según Dios en la justicia y santidad de la verdad”.

**Jesús, ayúdame a seguirte y a llevar una vida santa que te honre y glorifique.
Amén.**

La palabra de Cristo habite en abundancia en vosotros. Enseñaos y exhortaos unos a otros con toda sabiduría. Cantad con gracia en vuestros corazones al Señor, con: salmos, himnos, y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él. (Colosenses 3:16,17)

LA PALABRA DE CRISTO VIVE EN LOS CRISTIANOS

En nuestra vida espiritual es importante que evitemos las cosas pecaminosas en que la gente del mundo nos hace pensar. El cristiano quiere llenarse de buenos pensamientos que vienen de oír y aprender la palabra de Dios. En nuestra lectura el apóstol Pablo nos anima a que “la palabra de Cristo habite en abundancia en vosotros”. Dios quiere que su palabra forme parte de todo en nuestra vida.

Dios quiere que nosotros, la gente de sus congregaciones, hagamos que el oír y estudiar su palabra, sea el centro de nuestra adoración y de nuestras actividades. Quiere que le cantemos alabanzas y eso lo hacemos de muchas formas diferentes. Un cristiano desea oír la palabra de Dios y cantar sus alabanzas mientras adora junto con otros cristianos.

Y queremos probar y ver que el Señor es bueno todos los días de nuestra vida. Por lo tanto, el cristiano estudiará la palabra de Dios en el hogar todos los días. El Señor nos da la Biblia para hacernos fuertes espiritualmente por medio de las buenas nuevas de Jesús nuestro Salvador.

Como cristianos mostraremos nuestra gratitud a Dios con cánticos de agradecimiento y alabanzas.

Dios, nuestro Padre celestial, envía tu Espíritu Santo a nuestros corazones por medio de tu palabra. Guárdanos fieles en la lectura y el estudio de tu Biblia. Te lo pedimos en el nombre de Jesús. Amén.

Yo oí, pero no entendí. Dije entonces: “Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?”. Él respondió: “Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. (Daniel 12:8,9)

NO TENGA TEMOR DEL FUTURO

Tal vez usted ha oído el dicho: “No sabemos lo que nos depara el futuro, pero sabemos quién está a cargo del futuro”. Daniel confió en que el Señor lo sostenía en sus manos. Pero Daniel también quiso saber lo que pasaría en el futuro. Sin embargo, Dios le dijo: “No te preocupes por el futuro; yo me encargaré de él”. Dios no nos revela el futuro a nosotros tampoco. Eso se debe a que el futuro es asunto de él y no nuestro.

Como Daniel, nos preocupamos por lo que pasará mañana. Pero Jesús dice: “Así que no os angustiéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia preocupación. Basta a cada día su propio mal” (Mateo 6:34). Nuestro Salvador nos está diciendo: “Toma un día a la vez. He prometido cuidarte hasta que te lleve a tu hogar celestial. Confía en mí para cuidarte bien”.

No nos gusta pensar en que la preocupación sea un pecado, pero lo es. La preocupación es lo opuesto a la confianza. Cada vez que nos preocupamos decimos a Dios: “No confío en ti”. Con el fin de encargarse de nuestras preocupaciones, el Espíritu Santo fortalece nuestra confianza en: la sabiduría, el poder, y el amor de Dios, por medio del evangelio. El evangelio señala a la cruz de Jesús. En la cruz el Señor quita nuestros temores acerca de lo que sucederá en el futuro. El mensaje de la cruz nos asegura que cuando dejemos esta vida, tendremos un maravilloso futuro en el cielo. El mensaje de la cruz nos dice que Dios nos ama y que nos cuidará hasta el día en que muramos. El apóstol Pablo escribe: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8:32).

Querido Señor, por medio de tu amor por nosotros en Jesús cambia nuestros temores en confianza. Amén.

“Él guarda los pies de sus santos, mas los impíos perecen en tinieblas; porque nadie será fuerte por su propia fuerza. Delante de Jehová serán quebrantados sus adversarios y sobre ellos tronará desde los cielos. Jehová juzgará los confines de la tierra, dará poder a su Rey y exaltará el poderío de su Ungido” (1 Samuel 2:9,10)

CONFÍE EN EL SEÑOR

En nuestra lectura Ana, que vivió en los tiempos del Antiguo Testamento, está alabando al Señor por todas sus bendiciones. Al principio de su oración agradece a Dios las bendiciones que había recibido. Le había dado un hijo, Samuel. Ahora extiende su alabanza y agradece al Señor por proveer creyentes humildes que son fieles a él. Entonces, agradece a Dios por humillar a sus adversarios que cometen maldades. Por último, mira hacia el tiempo cuando Dios enviará a su gran rey y ungido con todo el poder para reinar. La respuesta de Dios a su oración fue posible por la gracia y el poder que viene del Salvador. Ana encontró fortaleza para vencer a todos sus enemigos físicos y espirituales por medio de Jesucristo, el Rey.

Allí también encontramos nosotros fuerzas. Jesucristo, el que fue ungido o apartado por Dios, venció el pecado y a Satanás. Como Rey de Dios, reina sobre todas las cosas para el bien de su iglesia y eso lo incluye a usted. Su iglesia se ha extendido por todo el mundo.

Debemos trabajar mucho en nuestra vida, criando a nuestros hijos para que respeten a Dios o trabajando con amigos y vecinos, así como sirviendo al Señor en nuestra iglesia ayudando a traer a la gente a la fe y enseñándoles la palabra de Dios. Con todo este trabajo podemos llegar a sentir que es demasiado lo que tenemos por hacer. Entonces necesitamos confiar en el Señor quien es nuestra fortaleza igual como lo fue para Ana. Somos bendecidos por él y con la ayuda de Dios podemos cumplir nuestro trabajo durante nuestra vida.

Señor, no permitas que caiga en la trampa de trabajar en contra tuya. Guárdame fuerte en la fe por medio de tu palabra. Amén.

No menosprecies, hijo mío, el castigo de Jehová, no te canses de que él te corrija, porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere. (Proverbios 3:11,12)

DIOS NOS CORRIGE PORQUE NOS AMA

Cuando usted verdaderamente ama a alguien, quiere lo mejor para él o ella. Pero algunas veces lo que es mejor no siempre es lo más agradable. Cuando corregimos a los niños, algunas veces se enojan por lo que hacemos. Sin embargo, esa corrección es por su bien. Los padres cristianos quieren criar a sus hijos en la disciplina y enseñanza del Señor.

Qué maravilloso es saber que Dios lo ama a usted. Se preocupa y quiere lo mejor para usted. Por eso envió a Jesús, su único Hijo. Jesús murió en la cruz debido a que lo ama. Quiere salvarnos del infierno que merecemos por nuestros pecados. Debido a que nos ama, Dios el Espíritu Santo obró la fe en su corazón. Dios envía mucha alegría a nuestra vida. Pero hay veces cuando los problemas y las enfermedades llegan a nuestra vida. No nos gustan los problemas ni el dolor. De hecho, algunas veces nos enojamos con Dios por enviarnos dolor. Es una tentación pensar que Dios no nos ama por causa de nuestros pecados, y que por eso nos manda problemas. Nada podría estar más lejos de la verdad. Dios perdonó nuestros pecados cuando Jesús murió en la cruz.

Cuando Dios lo corrige, le está dando lo mejor. Tal vez quiere que regrese por haberse alejado de él. Quizás él considera que para usted las cosas de este mundo son más importantes que adorarlo. Como seres humanos, no sabemos por qué el Señor hace eso. Pero él nos dice que en todas las cosas nos ama y hace que esas cosas sean para nuestro bien, aun cuando duelan.

Señor, ayúdame siempre a confiar en que tú me amas, aun en el dolor y en los problemas. Amén.

La soberbia del hombre le acarrea humillación, pero al humilde de espíritu lo sustenta la honra. (Proverbios 29:23)

SEA HUMILDE

El orgullo es estimarse a uno mismo mucho más de lo que se debe. Cuando uno cae en el orgullo pecaminoso, sólo se ve a sí mismo, olvida al Señor, y eso conduce a problemas. Se equivocan las personas que se enorgullecen pensando en que pueden agradar a Dios con sus buenas obras y ganar un lugar en el cielo por las cosas que hacen se equivocan. En el Juicio Final, aquellos que confían en sus buenas obras descubrirán que estaban terriblemente equivocadas al querer ganar el cielo de Dios. Entonces serán enviadas al infierno.

La mejor forma de evitar el orgullo pecaminoso es recordando dos verdades. Primero, debemos confesar nuestros pecados y decir que somos seres humanos débiles y pecadores. Nunca podemos agradar a Dios por nuestras propias obras. Cuando creemos esas palabras acerca de nosotros mismos, nos humillamos ante Dios. Segundo, debemos decir que encontramos nuestra fortaleza en el Señor. En amor nos levanta y dice: “Te he perdonado todos tus pecados y te declaro justo por lo que Jesús hizo por ti. Murió en tu lugar como el castigo por tus pecados. Te amo, y estaré contigo, y te bendeciré en todo lo que hagas. El cielo será tuyo”.

Como pueblo de Dios, queremos evitar cualquier orgullo. Necesitamos ver nuestra vida a la luz de la ley de Dios y de su evangelio. En la ley, Dios nos dirige a ser humildes ante él, confesando nuestros pecados. En el evangelio, nos levanta y nos asegura su amor y salvación.

Señor, por favor mantenme humilde por medio de tu ley y edifícame por medio de tu evangelio. Amén.

Porque al hombre que le agrada, Dios le da: sabiduría, ciencia, y gozo; pero al pecador le da el trabajo de recoger y amontonar, para dejárselo al que agrada a Dios. También esto es vanidad y aflicción de espíritu. (Eclesiastés 2:26)

DIOS NOS DA FELICIDAD

Todos quieren ser felices y tener éxito en la vida. Pero la verdad es que la felicidad y el éxito algunas veces son difíciles de encontrar. Algunas personas hacen planes y trabajan duro pero nunca son felices o exitosas. Salomón, que escribió las palabras del libro de Eclesiastés, nos da la respuesta de cómo ser feliz y exitoso. Simplemente dice: “Porque al hombre que le agrada, Dios le da sabiduría, ciencia y gozo”. El éxito y la felicidad son dones que vienen de Dios.

Por la gracia de Dios estamos en posición de agradar a Dios. Hemos llegado a conocerlo como a nuestro Salvador. Hemos llegado a conocer su amor por nosotros. Podemos llamarlo nuestro Padre por la fe en Jesús. Nuestro Padre celestial viene y nos da la seguridad de su amor y su promesa de ayudarnos. Un día nos dará la bendición de estar con él en el cielo.

Con esos dones espirituales en nuestra vida, también podemos tener: sabiduría, conocimiento, y felicidad, terrenales. Salomón buscó esos dones terrenales por medio del dinero. Al final tenía que confesar que: la sabiduría, el conocimiento, y la felicidad terrenales, son dones del Señor. La vida bajo el sol solo tiene el sentido verdadero, solo para los cristianos cuya vida real está bajo el Hijo de Dios. Pero aun en nuestra vida terrenal la felicidad es posible. Deje de trabajar por esos dones por usted mismo y confíe en el Señor. Procure agradar a Dios y pídale que haga que su vida en esta tierra sea feliz.

Señor, te agradezco el gozo de saber que soy tu hijo. Si es tu voluntad, dame: sabiduría, conocimiento, y felicidad, durante mi vida en la tierra. Amén.

El fin de todo el discurso que has oído es: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre. (Eclesiastés 12:13)

LO QUE DEBEMOS HACER EN NUESTRA VIDA

El rey Salomón recibió muchas bendiciones. Cuando pidió sabiduría para ser un buen rey, el Señor le dio sabiduría y también muchas otras bendiciones terrenales. Dios le dijo: “Sabiduría y ciencia, te son dadas; y también te daré: riquezas, bienes, y gloria, como nunca la tuvieron los reyes que fueron antes de ti, ni la tendrán los que vengan después de ti” (2 Crónicas 1:12). Salomón gozó lo que el Señor le dio. Salomón escribió: “No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni privé a mi corazón de placer alguno” (Eclesiastés 2:10). Y, sin embargo, cuando pensó en el pasado de su vida, dijo que todo era vanidad (Eclesiastés 1:2).

Lo que el rey Salomón aprendió lo compartió con nosotros. Todo lo que importa es que usted tema a Dios y guarde sus mandamientos. Temer a Dios es confiar en él como su Dios Salvador. Significa permanecer en reverencia ante su amor y poder, y servirle a él con su vida. Servimos a Dios haciendo lo que sus mandamientos nos dicen que debemos hacer. Creyendo y siguiendo todo lo que Dios dice en su palabra, es la manera como honramos al Señor y le mostramos nuestro amor y agradecimiento.

Hay muchas veces cuando no sabemos qué hacer en nuestra vida. Puede preguntarse: “¿Qué caso tiene todo esto?”. Entonces Salomón nos da la respuesta. Tema al Señor, confíe en él como su Salvador, y permanezca en reverencia por su bondad y poder. Mire hacia los gozos celestiales, muéstrele su amor y agradecimiento a él, y crea y obedezca su palabra. De eso se trata la vida.

Querido Señor, ayúdame a recordar las verdaderas riquezas que tengo en ti. Ayúdame a temerte y a obedecer tus mandamientos toda mi vida. Amén.

Después oí la voz del Señor, que decía: “¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?”. Entonces respondí yo: “Heme aquí, envíame a mí”. Y dijo: “Anda, y dile a este pueblo”. (Isaías 6:8,9)

DEBEMOS DECIR A OTROS ACERCA DEL SALVADOR

Isaías miró al cielo y al oír el canto del ángel lo convenció de su pecado. El ángel tocó su boca y el mensaje de gracia y gloria de Dios limpió y consoló a Isaías. Pero Dios hizo algo más por Isaías, lo llamó para que fuera su profeta.

En el Nuevo Testamento de nuestra Biblia encontramos una descripción de la forma en que Dios obró la fe en la vida de Isaías y en la de nosotros. El apóstol Pablo escribe: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe, pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (Efesios 2:8-10). Isaías y todos los creyentes han sido salvados con el fin de servir a Dios.

Hoy Dios sigue llamando a su pueblo a la fe y a que lleve vida de servicio cristiano. Las palabras que dijo nuestro Señor resucitado, precisamente antes de regresar al cielo, fueron dichas para todo el pueblo de Dios. Dijo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15).

Isaías oyó el llamado de Dios y contestó: “Heme aquí, envíame a mí”. Recuerde que hemos sido limpiados del pecado con la sangre de Jesús. Responda al llamado de Dios para servirle diciéndole: “Señor, úsame para servirte en tu reino. Úsame para hablar las buenas nuevas de salvación por la fe en Jesús en: mi hogar, mi ciudad, mi congregación, y por todo el mundo”.

Querido Salvador, dame la sabiduría de aprovechar las oportunidades que me das para compartir tus buenas nuevas. Ayúdame a decir: “Heme aquí, envíame a mí”. Amén.

Aquel hombre me habló, diciendo: “Hijo de hombre, observa con cuidado, escucha atentamente y fíjate bien en todas las cosas que te muestro, porque para que yo te las mostrara has sido traído aquí. Cuenta todo lo que ves a la casa de Israel”. (Ezequiel 40:4)

BIEN ESTÁ LO QUE BIEN ACABA

El Señor dio al profeta Ezequiel visiones muy valiosas, de la gracia de Dios y de la gloria venidera. Ezequiel debía gozar de las visiones y debía compartirlas con otra gente. Dios le dijo que su pueblo viviría en la Jerusalén celestial, mucho mejor que la ciudad terrenal de Jerusalén. El pueblo de Dios viviría con él en el cielo viendo su gloria y amor para siempre. Ése fue un mensaje de esperanza para los creyentes.

Por la fe, todo el pueblo de Dios tiene la esperanza segura y cierta de que él cumplirá todas sus promesas. Esa esperanza se basa en la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. (Lea 1 Pedro 1:3-9). Hay una esperanza segura y cierta del lugar preparado para todo el pueblo de Dios en el cielo por Jesús, quien pagó por ese lugar dando su santa y preciosa sangre en la cruz. Algún día veremos y viviremos en “la ciudad santa, la nueva Jerusalén”, que vio el apóstol Juan “descender del cielo, de parte de Dios” (Apocalipsis 21:2). Ésa es la misma ciudad donde Ezequiel vio en las visiones que Dios le mostró.

Hasta que venga ese tiempo viviremos en la esperanza. Como Ezequiel, compartimos esa maravillosa esperanza con otra gente para la gloria de nuestro Dios Salvador. ¡Vamos a casa para estar con él, quien es: nuestro guía, nuestro guardián, y nuestra meta! Bien está lo que bien acaba. “Pero esto consideraré en mi corazón, y por esto esperaré” (Lamentaciones 3:21).

Jesús, guíame en mi vida a mi hogar celestial. Amén.

Entonces le fueron presentados unos niños para que pusiera las manos sobre ellos y orara; pero los discípulos los reprendieron. Entonces Jesús dijo: “Dejad a los niños venir a mí y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos”. (Mateo 19:13,14)

LOS NIÑOS VAN A JESÚS

Cuando pensamos en los grandes héroes de la fe, pensamos en: Noé, Abraham, y Moisés. Esos hombres podían mostrar bien su fe y podían ponerla en práctica. Usualmente no pensamos que los niños sean héroes de la fe. De hecho, algunas veces pensamos que son infantiles. Por eso, los discípulos impidieron que la gente llevara a sus niños a Jesús para que los bendijera. Probablemente los discípulos pensaron que había muchos adultos que necesitaban escuchar a Jesús. ¿Por qué perder el tiempo de Jesús con los niños?

Pero Jesús pensaba diferente. Cuando vio a los discípulos que obstaculizaban a los padres, ordenó a los discípulos que dejaran a los niños ir hacia él. Jesús dijo: “de los tales es el reino de los cielos”. Esos niños fueron un ejemplo maravilloso de los ciudadanos celestiales. El cielo pertenece a personas como esos niños, que confían en Jesús para el perdón y la misericordia.

La fe no es una habilidad de la mente desarrollada durante años de enseñanza. La fe es un don de Dios, que el Espíritu Santo crea y alimenta, obrando por medio de las Escrituras y de los sacramentos. Es la total confianza en Dios para todas las necesidades espirituales y físicas. La fe crece en los corazones por oír la palabra de Dios.

Jesús dijo: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños” (Mateo 11:25). Ésa debería ser la meta de la fe y la vida cristiana. Debemos a ser como los niños. Necesitamos ponernos al cuidado de Jesús, y estar contentos con su perdón y amor.

Jesús, tú usaste a los niños como ejemplos de la gente que tiene la fe que tú das. Mientras sigo estudiando tu palabra, conserva: humilde, sencilla, y verdadera, mi fe en ti. Amén.

Entonces vinieron a él unos trayendo a un paralítico, que era cargado por cuatro. Y como no podían acercarse a él a causa de la multitud, quitaron parte del techo de donde él estaba y, a través de la abertura, bajaron la camilla en que yacía el paralítico. Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: “Hijo, tus pecados te son perdonados”. (Marcos 2:3-5)

LA FE VENDE LOS PROBLEMAS

Los problemas de: la familia, la falta de dinero, la falta de trabajo, de salud. ¿Son éstos algunos de los problemas que usted enfrenta en la vida cotidiana? En nuestra lectura de las Escrituras de hoy, algunos hombres estaban tratando de llevar a su amigo, que no podía caminar, hacia Jesús. Querían que Jesús lo sanara. Pero el lugar donde Jesús estaba predicando estaba lleno de gente. Los hombres subieron al techo de la casa donde Jesús estaba predicando. Hicieron un agujero en el techo. Entonces bajaron a su amigo hasta donde Jesús se encontraba. Ni la multitud ni siquiera el techo, les iba a impedir que su amigo llegara a Jesús para que lo sanara. El escritor del Evangelio, Marcos, escribe que cuando Jesús vio el corazón de esos hombres, vio algo además de sentimientos de amistad. “Al ver Jesús la fe de ellos...”. Todos esos hombres, no sólo el hombre que había sido curado, tenían fe en el poder de Jesús y su voluntad para sanarlo.

¿Qué hacemos cuando nos enfrentamos con problemas en la vida, especialmente aquellos que nos apartan de la palabra de Dios? ¿Qué hacemos cuando los deportes nos alejan de ir a adorar en la iglesia? ¿Qué hacemos cuando no encontramos tiempo para leer la palabra de Dios? ¿Decimos: “Así es la vida” o “No puedo hacer nada al respecto”? Hagamos lo que los hombres en nuestra lectura de las Escrituras hicieron. Con calma tratemos de arreglar nuestros problemas para dejar el camino libre para estar con Jesús.

Querido Señor, ayúdame a vencer todo lo que pueda alejarme para no oír ni estudiar tu palabra. Amén.

Vino a él un leproso que, de rodillas, le dijo: “Si quieres, puedes limpiarme”. Jesús, teniendo misericordia de él: extendió la mano, lo tocó, y le dijo: “Quiero, sé limpio”. Tan pronto terminó de hablar, la lepra desapareció del hombre, y quedó limpio. (Marcos 1:40-42)

JESÚS SANA A UN LEPROSO

Cuando Jesús viajaba por Galilea, un hombre con una enfermedad de la piel llamada lepra vino hacia él. A diferencia de los diez leprosos en otra historia, este leproso no mantuvo su distancia de Jesús. Se acercó a Jesús, se arrodilló, y le rogó que lo ayudara. “Si quieres, puedes limpiarme”. Este hombre sabía que ningún ser humano podía ayudarlo, pero sabía que estaba en presencia de Dios. No tenía dudas de que Jesús tenía el poder de curar su enfermedad. Su sola preocupación era: “Si quieres”. No dudaba del poder de Jesús, pero no sabía si Jesús quería sanarlo.

No había duda de la voluntad de Jesús de atenderlo. Jesús mismo dijo: “El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10). Jesús extendió la mano y tocó al hombre. Con el mandato: “sé limpio”, la lepra desapareció del hombre.

Cuando la culpa por nuestros pecados se hace muy pesada para que la llevemos, acudimos a Jesús y le pedimos su ayuda. El temor que hay en nuestra mente nos dice que nos rechazará por todos nuestros fracasos. Estamos tentados a decir: “Si quieres”. Pero no hay necesidad de temer. Jesús mostró su voluntad de perdonarnos cuando caminó a la cruz para quitar la culpa y el castigo por nuestros pecados para siempre. Por medio de su palabra y los sacramentos, nos toca y nos dice: “sé limpio”. Él nos sanará.

Jesús, tú estuviste dispuesto a dejar el cielo y vivir en este mundo lleno de pecado. Cuando mis pecados me aflijan, tu voluntad de perdonarme será mi consuelo. Amén.

Le dijo Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?”. Le dijo: “Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo”. (Juan 11:25-27)

LA FE CONFIESA LA RESURRECCIÓN

Marta estaba triste por la muerte de su hermano Lázaro. Ella y su hermana María habían tratado de que Jesús fuera a su casa cuando Lázaro estaba enfermo. Pero Jesús esperó hasta que Lázaro murió. Cuando Jesús se acercó a la casa, María fue a encontrarlo. Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará” (Juan 11:23). Marta contestó que creía lo que Jesús decía. Jesús continuó y le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?”. Quería que Marta confesara su fe para que ella pudiera escuchar con sus propios oídos dónde depositaba su fe. Ella confesó: “Sí, Señor”.

Una cosa es estar sentado en la iglesia y cantar: “Yo sé que vive el Salvador”. Pero otra cosa es cantarlo en el entierro de un familiar o amigo. Sin embargo, es lo que hizo Marta, y es lo que cada cristiano hace.

Con mucha frecuencia cuando las personas tienen que asistir a un funeral cristiano, se preocupan. Piensan: “No sé qué decir”. Puede que no sepan qué decir para consolar a las personas afligidas por su pérdida. Pero usted sabe lo que puede decir, junto con Marta: “Su ser querido resucitará con Cristo, quien es la resurrección y la vida”.

Querido Salvador, permíteme confesar tu resurrección en mi vida. Cuando yo o algunos de los que me rodean tienen que tratar con la muerte, dame la valentía para decir: “Creo en mi Salvador y sé que él es la resurrección y la vida”. Amén.

Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano. (1 Corintios 15:57,58)

DEBEMOS REALIZAR LA OBRA DEL SEÑOR

“Su trabajo no es en vano”. Esas palabras dan muchos ánimos al pueblo de Dios. Los creyentes en la ciudad de Corinto en el país de Grecia necesitaban apoyo para realizar su trabajo. Había grandes tentaciones en la ciudad de Corinto, la cual tenía la reputación de que la gente que vivía allí llevaba una vida desenfadada y malvada. Satanás estaba trabajando muy duro en dividir a las personas que pertenecían a la congregación cristiana de Corinto. Cuando vieron todos los problemas, algunas personas probablemente estaban tentadas a darse por vencidas. Aunque la situación no parecía buena, el apóstol Pablo animó a los cristianos. Sabía que Dios era el ganador. Jesús derrotó a Satanás para siempre en la cruz, cuando dijo: “¡Consumado es!”. Jesús ganó la victoria sobre la muerte cuando resucitó de la sepultura. El Señor: crucificado, resucitado, y ascendido, era el ánimo que necesitaban los cristianos corintios para permanecer fieles.

Como miembros de la iglesia cristiana en la tierra, vemos que el pecado está en todas partes. Incluso en la iglesia, los hijos de Dios no siempre se comportan como cristianos. Tal vez nos preguntemos si ser cristiano vale todo el esfuerzo que ponemos en nuestra vida cristiana. ¡No se dé por vencido! El trabajo para Dios debido a la palabra de Dios es siempre poderoso. La palabra de Dios siempre hace lo que quiere Dios que haga. Dios puede usarlo a usted para llevar a alguien a Jesús. Lleve a cabo el trabajo del Señor porque usted sabe que su trabajo “no es en vano”. Ésa es la promesa de Dios.

Querido Jesús, tu victoria sobre la muerte hace que la vida eterna para mí sea algo que es seguro. Dame fuerzas para vencer la tentación. Dame alegría mientras te sirvo y trabajo para ti. Amén.

Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación: Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomádoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. (2 Corintios 5:18,19)

DEBEMOS COMPARTIR EL AMOR DE DIOS

En las palabras de arriba, el Señor da a los creyentes una gran bendición y responsabilidad. Lo que Dios nos da como cristianos es de muchísimo más valor que un costoso automóvil. Dios nos ha dado “el ministerio de la reconciliación”. Este mensaje abre las puertas del cielo. Antes de que podamos compartir este mensaje, primero debemos ver cuán importante es este mensaje en nuestra vida.

Hubo un tiempo cuando éramos enemigos de Dios. El pecado estuvo entre Dios y nosotros como un muro que no podíamos derrumbar. No podíamos traspasar o sobrepasar ese muro de pecado. Lo que nosotros no podíamos hacer, Dios lo hizo por nosotros. Jesús derribó el muro de pecado y llevó cada pecado sobre sus hombros. Tomó nuestro lugar y sufrió el castigo de Dios por esos pecados. Por lo tanto, Dios no toma en cuenta nuestros pecados contra nosotros. Lo que nuestro Salvador ha hecho por nosotros es verdaderamente maravilloso.

Ahora Dios nos pide compartir el mensaje del evangelio de Cristo con otras personas. Tal vez no seamos grandes oradores. Nada de eso importa para Dios. Simplemente dice: “Ve, anuncia a los demás que mi Hijo ha muerto por sus pecados. Ve, y comparte mi amor con la gente del mundo. Ve, y bendeciré tu trabajo”.

Querido Señor, puedo llamarte Padre porque Jesús ha quitado mis pecados. Me ha hecho tu hijo. Abre las puertas para que pueda compartir tu amor con los demás. Amén.

Respondió Jesús: “De cierto, de cierto, te digo, que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es”. (Juan 3:5,6)

CÓMO ENTRAMOS AL REINO DE DIOS

“Venga a nos tu reino” son las palabras del Padrenuestro. Jesús estaba feliz de enseñar a un hombre llamado Nicodemo acerca de cómo y cuándo el reino de Dios viene a nosotros. Para entrar al reino, Jesús dice que una persona debe “[nacer] de agua y del Espíritu”. Eso es lo que pasa cuando una persona es bautizada. El Espíritu Santo une el agua con la promesa de la palabra de Dios. Entonces volvemos a nacer y entramos al reino de Dios. Allí tiene las dos respuestas de cómo y cuándo sucede esto.

El motivo por el que debemos nacer otra vez es porque “lo que nace de la carne, carne es”. Los padres tienen una naturaleza pecaminosa. Dan a luz a hijos con una naturaleza pecaminosa. Nosotros estamos muertos espiritualmente cuando nacemos. Estamos separados de Dios. Somos huérfanos indefensos hasta que Dios envía a su Espíritu Santo para adoptarnos como hijos que él ama.

Entrar al reino de Dios no es una decisión que nosotros tomamos, sino que fue Dios quien la tomó por nosotros. No podemos por nuestra manera de pensar o por nuestro propio esfuerzo entrar al reino de Dios. El agua del bautismo y el Espíritu Santo obran juntos para traernos a la fe y para que empecemos el camino de nuestra vida cristiana.

Así entramos al reino de Dios ahora, no después. El Señor nos da un nuevo nacimiento. Goce cada momento de su vida en el reino de Dios aquí en la tierra mientras anhela vivir en su reino celestial.

Querido Señor, oramos para que tu reino venga a nosotros. Te pedimos que Jesús reine en nuestra vida todos los días. Amén.

“Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”. (Juan 15:3)

JESÚS NOS PERDONA

¿Tiene dudas sobre su salvación? ¡Jesús le tiene buenas noticias! ¡No tiene por qué temer! ¡Usted ya “está limpio”! Es perfecto y santo ante Dios. Esas palabras parecen demasiado buenas para ser verdad. Cuando nos vemos nosotros mismos en el espejo de la ley de Dios, vemos lo sucio que está nuestra vida. Satanás pregunta: “¿Cómo podría Dios amar a una persona como tú?”.

Los discípulos de Jesús también eran pecadores. El temor y el miedo llenaron sus corazones. Corrieron cuando los enemigos de Jesús lo capturaron. Les dijo a sus discípulos: “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”. El Espíritu Santo había creado fe en el corazón de ellos.

Por eso también Dios nos ve limpios. ¿Por qué? A causa de Jesús, nuestro pecado ya no nos separa de Dios. Jesús quitó nuestros pecados y nos dio a cambio el regalo de su perfección. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). El evangelio nos dice que esta obra salvadora ya fue hecha para nosotros. ¡Ya estamos limpios! El mismo Salvador nos dice esto.

La próxima vez que Satanás le pregunte cómo podría Dios amarlo, dígame: “Ya estoy limpio porque Jesús dio su vida por mí. Ya estoy limpio porque he sido bautizado en la familia de Dios. Ya estoy limpio porque, por medio de la fe y el poder del Espíritu Santo, creo lo que la palabra de Dios me ha hablado”.

Señor, gracias por las verdades que nos enseñas en tu palabra. Amén.

Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer. (Juan 15:5)

CON JESÚS PUEDO HACER BUENAS OBRAS

Cada cristiano produce frutos de fe. “Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (Efesios 2:10). Nuestra unión con Jesús hace posible que podamos agradar a Dios en nuestra vida diaria. “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:4). La fe cristiana siempre produce frutos de fe porque “así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta” (Santiago 2:26).

¿Cuáles frutos de fe ha producido hoy? El apóstol Pablo nos señala cuáles pueden ser algunos de esos “frutos” de la fe. Escribe: “Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley” (Gálatas 5:22,23). Los frutos de la fe pueden incluir a una madre que muestra amor por sus hijos o empleados realizando un día de trabajo honesto. Estos son frutos de fe cuando salen de un corazón unido a Jesús. La Biblia nos dice que sin fe es imposible agradar a Dios.

Con los frutos de la fe no ganamos el favor de Dios. Ya tenemos el favor de Dios. Nuestra salvación eterna es un don que se nos ha dado a causa de lo que Jesús ha hecho por nosotros. “En él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Efesios 1:7). Los frutos de la fe muestran nuestro amor y agradecimiento a Dios por todas sus bondades para con nosotros. El apóstol Pablo lo dice así: “Él [Cristo] por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:15).

Querido Señor, gracias por traerme a la fe en Jesús. Por favor ayúdame a producir frutos de fe en mi vida. Te lo pido en el nombre de Jesús. Amén.

“El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogén, los echan en el fuego y arden”. (Juan 15:6)

SIN JESÚS NO TENEMOS ESPERANZA

El infierno es muy real. El castigo eterno les espera a aquellos que rechazan a Jesús como el Salvador. La idea del castigo interminable es demasiado terrible para pensar en ella. Dios nos ama lo suficiente para decirnos la verdad acerca del infierno. Nos dice que odia el pecado. Se revela a sí mismo como el Dios “que de ningún modo tendrá por inocente al malvado” (Éxodo 34:7). Según las palabras del mismo Jesús, el infierno es un lugar real. Es un lugar “donde el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga” (Mateo 9:48). ¿Le atemoriza la idea de un castigo eterno en el infierno? Debe atemorizarlo. El infierno es lo que todos merecemos. “Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

No podemos dejar de ir al infierno prometiendo que llevaremos una vida mejor. Tampoco podemos escapar del infierno pretendiendo que el infierno no existe. No podemos hacer nada para salvarnos a nosotros mismos. Jesús es el único que puede darnos esperanza y puede ayudarnos.

Jesús satisfizo a Dios llevando una vida perfecta. Cuando Jesús murió en la cruz, Dios castigó a Jesús en lugar de castigarnos a nosotros. Dios nos perdona todos los pecados cuando creemos en Jesús. “Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). En lugar de un infierno muy real, nosotros ahora anhelamos un cielo muy real. La vida eterna es nuestra. Unidos a Jesús, confesamos con el apóstol Pablo: “Y el Señor me librará de toda obra mala y me preservará para su reino celestial” (2 Timoteo 4:18).

Querido Señor, envíame el Espíritu Santo para fortalecer mi fe en Jesús. Llena mi corazón de gozo porque estaré en el cielo con Jesús. Amén.

“Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y os será hecho”. (Juan 15:7)

USTED PUEDE ORAR A JESÚS

Jesús no restringe lo que podemos orar. Dice: “pedid todo lo que queráis”. Por medio de la oración Dios hace posible que usemos su gran poder y sabiduría. Nuestra naturaleza pecaminosa duda de esas promesas de Jesús y del poder de la oración. Preguntamos: “¿En verdad nos dará Dios cualquier cosa que le pidamos?”. La respuesta es sí, mientras estemos unidos a Jesús por medio de la fe. La fe se aferra a las promesas de Dios. Con fe oramos audazmente a Dios. En asuntos de los que Dios no ha hablado, la fe siempre ora: “Padre mío... no sea como yo quiero, sino como tú”.

El privilegio de orar pertenece sólo a aquellos que permanecen unidos a Jesús en su palabra. A los que no tienen fe, el Señor les dice: “Cuando multipliquéis la oración, yo no oiré” (Isaías 1:15). Antes de que hablemos con Dios, él necesita hablarnos a nosotros. Dios nos muestra su amor por medio del evangelio en su palabra, la Biblia. El evangelio nos dice que Jesús, el Hijo de Dios, dio su vida perfecta por los pecados de toda la gente. El evangelio señala a la cruz de nuestro Salvador para que veamos el amor de Jesús. El evangelio señala al sepulcro vacío de Jesús para mostrarnos la victoria de Jesús sobre la muerte y el diablo. El Espíritu Santo usa el evangelio para unirnos a Jesús. La oración por sí sola no puede crear o fortalecer la fe que necesitamos.

Jesús lo invita a orar: por el pan de cada día, porque Dios siga librándolo del mal a usted y a sus seres queridos, por padres e hijos piadosos, por la oportunidad de hablar a sus amigos acerca de Jesús. Pida todo lo que desee. Dios tiene el poder de contestar sus oraciones.

Querido Jesús, gracias por invitarme a orar y por prometer contestar mis oraciones. Guárdame cerca de ti, ahora y siempre. Amén.

“El que no me ama no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió”. (Juan 14:24)

ESCUCHE LA PALABRA DE DIOS

Cuando Jesús estuvo en esta tierra, se parecía a cualquier otra persona. Eso motivó que algunas personas rechazaran lo que decía. Así, al hablar a sus discípulos, Jesús explicó que sus enseñanzas eran la palabra de Dios. Dijo: “la palabra [la enseñanza] que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió”. Rechazar la palabra o enseñanza de Jesús es algo muy grave. Al rechazar las palabras de Jesús, rechazamos las palabras de Dios.

¿Qué significa esto para nosotros? Como Jesús es Dios, cada palabra que dice es la palabra de Dios. Cada palabra es verdad. Podemos confiar en su palabra por sobre todo lo demás. Por eso, si le preguntan ¿cómo sabe que sus pecados le son perdonados?, o ¿irá usted al cielo cuando muera?, puede contestar que está seguro porque Jesús así lo dijo. Sus palabras son las mismas palabras del Dios que nos hizo. De la misma manera, cualquiera aquí en la tierra que hable la verdad basada en la palabra de Jesús, está hablando la palabra de Dios. Eso es lo que hace que las palabras de perdón dichas en la iglesia sean tan maravillosas. Cuando el pastor nos dice que nuestros pecados son perdonados en el nombre de Jesús, en ese mismo momento todos nuestros pecados son perdonados. Y si un hermano o hermana en Cristo nos reprende con la palabra de Dios, entonces Dios está también hablando con nosotros.

Es bueno que recordemos que cuando nuestros pastores o maestros hablen las palabras de Dios, que Dios nos está hablando por medio de ellos. Dios espera que los escuchemos y obedezcamos su palabra. Escuche a Jesús y a aquellos que han sido enviados a enseñarle acerca de él. Sus palabras son las palabras de Dios.

Señor Jesús, ayúdame a escuchar tu voz que me habla por medio de nuestros pastores y maestros. Amén.

“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros”. (Juan 13:34)

UN NUEVO MANDAMIENTO

El mandamiento de amar a otras personas es tan antiguo como la raza humana. Fue un mandamiento dado a Adán y Eva, cuando el Señor les dio la vida. “Amarás a Jehová, tu Dios” (Deuteronomio 6:5) y “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Levítico 19:18) son el resumen de la ley de Dios.

El mandato de amar a otras personas se convierte en algo nuevo cuando Jesús dice: “Que os améis unos a otros; como yo os he amado”. Jesús hace el mandamiento nuevo añadiendo su propio amor a ello. ¿Qué hace que su amor sea tan especial? Jesús siempre llevó una vida de amor puro por Dios y toda la gente. Ese amor llegó a su punto más grande cuando Jesús dio su vida por nosotros al obedecer la voluntad de su Padre. Jesús lo hizo para que pudiera darnos el Espíritu Santo. El Espíritu ahora viene a nosotros por las buenas nuevas acerca de nuestro Salvador. El Espíritu nos da fe y mora en nuestro corazón. Crea amor dentro de nosotros y hace que salga a la luz en lo que hacemos.

Jesús no nos dice “Haz un gran esfuerzo por mí de vez en cuando”. En vez de eso, nos ordena amar en la forma en que él lo hizo. “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (1 Juan 3:16). ¿Cómo podría querer Jesús que hiciéramos menos en nuestra vida, viendo que nos ha dado su propio Espíritu?

El amor inmerecido de Dios, su gracia, cubrirá todos nuestros pecados. Y Jesús quiere que la gracia nos haga llevar una vida de amor por los demás.

Querido Jesús, envíanos tu Espíritu para que guardemos tu nuevo mandamiento en nuestra nueva vida de amor. Amén.

“Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y me siguen; yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las dio, mayor que todos es, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. (Juan 10:27-29)

ESCUCHE A JESÚS

¿Acaso no le gustaría ser una de las ovejas de Jesús? Él da a sus ovejas la vida eterna. Sus ovejas van a ser libres para siempre, no en este mundo malo sino en el hogar celestial del Padre. Jesús dio su vida por las ovejas para que no murieran en el infierno por sus pecados. Resucitó de los muertos porque había ganado la victoria sobre la muerte. El Dios todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, se va a encargar de que nadie de los que él ha dado a Jesús se pierda. Ser una oveja de Jesús es estar seguro para siempre.

¿Cómo puedo saber que soy una de las ovejas de Jesús? Las ovejas de Jesús son aquellos que lo escuchan y lo siguen. Unirse a su rebaño no está en nuestro poder. Por naturaleza rechazamos al Salvador que Dios nos ha enviado.

¿Entonces cómo alguien puede llegar a ser miembro del rebaño de Jesús? Jesús dice: “Mi Padre, que me las dio, mayor que todos es”. Fue Dios quien nos hizo miembros del rebaño de Jesús. El Padre tiene el poder que necesita para asegurar que ninguno de su rebaño se pierda. Unirse al rebaño de Jesús no depende de nosotros. Depende de Dios. Por eso la Biblia dice que la salvación es por la sola gracia. Por eso podemos creer las promesas de Dios. Si la salvación dependiera de lo que nosotros hiciéramos, nadie estaría seguro de ser salvo. Dios no nos lo dejó a nosotros. Dios nos escogió y nos hizo miembros del rebaño de Jesús y herederos del hogar celestial. Por eso, escuchemos a Jesús y sigámoslo seguros de las promesas que Dios nos ha dado.

Señor Jesús danos fe para que creamos tus promesas y para que podamos escucharte y seguirte. Amén.

Él le respondió: “Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre”. Jesús le dijo: “Deja que los muertos entierren a sus muertos; pero tú vete a anunciar el reino de Dios”. (Lucas 9:59,60)

HABLE A OTROS SOBRE JESÚS

Preguntamos: “¿Acaso Jesús no siente lo que pasa en la familia?”. Por supuesto que sí. ¿Recuerde cuando estuvo en el sepulcro de su amigo Lázaro de Betania? Allí Jesús lloró. También comprendió cuán importante es llegar a las personas con las buenas nuevas de perdón en Cristo mientras todavía viven. El apóstol Pablo dijo a los corintios: “Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios... Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación” (2 Corintios 6:1,2).

Jesús quería que ese hombre estuviera de acuerdo con él. En lugar de eso el hombre dijo: “Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre”. ¿Acaso con eso quiso decir el hombre que su padre estaba muriéndose o había muerto y que tenía que pasar esos días con él? Es posible. Lo que se entendía claramente es que este hombre no estaba listo a poner la obra de Jesús primero en su vida. Recuerde cómo Pedro y Andrés, cuando fueron llamados, “dejando al instante las redes, lo siguieron” y cómo Jacobo y Juan “dejando al instante la barca y a su padre, lo siguieron” (Mateo 4:20,22).

¿Cómo puede hacer esto una persona? Es la fe en Jesús lo que lo hace. El evangelio de Cristo no es como ningún otro mensaje que usted escuchará. El apóstol Pablo lo llama el poder y la sabiduría de Dios. ¿Por qué? El evangelio une a sus oyentes y lectores con él, que es la vida, nuestro Señor Jesucristo. Nos da la seguridad de que Jesús tomó nuestro lugar y pagó por nuestros pecados. Nos asegura que a causa de que Jesús resucitó de entre los muertos, nosotros resucitaremos. Deje que los muertos entierren a sus muertos. El encargo de decir a otros acerca de Jesús trata de la vida.

Señor Jesús, tu evangelio me llena de gozo y esperanza. Hoy permíteme hacer algo para mostrar que te sigo. Deseo compartir tu mensaje de salvación. Amén.

Pero un samaritano que iba de camino, vino cerca de él y, al verlo, fue movido a misericordia. (Lucas 10:33)

JESÚS ES NUESTRO BUEN SAMARITANO

La imagen de Jesús como el buen samaritano es tan hermosa que los cristianos con frecuencia han visto en esta historia una imagen del mismo Jesús. Nos muestra el amor perfecto que llevó a Jesús a venir a nuestro mundo y a dar su vida para salvarnos.

El comportamiento del samaritano se debió a que sintió misericordia por el hombre, que había sido robado y herido, y que lo habían dejado tirado al lado del camino. Algunas veces leemos en el Nuevo Testamento que Jesús sintió pena, no sólo por aquellos que habían acudido a él con alguna enfermedad, sino que también sintió pena también por toda la raza humana que había caído en pecado y en poder del diablo.

Cuando el buen samaritano ayudó al viajero herido, estaba ayudando a un enemigo. En nuestro estado pecaminoso, nosotros somos los enemigos de Jesús. Sin embargo, para rescatar a aquellos que eran sus enemigos: descendió del cielo, nació como un ser humano, llevó una vida perfecta en nuestro lugar, y sufrió y murió para pagar el castigo que nuestros pecados merecían. Nadie jamás había cumplido totalmente el mandato de Dios de “amarás... a tu prójimo como a ti mismo” (Lucas 10:27).

La historia del buen samaritano contesta la pregunta: “¿Quién es mi prójimo?”. Pero también presenta ante nosotros un ejemplo de amor que nos recuerda el mayor amor que nuestro mundo haya conocido. El amor de Jesús lo hace nuestro buen Samaritano.

Te agradecemos, Jesús, por tu gran amor por nosotros. Tú eres nuestro buen Samaritano. Amén.

“Vended lo que poseéis y dad limosna”. (Lucas 12:33)

CRISTO ES NUESTRO MAYOR TESORO

Un joven fue hacia Jesús y le preguntó qué podría hacer para obtener la vida eterna. Jesús le dijo que obedeciera todos los mandamientos. El joven dijo que ya lo había hecho pero quería hacer algo más. Jesús le dijo: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres” (Mateo 19:21). Mateo nos dice que el joven se fue triste porque tenía muchas riquezas.

La riqueza puede ser un obstáculo para nuestra fe. Mucha gente se preocupa más acerca de sus posesiones que de su propia alma. Sin embargo, Jesús nos dice que nuestro mayor tesoro es nuestra salvación por medio de Jesús.

El amor que Dios nos tiene hace que nosotros podamos mostrar amor hacia otras personas. El Señor no nos ha ordenado vender todo lo que tenemos. Nos da propiedades y dinero y nos protege con el mandamiento: “No hurtarás”. Pero nosotros no somos dueños de las cosas terrenales, sólo cuidamos lo que Dios nos ha dado.

¿Podemos dar demasiado a otros? Nuestra naturaleza pecaminosa está preocupada por eso. El gran amor de Dios por nosotros, lo cual hizo que enviara a Jesús para morir por nosotros, nos hará querer ayudar a la gente que está necesitada. El Señor nos dio en Jesús: el perdón de nuestros pecados, la salvación, y la vida eterna. Al pensar en todos esos regalos de Dios, entonces por voluntad propia compartiremos con otros los bienes terrenales que tenemos.

Señor, a causa de tu amor por mí, dame la voluntad propia de compartir tus bendiciones con otra gente que esté necesitada. Amén.

“Así que, si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres”. (Juan 8:36)

VERDADERAMENTE LIBRES

Jesús nos ha liberado. Lamentablemente, la esclavitud todavía está cerca de todos nosotros. El diablo, la gente en nuestro mundo, y nuestra naturaleza pecaminosa, obran contra Dios. El diablo le susurra al oído: “¿Cómo podría Dios amarte? Mira nada más cómo has dejado de hacer la voluntad de Dios”. Las palabras de Jesús hablan en contra de las tentaciones del diablo. Jesús dice: “Si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres”. Jesús lo perdonó a usted generosa y completamente. Esa libertad permanece firme, en la muerte y resurrección de Jesús, por usted y por mí.

La gente en el mundo que nos rodea sugiere que no necesitamos la iglesia ni a Cristo para nada. Mucha gente cree que puede ser religiosa y espiritual sin Jesús. Pero no hay libertad del pecado en esos pensamientos, y no hay victoria sobre la muerte. Jesús es el único camino para que vayamos a nuestro Padre celestial.

Finalmente, está nuestra propia naturaleza pecaminosa. Trata de convencernos de que Dios no puede perdonarnos. Esa vocecita dentro de nosotros nos dice: “Eres demasiado malo para que Dios te perdone”. Cuando usted hace algo bueno, esa vocecita le dirá: “¡Hiciste algo muy bueno! Eres mejor que otras personas”. En muchas formas nuestra naturaleza pecaminosa quiere echar a empujones a Jesús de nuestra vida y llevarse el mérito de haber ganado el perdón. Pero Cristo nos perdona generosa y completamente. El perdón no es algo que ningún humano pueda merecer o ganar.

Somos libres verdaderamente por lo que Jesús hizo por nosotros. Nuestra libertad se encuentra en: su cruz, su sepulcro vacío, y sus promesas. Nos ha liberado y somos verdaderamente libres.

Señor, guárdame en tu palabra para que pueda permanecer libre y resistir las tentaciones: del diablo, de la gente de este mundo, y de mi propia carne pecaminosa. Amén.

Yendo Jesús a Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos y alzaron la voz, diciendo: “¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!”. (Lucas 17:11-13)

UN GRITO DE SOCORRO

Jesús estaba en su última ida a la ciudad de Jerusalén. Pronto: sufriría, moriría, y resucitaría de entre los muertos. En camino a Jerusalén, un grupo de diez hombres le salieron al encuentro. Padecían de una enfermedad de la piel. Alzaron la voz para pedirle ayuda a Jesús. En los días de Jesús había poca ayuda que pudiera encontrarse para curar esa enfermedad. Quienes la sufrían tenían que vivir apartados de la gente. Por eso, vemos que esos hombres necesitaban ayuda.

Ellos llamaron a Jesús en voz alta en una oración de fe. Probablemente esos hombres habían escuchado a Jesús predicar. Puede ser que hubieran visto algunos de sus milagros. No pidieron a Jesús que los sanaran, sino sólo le pidieron ayuda. Pensaban que no merecían que Jesús los ayudara.

Esos hombres son un buen ejemplo para nosotros que creemos en Jesús. Hemos escuchado acerca de sus milagros. En espíritu, hemos estado al pie de la cruz de Jesús y frente a su sepulcro vacío. Sabemos que Jesús está dispuesto a ayudarnos. Prometió ayudarnos cuando dijo: “[el] que a mí viene, no lo echo fuera” (Juan 6:37).

¿Necesita la ayuda de Jesús? ¿Se encuentra enfermo o solo? El pecado puede afligir su alma. Recuerde lo que Jesús le dijo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28). Ore a Jesús para que lo ayude. En fe crea que Jesús oír su oración y lo ayudará.

Querido Señor Jesús, necesito tu ayuda todos los días. Gracias por toda tu ayuda en el pasado. Ayúdame hoy y siempre en todas las necesidades de mi cuerpo y mi alma. Amén.

Cuando él los vio, les dijo: “Id, mostraos a los sacerdotes”. Y aconteció que, mientras iban, quedaron limpios. (Lucas 17:14)

JESÚS CONTESTA NUESTRO GRITO DE SOCORRO

Jesús no hizo caso omiso del grito de los desafortunados diez leprosos. Otras personas pudieron haberles dicho que se fueran. Algunos otros pudieron haberlos apedreado, pero no Jesús. Él “vio” su terrible enfermedad. Más que eso, como el Hijo de Dios, Jesús vio su fe. Entonces puso a prueba su fe. Jesús no los sanó de inmediato, pero les dijo que se “mostraran” a los sacerdotes. Era necesario que los sacerdotes los declararan limpios de la enfermedad de la piel. Necesitaban tener fe de que estarían limpios cuando se aparecieran ante los sacerdotes. “Mientras iban” se dieron cuenta de que la enfermedad de la piel había desaparecido. Jesús contestó el grito de socorro. Su fe en Jesús no estaba equivocada.

¿Tiene usted siempre esa fe? ¿Está siempre seguro de que Jesús contesta nuestras oraciones? Tal vez pensamos que Jesús no nos ha escuchado. O puede ser que pensemos que no merecemos la ayuda de Dios, pero lo que necesitamos es fe. Jesús nos advierte que nunca renunciemos a nuestra fe. Nos dice que recibiremos lo que pidamos.

Puede que oremos pidiendo la ayuda de Dios y no recibamos una respuesta inmediata. Dios nos puede pedir que esperemos su ayuda. Puede contestar nuestra oración en una manera diferente de la que esperábamos. Como cristianos, tenemos la confianza de que Dios, por amor a Jesús, contestará todas nuestras oraciones y nos ayudará. Podemos estar seguros de esto porque creemos en el grandioso poder de Dios y el interés amoroso de nuestro Salvador, Jesucristo.

**Querido Dios, gracias por contestar todas nuestras oraciones que te traemos.
Amén.**

Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió glorificando a Dios a gran voz. (Lucas 17:15)

ALABE A DIOS POR SU AYUDA

Jesús contestó el grito de socorro de los diez leprosos sanándolos. Uno de esos hombres, viendo que ahora estaba limpio, regresó a Jesús. Estaba tan agradecido que quiso que todo el mundo supiera lo que Jesús había hecho por él. Se postró a los pies de Jesús “glorificando a Dios a gran voz”. Reconoció que el mérito de lo que había sucedido era de Jesús.

También usted y yo queremos agradecer a Dios toda la ayuda que nos ha dado. Cuando sana nuestras enfermedades, ¿le damos siempre las gracias como deberíamos? Cuando Dios contesta nuestras oraciones y nos da la ayuda que necesitamos, ¿olvidamos lo que ha hecho por nosotros? Cuando sabemos del perdón que es nuestro por medio de Jesucristo, ¿cantamos las alabanzas de Dios?

Como hijos creyentes de Dios queremos agradecer y alabar a Dios, por todo lo que ha hecho por nosotros. Nos ha creado con cuerpos maravillosos. Nos ha salvado por: la vida perfecta, la muerte expiatoria, y la resurrección triunfante de su Hijo. Nos ha llamado a la fe, por medio de su palabra y su santo bautismo, para que podamos llevar vidas cristianas y tener el regalo de la vida eterna en el cielo. Por todo esto, alabamos a Dios a gran voz.

Usted alaba a Dios en sus oraciones diarias. También lo alaba en el oficio de adoración de la iglesia. Además lo alaba llevando una vida cristiana para que otros puedan glorificar a Dios en el cielo. Como el leproso que fue sanado, que siempre esté usted agradecido por tantas bendiciones que el Señor le da.

Querido Señor Dios, gracias por tus bendiciones físicas que nos das cada día. Gracias por las bendiciones de salvación que recibimos de ti. Permite que siempre estemos agradecidos por todo lo que has hecho por nosotros para que respondamos con oraciones y canciones de alabanza. Amén.

Se postró rostro en tierra a sus pies dándole gracias. Este era samaritano. (Lucas 17:16)

LA AYUDA DE DIOS ES PARA TODOS

El leproso que había sido limpiado regresó a Jesús, se postró a los pies de Jesús y le dio las gracias. Lo importante en este versículo es la declaración de que este hombre era samaritano. Los judíos despreciaban a los samaritanos. Los otros leprosos tal vez hayan sido judíos, pero no regresaron para dar las gracias a Jesús. Sólo este samaritano lo hizo. El punto es que la ayuda de Jesús en los días de aflicciones no es sólo para un grupo de personas. No importa: que seamos jóvenes o mayores, ricos o pobres, que hablemos español o inglés, alemán o chino. Jesús vino al mundo para buscar y salvar a todos los que estábamos perdidos. Y todos estamos perdidos en el pecado.

Dios, en su amor, envió a Jesús para ser el Salvador de toda la gente. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Dios, en su amor, nos llama a la fe en Jesús, y nos guarda en esa fe por el poder de su palabra y sacramentos. En las Sagradas Escrituras encontramos el plan de salvación completo de Dios trazado para nosotros. Por eso, debemos leer esas Escrituras con frecuencia. El santo bautismo nos hace hijos y miembros de su familia de cristianos. En la Santa Comunión Dios nos perdona todos nuestros pecados y fortalece la fe para llevar una vida piadosa.

Ahora, como creyentes, llenos de fe en Jesús, podemos buscar la ayuda de Jesús. Jesús contestará nuestras oraciones y nos ayudará. Por eso con corazones agradecidos, alabaremos a Jesús y estaremos dispuestos a servirle.

Lo más probable es que el samaritano haya dicho a mucha gente que había padecido de lepra pero que Jesús lo había sanado. De la misma manera, podemos y deberíamos decir a mucha gente lo que Jesús ha hecho por nosotros.

Jesús, dame el valor para hablar a otros acerca de ti. Amén.

Jesús le preguntó: “¿No son diez los que han quedado limpios? Y los nueve, ¿dónde están?”. (Lucas 17:17)

NO DECEPCIONE A JESÚS

Qué decepcionado ha de haberse sentido Jesús. Había sanado a diez hombres pero sólo uno regresó a darle las gracias. Las decepciones también llenan nuestra vida. Podemos sentirnos decepcionados porque un hijo o una hija no están a la altura de lo que esperábamos. Podemos decepcionarnos de un amigo al cual hayamos ayudado pero no parece estar agradecido. Pero la pregunta importante es: ¿hemos decepcionado nosotros a Dios? Necesitamos recordar todo lo que Dios ha hecho por nosotros. Nos ha llamado por el evangelio para que seamos suyos. Nos ha dado todo lo que tenemos como un fondo de inversión para que lo usemos para servirlo a él. Nos ha pedido que demos a conocer su plan de salvación a otra gente. ¿Agradecemos siempre a Jesús por sus bendiciones? ¿O lo decepcionamos?

Quizás nuestra vida de oración deja mucho que desear. No agradecemos a Dios por la comida que recibimos cuando nos sentamos a comer. Olvidamos dar las gracias a Dios por las bendiciones del día cuando nos vamos a dormir en la noche. No oramos en la mañana para que Dios guíe nuestra vida. Decepcionamos a Jesús. ¿Estábamos llevando la clase de vida que el Señor nos pide? En el trabajo maldecimos y blasfemamos como los demás. Hablamos de nuestro prójimo. No honramos a nuestros padres o a los que tienen autoridad nosotros. En todo esto y en otras maneras pecamos y así decepcionamos a nuestro Salvador y nuestro Dios.

A través de Jesús podemos encontrar perdón por todos nuestros pecados. Nos promete que “aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18). Sí, Jesús nos limpia de nuestros pecados con su preciosa sangre, la cual derramó en la cruz por toda la gente. Eso lo incluye a usted.

Gracias, Señor, por el perdón cuando te decepciono con mis pecados. Amén.

“¿No hubo quien volviera y diera gloria a Dios sino este extranjero?”. (Lucas 17:18)

NO DEJE DE APRECIAR A DIOS COMO ES DEBIDO

Los samaritanos eran forasteros o extranjeros para los judíos. En una ocasión Jesús quiso quedarse en una aldea de los samaritanos “pero no lo recibieron” (Lucas 9:53). Qué alegría, entonces, debió haber sentido Jesús porque este samaritano regresó a darle las gracias. Qué maravilloso ejemplo nos da el samaritano agradecido. Tal vez tengamos muchas posesiones en nuestra vida. Quizás estemos sanos o enfermos, pero el solo hecho de que estemos viviendo se debe completamente a la misericordia y al amor de Dios.

Quizás no pueda decir: “He experimentado un milagro maravilloso como este leproso”. Sin embargo, necesita estar agradecido por todas sus bendiciones, no sólo por las bendiciones físicas sino también por las espirituales. Por naturaleza estamos espiritualmente muertos. Día tras día, durante toda nuestra vida, cometemos pecados. Las buenas cosas que debemos hacer, no las hacemos. Y las cosas malas que no deberíamos hacer, nos gozamos haciéndolas. Con el apóstol Pablo decimos: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24). Jesús contesta: “Yo puedo librarte”.

El amor de Dios por el mundo y la compasión de Jesús por usted hizo que Dios enviara a Jesús para ser el Salvador de toda la gente. Cuando Jesús tomó nuestro lugar y llevó el castigo de nuestros pecados, Dios estuvo satisfecho y declaró a toda la gente justificada y justa. No deje de apreciar eso como es debido.

Su salvación es gratis, pero costó mucho porque Jesús dio su vida por nosotros. Por lo tanto, dé las gracias y alabe a Dios nuestro amoroso y misericordioso Salvador.

Querido Dios celestial, gracias por enviarme a Jesús para ser mi Salvador y Redentor. Su muerte y resurrección me han salvado de mis pecados. Debido a su gran sacrificio, no permitas que nunca deje de apreciar todas las bendiciones espirituales y físicas que tengo. Llena mi corazón con alabanza y agradecimiento por todo lo que has hecho por mí y por todo lo que me has dado. En el nombre de Jesús, te pido esto. Amén.

Y [Jesús] le dijo: “Levántate, vete; tu fe te ha salvado”. (Lucas 17:19)

LA FE EN JESÚS NOS SALVA

¿Qué es la fe? La Biblia nos dice en estas palabras lo que es la fe: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). El escritor del libro de Hebreos entonces continúa hablando de la fe de muchos creyentes. La fe es la certeza o confianza que tenemos en Dios. Jesús habla de la fe de un soldado romano en Lucas capítulo siete. Jesús también habló de la falta de fe de parte de los discípulos en Lucas capítulo ocho.

Dios el Espíritu Santo es quien nos da la fe. Usa los medios de gracia. El “medio” que un hombre usa para escarbar una zanja es una pala. El “medio” que el Espíritu Santo usa para traernos a la fe es el evangelio en la palabra y los sacramentos.

La palabra de Dios nos dice: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). Esa “palabra de Dios” son las buenas nuevas de nuestra salvación. En el santo bautismo “nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5). El bautismo nos hizo hijos de Dios y herederos de la vida eterna. Jesús dijo y nos asegura en el sacramento de la Santa Comunión “esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para perdón de los pecados” (Mateo 26:28). Estas buenas noticias nos recuerdan que nuestros pecados son perdonados y fortalecen nuestra fe.

Así somos salvados de un problema mucho más grave que la lepra. Somos salvados de: los pecados de nuestra naturaleza pecaminosa, de la muerte eterna, y del poder del diablo. Alabado sea Dios.

**Querido Dios gracias por la salvación que es mía por medio de Jesucristo.
Amén.**

Al siguiente día, Jesús quiso ir a Galilea; encontró a Felipe y le dijo: “Sígueme”. Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro. Felipe encontró a Natanael y le dijo: “Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés, en la Ley, y también los Profetas: a Jesús hijo de José, de Nazaret”. (Juan 1:43-45)

HABLE A OTROS ACERCA DE JESÚS

Las buenas noticias son como tener agua en su mano. No la puede retener porque el agua se escapa de su mano. ¿Cómo reaccionó cuando su equipo de fútbol ganó el campeonato? ¿Qué hizo cuando nació su primer bebé? ¿Qué hizo cuando sus oraciones fueron contestadas? Usted dijo a los demás sobre esos acontecimientos, ¿no es así?

Felipe tenía las noticias más estupendas de todos los tiempos. ¡Tenía que compartirlas! Después de años de estar esperando al Mesías, al Salvador, éste había venido! Felipe sentía tanta alegría que no pudo esperar. Encontró a su amigo Natanael y le dio las noticias. Sus palabras simplemente salieron del corazón y compartió el evangelio (las buenas noticias) con su amigo.

Quiero compartir unas buenas noticias con usted. Había un hombre que cometió muchos errores. En el transcurso de su vida hirió a mucha gente y les rompió el corazón con sus palabras y su cruel comportamiento. Pero cuando Dios vino a este hombre, Dios lo perdonó. Ningún pecado es demasiado grande para que Dios no pueda quitarlo. Después de todo, Dios quitó todos los pecados en la cruz de Jesús. Yo soy ese hombre y tal vez usted también lo sea. Igualmente Jesús murió por sus pecados. Ningún pecado es demasiado grande; Jesús pagó por todos ellos. Ésas son buenas noticias. Comparta con otros estas buenas noticias.

Querido Señor, gracias por encontrarme y salvarme. Dame el gozo de tu salvación para que pueda compartir ese gozo: con mi familia, con mis amigos, y aun con los desconocidos. Bendice a todos los que compartan tu nombre tanto cerca como lejos. Amén.

Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó: “¡Señor, sálvame!”. Al momento Jesús, extendiendo la mano, lo sostuvo y le dijo: “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?”. En cuanto ellos subieron a la barca, se calmó el viento. Entonces los que estaban en la barca se acercaron y lo adoraron, diciendo: “Verdaderamente eres Hijo de Dios”. (Mateo 14:30-32)

MIRE A JESÚS PARA SU SALVACIÓN

Jesús dijo: “Yo soy: el camino, la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6). Esa verdad fue mostrada en forma convincente a Pedro y a otros discípulos. Viendo solamente a Jesús, Pedro pudo caminar sobre el agua. Pero después Pedro cometió el gran error de apartar la mirada de Jesús. “Al ver” Pedro el viento y las olas, su fe desapareció y empezó a hundirse. Pero mire lo que hizo Pedro. Recurrió a la única esperanza que tenía y gritó con fe: “¡Señor, sálvame!”. Jesús extendió la mano y lo salvó.

Ahora vemos por qué Jesús permitió que el viento impidiera a sus discípulos llegar a su destino. Le dio la oportunidad de enseñarles a ellos que él era su Salvador. Como los discípulos, hay muchas formas en que la gente nos impide ver sólo a Jesús cuando necesitamos ayuda. Cuando nosotros, como Pedro, apartamos la mirada de Jesús, empezamos a hundirnos en la desesperación y en la desesperanza. Si eso le pasa a usted, alce las manos al cielo y grite a Jesús: “¡Señor, sálvame!”. Entonces mire la cruz y vea el gran amor de Jesús por usted cuando murió allá, el perfecto sacrificio único por toda la gente de todo el mundo.

Cuando Jesús lo tome de la mano y lo ayude con delicadeza, encontrará la paz y la calma que busca cada alma. Solamente en Jesús, en su solo sacrificio, encontramos: el perdón de los pecados, la vida eterna, y nuestra salvación. Sí, siempre mantenga su mirada fija en Jesús.

¡Señor, sálvame! Sostenme para que pueda mirarte sólo a ti para obtener la esperanza segura y verdadera de la vida eterna. Amén.

“¿De qué le servirá al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma?”. (Mateo 16:26)

UN ALMA ES MUY PRECIOSA

¿Qué hace que la gente sea diferente a los animales? ¿Acaso es porque caminamos en dos piernas y no en cuatro patas? ¿Acaso es la capacidad que tenemos de hablar unos con otros? ¿Es una mente que puede pensar? Hay algo de verdad en todo eso, pero la razón principal que nos hace diferentes es que Dios nos ha dado a cada uno de nosotros un alma inmortal. No hay posesión más valiosa que el alma. Algunas personas piensan que su cuerpo es la posesión más preciosa. Comen bien, pero no es sólo el cuerpo el que necesita alimento, también el alma siente hambre.

¿Cómo le va a su alma? ¿La está dando el alimento que necesita? ¿Qué tal los niños en su vida? ¿Qué tal los niños hambrientos en todo el mundo? Algunas veces nos piden donar dinero para ayudar a los niños hambrientos en otros países del mundo. Es un programa maravilloso que tiene la bendición de su Salvador. Pero aún más importante es alimentar las almas de los niños. Puede ayudar a alimentar las almas de los niños enseñándoles la palabra de Dios. Puede orar por las almas de los niños en todas partes. Ore para que: puedan escuchar el evangelio, creerlo, y llevar una vida de acuerdo a ello.

Tenemos alma; los animales no. Pero lo que además nos hace diferentes de los animales es que tenemos un Salvador del pecado. Jesús murió por toda la gente. Todas las almas son muy valiosas para él. Las almas de la gente también deberían ser muy valiosas para nosotros.

Señor Jesús, todas las almas son muy valiosas para ti; haz que también lo sean para mí. Amén.

Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios; en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, ahora habéis alcanzado misericordia. (1 Pedro 2:9,10)

SOMOS MIEMBROS DE LA FAMILIA REAL

¿Es miembro de una familia real? Por supuesto que sí. “Pueblo adquirido por Dios”. Un creyente goza de un lugar especial en la familia de Dios. El Señor lo ha llamado de las tinieblas de la incredulidad. Lo ha traído a esta maravillosa familia. Le da una nueva vida en la cual sus pecados son perdonados y su amor es para que usted lo goce. Con este nuevo lugar en la familia de Dios vienen nuevos favores especiales. Puede anhelar vivir con Dios en el hogar celestial que Jesús le está preparando. Puede ir ante su rey en sus oraciones.

¿Qué hará como miembro de la familia de Dios? ¿Se comportará como un niño rico mimado? Si así se fuera a comportar, ¿qué pensaría la gente del mundo y qué pensaría Dios de usted?

El apóstol Pedro le dice a usted que pase sus días mostrándole a la gente, que vive y trabaja alrededor suyo, qué bondadoso Dios tiene usted. Puede anunciar “las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”. Alabe a Dios por lo que ha hecho por usted.

También puede compartir el amor de Dios con otros. Dígalos lo que Dios hizo por ellos. Además les puede decir que Jesús murió por los pecados y que Dios quiere que ellos también estén en el cielo.

Usted es una persona que pertenece a Dios. Él es su Rey. ¡Ame y alabe a Dios con lo que usted dice y con lo que hace! Comparta con los demás el gozo de ser miembro de la familia de Dios.

Querido Dios, en tu misericordia me has dado un lugar en tu familia. Ayúdame a honrarte con lo que hago y digo. Amén.

Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la perseverancia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo. (Apocalipsis 1:9)

SUFRIR POR JESÚS

Parecía que todo estaba mal. A Juan, un discípulo de Jesús, le parecía mal estar en una isla separado de los otros creyentes. Siguió fielmente a Jesús porque que él lo llamó. Juan cometió algunos errores tales como alejarse cuando Jesús fue detenido. Pero Juan estaba al pie de la cruz donde Jesús murió. Juan corrió al sepulcro vacío de Jesús la mañana del Domingo de la Resurrección. Recibió el regalo del Espíritu Santo en el Pentecostés. Desde ese día durante muchos, muchos años, Juan enseñó la palabra de Dios audazmente. Vio que mataron a muchas personas porque eran creyentes.

Ahora los enemigos del apóstol Juan lo llevaron a la isla llamada Patmos porque predicó la palabra de Dios. A él no le parecía bien que terminara de esta manera, pero no se quejó. Juan sabía que estaba sufriendo por ser fiel a Jesús. Les recuerda a otros creyentes que estaban sufriendo que todos forman parte del reino de Jesucristo. Jesús es el Rey de todos; el Salvador de toda la humanidad. Juan estaba dispuesto a sufrir debido a que sabía que Jesús estaba con él. Supo que su sufrimiento terminaría. Algún día reinaría con Jesús en el cielo para siempre.

¿Está usted sufriendo porque sigue fielmente a Jesús? Tenga presente esto: ser hijo de Dios y formar parte del reino de Jesucristo es una bendición. Jesús le da la fortaleza cada día para seguir creyendo, a pesar de cualquier y todo sufrimiento.

Querido Jesús, asegúrame que cuando sufro soy tuyo. Dame la fortaleza que necesito para enfrentar todas las dificultades y sufrimientos en mi vida cristiana. Amén.

**“Vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”.
(Apocalipsis 3:11)**

RETENGA SU CORONA

Las Olimpiadas empezaron hace miles de años en el país de Grecia. La gente que vivió en el tiempo de Jesús sabía sobre esas competencias. Sabía que el ganador de una carrera ganaba un premio. Ahora en las Olimpiadas el ganador obtiene una medalla de oro. Sin embargo, en el tiempo de Jesús los ganadores recibían una corona hecha de ramas de olivo. Eso nos parece raro ahora a nosotros. No obstante, la gente en el tiempo de Jesús sabía la importancia de esa corona hecha de hojas. La corona pertenecía al ganador de la carrera.

Jesús dice que los creyentes tienen una corona. Somos vencedores del pecado que forma parte de nuestra vida. Nosotros no ganamos esta corona; sin embargo, Jesús la ganó por nosotros. Ganó esta corona cuando murió por nosotros en la cruz, llevando el castigo por todos nuestros pecados. Entonces resucitó de los muertos para mostrar su poder sobre el pecado y la muerte. Ahora Jesús comparte su corona de victoria con nosotros.

Jesús nos advierte: “Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”. Jesús no quiere que perdamos nuestra corona. ¿Quién quiere quitarnos nuestra corona? El diablo lo quiere. Él trabaja junto con la gente inmoral de este mundo y nuestra naturaleza pecaminosa que son nuestros enemigos. Juntos estos tres nos tientan a pensar: “Esa corona no vale mucho. La haré a un lado y encontraré algo mejor, algo más emocionante”. Esos tres enemigos esperan que abandonemos nuestra confianza, nuestra fe, en Jesús.

“Retén lo que tienes”, dice Jesús. También nos ayuda a fortalecer nuestra fe. Él viene a nosotros en sus Sagradas Escrituras. Nos promete que la victoria es nuestra. Viene a nosotros en su Santa Cena para darnos la victoria por medio del perdón de nuestros pecados. Nos asegura que vendrá en gloria el día final para librarnos del poder de Satanás y del pecado para siempre. Jesús le ha colocado a usted la corona del ganador. No la haga a un lado. ¡Retenga esa corona hasta que Jesús venga!

Querido Jesús, abre mis ojos para ver cuán valiosa es la corona de la fe que me has dado. Ayúdame a retenerla y a no hacerla a un lado. Amén.

“Y serán reunidas delante de él todas las naciones; entonces apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda”. (Mateo 25:32,33)

JESÚS VIENE A JUZGAR A TODA LA GENTE

Jesús está describiendo lo que pasará el día cuando el mundo termine. Todos aparecerán delante de Jesús. Ese día abarcará a toda la gente de todos los tiempos. Los pastores separan sus rebaños de ovejas y de cabritos, para que las ovejas tengan pasto para comer. En la misma forma, toda la gente será separada en dos grupos. La gente no estará dividida según la nacionalidad o raza. Tampoco importará si esas personas son ricas o pobres. Habrá sólo dos grupos.

¿Quiénes son las ovejas? Las ovejas son aquellos que confían y siguen a Jesús como su buen Pastor. Jesús habla acerca de sí mismo y de sus ovejas. “Las ovejas oyen su voz... y las ovejas lo siguen porque conocen su voz” (Juan 10:3,4). Las ovejas son los creyentes en Jesús. ¿Quiénes son los cabritos? Ésas son las personas que no han querido seguir a Jesús. Son personas que pensaron que podían enfrentar ellas mismas a sus enemigos espirituales. En el día del Juicio Final se darán cuenta, de una vez por todas, cuán equivocadas estaban.

¿En cuál grupo lo pondrá el Juez? Ésta es una pregunta importante. Donde vaya a pasar la eternidad depende de la respuesta que usted dé. ¿Entonces, cuál es su grupo? ¿Tiene miedo de contestar? No tenga miedo. Escuche las palabras simples del apóstol Pablo: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa” (Hechos 16:31). Confíe en Jesús para el perdón de los pecados, y esté seguro de que el Juicio Final será un día glorioso para usted.

Querido Pastor, guíame por esta vida a mi hogar eterno. Amén.

Praise the Lord - Book 2
Spanish
Catalog Number: 38-3381

ISBN 1-931891-84-2